DEBATES HISTORIOGRÁFICOS DESDE LA PERIFERIA

Israel Sanmartín
Arturo Alonzo
(editores)



UNIVERSIDADE DA CORUÑA

DIXITAL

Debates historiográficos desde la periferia

Israel Sanmartín
Arturo Alonzo
(editores)

UNIVERSIDADE DA CORUÑA. SERVIZO DE PUBLICACIÓNS
A Coruña, 2025 (1º edición)
Monografía dixital — 2
145 páxinas
Índice: páx. 4
ISBN: 978-84-9749-920-0
DOI: < https://doi.org/10.17979/spudc. 9788497499200 >

EDICIÓN
Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións <https://udc.gal/publicacions>

DESEÑO
Juanjo Seijas

FOTOGRAFÍA CUBERTA
Mapa topográfico Wojskowego Instytutu Geograficznego escala 1:100 000.

Esta obra publícase baixo unha licenza Creative Commons Atribución-NonComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Israel Sanmartín
Arturo Alonzo
(editores)

Debates historiográficos desde la periferia

UNIVERSIDADE DA CORUÑA

INDICE

6 **Introducción**
Israel Sanmartín (Universidad de Santiago de Compostela)
Arturo Alonzo (Escuela Nacional de Antropología e Historia)

Una aproximación a la metodología histórica desde la periferia

15 La periferia como una construcción historiográfica
Claudio Canaparo
Universidad de Quilmes

31 Subjetividad y rigor en la historia. Una reflexión para el debate.
Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura

Historia de la historiografía

44 De la historia de la bellas artes a la historia del arte: la historiografía artística española en los siglos XIX y XX
Gonzalo Pasamar.
Universidad de Zaragoza

63 La historia global de la historiografía.
Algunos aportes pioneros
Juan Andrés Bresciano
Universidad de la República

93 ¿Gramsci es un mito académico o revolucionario?
Arturo Luis Alonzo Padilla
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Reflexiones historiográficas

109 Las trampas de la historiografía neoconservadora
Juan Manuel Santana Pérez
José Manuel Rodríguez Pellejero
Universidad de las Palmas de Gran Canaria

124 El marxismo en la izquierda y en la derecha a finales del siglo XX
Israel Sanmartín
Universidad de Santiago de Compostela

INTRODUCCIÓN

Israel Sanmartín (Universidad de Santiago de Compostela)
Arturo Alonzo (Escuela Nacional de Antropología e Historia)

Debates historiográficos desde la periferia es un libro que nace para reflexionar sobre qué historia se escribe en los tiempos recientes, cuáles son las preocupaciones de los historiadores y qué tendencias historiográficas siguen siendo fértiles en el conjunto de la disciplina desde espacios subalternos. Desde esa triple tarea, esta monografía tiene las siguientes finalidades: a) reunir trabajos de investigación sobre temas específicos de historiografía; b) servir como material docente; y c) mostrar una perspectiva "periférica" de diferentes cuestiones de carácter global. Presentamos, pues, esta obra con un objetivo investigador, docente y, por último, epistémico, reflejado en el enfoque aquí contenido. A partir de ahí, incorporamos al debate historiográfico una perspectiva "no central" recurriendo a la relación entre espacio, ideas y escritura. Es decir, nos situamos en lo que Aníbal Quijano ha denominado como el debate sobre la "localización del conocimiento". Y, desde esa discusión, utilizaremos el concepto de *geoepistemología* (Canaparo, 2009) para explicar que los textos aquí incluidos son fruto de digerir ideas, textos y autores de matriz "central" (Francia, Reino Unido o Estados Unidos) y exponerlos desde un espacio de enunciación local y propio (fundamentalmente México, Argentina, Uruguay y España). Como consecuencia, podemos observar que no existen pensamientos universales en abstracto, sino que estos adquieren caracterizaciones nuevas dependiendo de los espacios en los que se reciben. Esto ayudará a entender cómo se perciben los debates historiográficos generales desde localizaciones secundarias. De esta forma, planteamos una negociación epistémica con la tradición historiográfica Occidental emanada desde los grandes "centros historiográficos" (Santana Pérez, 2013). Este ejercicio parte de las relaciones de poder que se establecen entre los centros y las periferias historiográficas desde de una matriz colonial. Estamos, por tanto, ante un colonialismo intelectual e historiográfico que se manifiesta localmente en un nivel cultural y lingüístico determinado. En esa relación de "dominación historiográfica" es importante tener en cuenta que es tan importante la idea original emanada desde el "centro" historiográfico como las lecturas ofrecidas desde los diferentes contextos de recepción periféricos.

Desde un punto de vista general, la historiografía ha cambiado sustancialmente en los últimos años (Pasamar y Ceamanos, 2013). Sobre todo, después de los cambios acaecidos desde de la caída del Muro de Berlín y la aparición de una nueva comunidad científica interconectada (Santana Pérez y Sanmartín, 2020). Bajo estos parámetros y huyendo del ejercicio de vincular la historiografía con términos como "relato" o "discurso" (Pantoja y Alonzo, 1993), hemos distribuido el libro en tres grandes bloques.

El primer bloque se refiere a "Una aproximación a la metodología histórica desde la periferia". En él, abordaremos la idea de periferia y la relación entre lo objetivo y lo subjetivo. Historia de la historiografía es el segundo bloque de este libro, que se refiere a todo aquello relativo a la historia de la propia disciplina. Aquí trataremos la institucionalización de la historia del arte en España, la relación entre historia de la historiografía la historia global y los diferentes enfoques sobre la importancia de Gramsci para la historia. Por último, el tercer bloque lo hemos denominado "Reflexiones historiográficas" y está centrado en el neoconservadurismo y el marxismo. Los tres

bloques están atravesados por las relaciones con el mundo intelectual, por el vínculo con la sociedad y por el compromiso con ella.

Por tanto, tenemos tres esferas que podemos identificar con los tres apartados en los que hemos dividido el libro, con los siete trabajos definitivos de la monografía y con los ocho historiadores de siete universidades y cuatro países que escriben en la obra. De México nos encontramos con un trabajo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) perteneciente a Arturo Alonzo Padilla. Los textos escritos desde España son un total de cuatro, que proceden de las universidades de Zaragoza, Extremadura, Las Palmas de Gran Canaria y Santiago de Compostela, y que tienen como responsables a Alfonso Pinilla, Gonzalo Pasamar, Juan Manuel Santana, José Manuel Rodríguez Pellejero e Israel Sanmartín. Por último, tenemos dos investigadores procedentes del Río de la Plata. Uno de la Universidad de la República en Uruguay (Andrés Bresciano) y otro de la Universidad de Quilmes en Argentina (Claudio Canaparo).

Todos los textos del libro tratan de cuestiones que han sido de interés historiográfico en los últimos años. El problema de la periferia ha sido muy estudiado por toda la historiografía "decolonial". La crisis de la historia y la objetividad forman parte de la agenda de cualquier historiador del siglo XXI. La vuelta a los orígenes de la historiografía en el siglo XIX es un ejercicio recurrente en muchos trabajos en la actualidad. La importancia de Gramsci es importante para entender la concepción teórica de los movimientos populistas y la subalternidad. La historia global es una tendencia que se ha desarrollado de forma exponencial al proceso de globalización. Por último, la importancia del neoconservadurismo asociado al neoliberalismo, así como la pluralidad de marxismos desde el año 1989, son una realidad que sigue viva en pleno "nuevo siglo".

Como hemos señalado, el libro lo hemos dividido en tres apartados. El primero aborda "Una aproximación a la metodología histórica desde la periferia". Así, los dos textos que integran este epígrafe traen a reflexión los conceptos de periferia y objetividad. El profesor Claudio Canaparo de la Universidad de Quilmes (Argentina) aporta el capítulo "La construcción de la periferia", que es el fruto de muchos años de trabajo en base a la idea de que la construcción de lo europeo y lo Occidental no puede ser separados del desarrollo y explotación de las colonias, donde la tecnología y la ciencia han sido dos herramientas coloniales más. Para Claudio Canaparo:

> La construcción de casas, edificios, sistemas de transporte y obras de ingeniería dentro de las colonias fueron los medios más poderosos que la ciencia y la tecnología europeas utilizaron para establecerse (i) como una disciplina académica. (ii) como un dispositivo cultural, y (iii) como una fuente de legitimidad política y gobernanza[1].

1 Ver el capítulo de Claudio Canaparo en este libro.

Y especifica que a finales del siglo XIX, por ejemplo, las revistas científicas anglosajonas dedicaban más de la mitad de sus páginas a 'acontecimientos coloniales' o a 'acontecimientos científicos' relacionados con alguna localización colonial". Con todo esto, queda clara la relación entre imperio y ciencia: "el hecho de que la evolución conceptual y tecnológica opera en ambas direcciones". El autor reflexiona a partir del concepto de *geoepistemología* para entender cómo se genera el conocimiento en los espacios periféricos:

> El conocimiento y la subjetividad, como las principales tareas conceptuales para un enfoque geoepistémico real, solo pueden funcionar si aceptamos que el cientificismo generado por la perspectiva occidental / europea ya no se basa en una noción de "Ciencia" o "Gran Ciencia" o "Ciencia Normal", sino más bien en un lenguaje conceptual que necesita ser revisado[2].

El segundo artículo de esta sección pertenece a Alfonso Pinilla, profesor de la Universidad de Extremadura, que se titula "Subjetividad y rigor en la historia. Una reflexión para el debate". Alfonso Pinilla reflexiona que

> Sujeto y objeto no están separados en Historia. De hecho, no están separados en ninguna ciencia, porque ya demostró Heisemberg que los instrumentos del físico al medir la velocidad del electrón influyen en el comportamiento de la propia partícula. El conocimiento de un objeto lo transforma, lo trastoca, lo altera, por eso toda ciencia ha de asumir la naturaleza necesariamente subjetiva de su quehacer[3].

Su texto lleva a pensar sobre el mismo contexto postmoderno en el que muchos piensan que nos encontramos:

> Es necesario recuperar la relatividad contra el relativismo. Un fenómeno siempre genera más de una interpretación, y esas interpretaciones serán, probablemente, contradictorias entre sí. Pero sólo comparando las visiones, sólo criticando las bases probatorias de las mismas, podremos discriminar cuáles se ajustaban a los hechos y cuáles los falseaban. Comparando se comprende: he ahí la esencia de la relatividad; asumir, en fin, que la realidad es poliédrica, para, después, señalar qué caras del poliedro se caen por inconsistentes, por falsas. Contra la sana relatividad se erige el tramposo relativismo posmoderno, que pone al mismo nivel distintas y distantes versiones sin pretender discriminar lo cierto de lo falso[4].

---

2 Ver el capítulo de Claudio Canaparo en este libro.

3 Ver el capítulo de Alfonso Pinilla en este libro.

4 Ver el capítulo de Alfonso Pinilla en este libro.

El segundo bloque del libro lo hemos acotado como "Historia de la historiografía", es decir, a todo aquello relativo a la historia de la propia disciplina. Aquí trataremos la institucionalización de la historia del arte en España, la relación entre historia de la historiografía y la historia global, y los diferentes enfoques sobre la importancia de Gramsci para la historia.

El primer capítulo de este apartado es un ejercicio de historia de la historiografía. Corresponde al profesor Gonzalo Pasamar y se titula "De la Historia de la Bellas Artes a la Historia del Arte: la historiografía artística española en los siglos XIX y XX". En el texto, el catedrático zaragozano afirma:

> Hasta las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, en los países latinos las líneas fundamentales de la investigación y la cultura históricas nunca vinieron de las universidades (...) Provinieron más bien de corporaciones o academias nacidas en los siglos anteriores o actualizadas en el presente, y de plataformas divulgativas tales como la prensa, los ateneos y, en general, todos los círculos culturales de los llamados notables[5].

Desde esa premisa, Gonzalo Pasamar habla de:

> En España, si en la Academia Española, fundada en 1713, comenzó a arraigar cien años más tarde una cierta noción de historia de la literatura española, o en la de Ciencias Morales y Políticas se arbitró, con su fundación en 1857, una sección de "Filosofía e Historia con relación a las Ciencias Morales y Políticas", o en la Academia de la Historia –nacida en 1738– la búsqueda de los orígenes políticos y constitucionales de la nación española y la erudición arqueológica acapararon numerosos discursos de entrada a mediados del siglo XIX, toda la actividad de la de Bellas Artes de San Fernando, nacida en 1744, giró por aquel entonces en torno a un concepto histórico de las Bellas Artes[6].

En el trabajo, Pasamar examina:

> El camino transitado por la historiografía española desde los conceptos liberales de las Bellas Artes y las antigüedades hasta una concepción moderna e investigadora de la historiografía artística, basada en la metodología histórica propia del siglo XX[7].

---

5 Ver el capítulo de Gonzalo Pasamar en este libro.

6 Ver el capítulo de Gonzalo Pasamar en este libro.

7 Ver el capítulo de Gonzalo Pasamar en este libro.

Sin salirnos de la "Historia de la historiografía", el segundo texto de este libro hace un repaso de la misma, abordando su evolución y su relación con lo que se ha denominado la "historia global". El profesor de la Universidad de la República de Uruguay, Andrés Bresciano, escribe "La historia global de la historiografía. Algunos aportes pioneros", donde recuerda:

> Surge en la segunda mitad del siglo XIX como desagregación disciplinaria que contribuye al proceso de construcción de la historia como ciencia. Desde entonces, su campo de estudio se amplía y profundiza, fruto de los desafíos y de las interrogantes que plantean las transformaciones históricas del siglo XX[8].

Bresciano encuentra a partir de aquí un punto de intersección entre la propia historia de la historiografía y la historia global:

> En las dos primeras décadas del siglo en curso, experimenta una renovación significativa, ya que aplica algunas de las contribuciones de la historia global en el abordaje de su objeto. Con el propósito de ponderar la magnitud de esta renovación reciente, el presente trabajo se centrará en el examen de los aspectos teóricos y metodológicos que involucra, a partir de un análisis selectivo de algunos aportes pioneros[9].

El profesor uruguayo desgrana a lo largo del texto autores, tendencias y perspectivas globales sobre la historia:

> En las últimas tres décadas, la historia global ha contribuido a la renovación de los estudios del pasado, como respuesta a las interrogantes que plantean los procesos actuales de globalización. Su objetivo, en cuanto enfoque macrohistórico, consiste en el análisis de procesos que discurren en amplias escalas espacio-temporales, pero a diferencia de otras corrientes, como la historia mundial o la gran historia, se interesa por las relaciones de interdependencia que vinculan a las diversas culturas en la larga duración. Quienes la cultivan combinan los enfoques de la historia comparada, la historia cruzada y la historia conectada, y se sirven de las herramientas que brindan el método de análisis de los sistemas-mundo y de las redes intersocietales[10].

Esto afirma el investigador uruguayo que muestra como la historia global ha tenido un gran recorrido intelectual en lugares como Estados Unidos, Alemania y Holanda.

---

8 Ver el capítulo de Juan Andrés Bresciano en este libro.

9 Ver el capítulo de Juan Andrés Bresciano en este libro.

10 Ver el capítulo de Juan Andrés Bresciano en este libro.

El último capítulo de este bloque corresponde al profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) Arturo Alonzo Padilla, que aporta un texto de título "¿Gramsci es un mito académico o revolucionario?". El artículo nos ofrece tres cuestiones historiográficas importantes: la relación de la historia con la cultura y lo intelectual; el vínculo de la historia con la sociedad y sus lecturas; y el compromiso del historiador con su tiempo y su realidad. El autor ve una diferenciación entre aquellos que entienden a Gramsci como "una especie de gran epistemólogo de la cultura, una especie de base metodológica para descubrir los elementos sociales y culturales en el análisis de la academia universitaria" y aquellos que encuentran en el autor de los *Cuadernos de la cárcel* "la llave para entender el papel del Estado y la democracia. Esta última versión ha sido promovida por una gran agencia en los años 70 del siglo XX, el eurocomunismo y sus militantes". Una vez que muestra el elemento intelectual y político, abre el camino para encontrar la otra gran reflexión, que se ciñe al compromiso:

> Tomar a Gramsci como un teórico social abstracto que postula verdades generales o universales es exactamente trabajar en sentido inverso a lo que es la operación de un análisis histórico intelectual, hermenéutico, en donde un autor procede de un contexto histórico, social y cultural específico; de un tiempo determinado y que su pensamiento responde a ese momento, a esas discusiones políticas de coyuntura histórica. No es un académico de una universidad italiana, creando nueva metodología y como veremos tampoco fue un revolucionario que empujaba la revolución proletaria, fue más bien un militante del Partido Comunista que se vio favorecido por el cambio de viento a favor de la contrarrevolución[11].

Más adelante en el texto, Arturo Alonzo es mucho más explícito sobre sus intenciones:

> Este trabajo entonces no sólo es historiográfico y de historia intelectual, es también un trabajo de recuperación de la memoria histórica reclamando la verdad, la justicia y la reparación de quienes han sido víctimas de la difamación, la falsificación y la operación de olvido[12].

Por último, el tercer bloque lo hemos denominado "Reflexiones historiográficas" y está centrado en dos tendencias teóricas, historiográficas, que fueron punta de la lanza de las reflexiones de los historiadores desde el fin de la Guerra Fría. Esas dos líneas de discusión fueron tanto el neoconservadurismo como el marxismo.

En cuanto al neoconservadurismo, Juan Manuel Santana Pérez y José Manuel Rodríguez Pellejero titulan "Las trampas de la historiografía neoconservadora" a su aportación. El capítulo encabezado por el catedrático canario precisa que "hoy en día

---

11 Ver el capítulo de Arturo Alonzo en este libro.

12 Ver el capítulo de Arturo Alonzo en este libro.

funcionan dos grandes conceptos-palabras míticos: globalización y civilización, cuyas características reales son el global totalitarismo cultural y el supuesto triunfo indiscutible del capitalismo". Y añaden que "la globalización se nos presenta como la única perspectiva científica posible, lo que ha llevado consigo una reorientación de todas las ciencias sociales en general y, particularmente, de la historia". A partir de ahí desbrozan las teorías neoconservadoras de Fukuyama y Huntington que consagran el sistema capitalista y la democracia representativa:

> Fukuyama y Huntington coinciden en que la cultura y las civilizaciones son claves para entender y explicar el nuevo orden mundial, coincidiendo también en la importancia de "la búsqueda de reconocimiento", ya que esto parece ser lo que reclaman unas civilizaciones frente a las otras. Del mismo modo, coinciden al minimizar otros factores determinantes, como por ejemplo la creciente franja entre pobres y ricos, o incluidos y excluidos sociales[13].

Los autores finalizan afirmando que

> Sostener que la historia de la humanidad es la historia de las civilizaciones es la manifestación de un gran cambio teórico que comenzó por criticar el simplismo economicista de un materialismo histórico dogmático que afirmaba que la economía por si sola explicaba el conjunto de la realidad, esto fue cuestionada desde diversos ámbitos, incluido otras lecturas y desarrollos de otros materialismo históricos que admitían la complejidad y la influencia de la cultura, como en Marvin Harris con su materialismo cultural, o con las aportaciones de E.P. Thompson, de aquí se llegó a darle la primacía a la cultura o civilización, que aparecen como sinónimos hasta desembocar en la negación no ya de la economía, sino de las relaciones sociales de producción que desaparecen de la interpretación del mundo, así queda todo reducido a una culturalidad desvinculada del conjunto de la realidad y enmascara los aspectos sociales[14].

Conectado con este texto, pero centrándose en el marxismo, está el escrito del profesor Israel Sanmartín de la Universidad de Santiago de Compostela. El título es "El marxismo en la izquierda y en la derecha a finales del siglo XX". El trabajo muestra una panorámica general del marxismo que surgió después de 1989, "con el objetivo de aportar algunas consideraciones y enseñanzas que puedan servir para el conjunto de la situación del marxismo después de la caída del Muro de Berlín". Por tanto, esta investigación se enmarca dentro de los cambios que tuvieron lugar tras el año 1989.

---

13 Ver el capítulo de Juan Manuel Santana y José Manuel Rodríguez en este libro.

14 Ver el capítulo de Juan Manuel Santana y José Manuel Rodríguez en este libro.

Desde esta cronología, la investigación aborda el contexto que afrontan la izquierda y el marxismo después de 1989. Se estudiarán los diferentes marxismos y las alternativas que planteó la izquierda en ese fin de siglo. En otro sentido, el texto aborda las relaciones del marxismo con la derecha a partir de un extraño "marxismo invertido" propugnado por el poliédrico autor Alexandre Kojève.

Referencias bibliográficas

Canaparo, C. (2009). *Geo-epistemolgy. Latin America and the Location of Knowledge*. Peter Lang.

Santana Pérez, J. M. (2013). *La historia contrataca*. Fundación Buría.

Pasamar, G. y Ceamanos, R. (2020). *Historiografía, historia contemporánea e historia del presente*. Síntesis.

Pantoja, J. y Alonzo, A. (1993). La estupefacción por la forma. Hayden White y el caso de la metahistoria en el análisis de Marx. *Cuicuilco*. 33-34, 69-79.

Santana Pérez, J. M. y Sanmartín, I. (2020). La historiografía actual desde 1989. *Vínculos de Historia*. 9, 345-366

UNA APROXIMACIÓN A LA METODOLOGÍA HISTÓRICA DESDE LA PERIFERIA
LA PERIFERIA COMO UNA CONSTRUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Claudio Canaparo[15]
Universidad de Quilmes

15 Traducido del inglés al español por Arturo Luis Alonzo Padilla.

El estudio de los imperios no es un tema académico reciente. Lo que es más reciente es el estudio de los imperios en relación con la transmisión del conocimiento, o, más específicamente, en relación con la imposición/introducción de una noción particular de *ciencia.* El estudio de la noción de imperio (que indicamos como la cuestión conceptual) se confunde con la consideración del comienzo del período de las Grandes Expediciones, cuando España todavía era un imperio relevante, aunque más bien decadente, en el mundo occidental (que indicaremos como la cuestión historiográfica). La expedición Malaspina de 1789-1794 es probablemente el mejor ejemplo reciente. Aún más contemporáneo es el desarrollo de la ciencia y el imperio como tema dentro del entorno universitario, un evento que corresponde a las revisiones históricas poscoloniales producidas después de la Segunda Guerra Mundial. Lo que es importante considerar aquí es el hecho de que el argumento de la ciencia y el imperio, tal como es constituido (la dimensión conceptual), no puede separarse del contexto historiográfico del que surgió (la dimensión historiográfica). Además, la expansión de las poblaciones universitarias y la difusión de trabajos y análisis académicos que están relacionados con el establecimiento del inglés como la lengua franca, pueden considerarse como el período final en la dominación científica del mundo a través del establecimiento de estándares y parámetros de escritura.

La consideración y el análisis de la relación entre la ciencia y el imperio como un fenómeno historiográfico se refiere principalmente al Imperio Británico porque fueron las publicaciones con sede en Gran Bretaña las que introdujeron ampliamente por primera vez el argumento (Greene, 1961; Headrick, 1988; Harrison, 2005). Esta era/es la situación incluso después de considerar el hecho de que, como sabemos, los imperios de España y Portugal estaban mucho más extendidos en términos históricos, y más expandidos en términos territoriales (Cañizarez-Esguerra, 2005). Aunque, cronológicamente hablando, el estudio del imperio y dominios españoles debería conducir al estudio de la "ciencia colonial", el caso ha sido más bien el opuesto. Fue, por el contrario, el desarrollo de los estudios del Imperio británico o, de hecho, la discusión por parte de autores anglosajones de imperios distintos de los británicos (Needham, 1988), lo que estableció la base historiográfica para el análisis de la relación entre "ciencia e imperio" (Bayly, 1989). Cañizares-Esquerra (2005) sostiene que los estudios acerca del Imperio español se refieren principalmente a los siglos XVI y XVIII, y marginan los períodos restantes, incluidos los siglos XIX y XX. De hecho, los trabajos más completos de los últimos cincuenta años sobre la relación entre ciencia e imperio se encuentran dentro de las publicaciones anglosajonas. Me refiero, por ejemplo, a *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise* de Roy MacLeod (2000), , y a la sección editada de Londa Schiebinger de la revista *Isis,* bajo el título de "Colonial Science", en 2005 (MacLeod, 1993).

Otro aspecto interesante se refiere a la incorporación de análisis y escritura vinculados a la relación entre ciencia e imperio dentro del dominio español que se llevó a cabo dentro del contexto historiográfico establecido por analistas y académicos anglosajones. Nuestra hipótesis es que esto sucedió porque es imposible separar la idea de

ciencia e imperio del contexto académico en el que se ha desarrollado desde 1850. La construcción de la noción de "Imperio británico", dada su naturaleza orientada históricamente, condujo al establecimiento de la conexión entre la ciencia y el imperio. La noción de cierta "Ciencia imperial", por ejemplo, ya estaba presente en las páginas de revistas como *Nature* en la década de 1890 (Canaparo, 2003; Drayton, 2000; MacKenzie, 1998). También se proporcionaron algunos análisis anteriores, con respecto al Imperio español durante los siglos XVII y XVIII, pero esto no fue nada comparado con la enorme bibliografía producida por autores anglosajones durante el siglo XX. Estas primeras obras británicas estaban orientadas históricamente y no tenían el enfoque crítico con el que asociamos el tema hoy. Centrándose menos en establecer cómo el imperio impuso una idea y/o práctica de la ciencia, los trabajos anteriores se ocuparon más de la construcción y expansión de ideas y su desarrollo dentro de las colonias (McLeod, 2000). Sin embargo, lo que es más importante, (i) la noción filosófica del naturalismo (Arnold, 1996; Young, 1985), (ii) la idea de experimento (Latour, 1987) y (iii) la noción de modernidad expresada en términos de progreso científico (Drayton, 2000) hicieron casi imposible para el científico profesional construir cualquier teoría sociológica de la ciencia en el sentido crítico en el que la entendemos hoy. Las obras de Andrés Galera Gómez (1988) y Juan Pimentel (1998) con respecto a la expedición de Malaspina, así como las relativas a América Latina de autores como Charles Darwin (1989) y Alexander von Humboldt (1995), son ejemplos fundamentales respecto de esta situación.

A pesar de todas las diferencias y cambios de los diversos enfoques, como se indicó anteriormente, se puede construir una línea argumentativa compartida entre los funcionarios públicos y los primeros profesionales científicos que abordaron la noción de difusión científica utilizando la estructura imperial y el actual sistema universitario anglosajón, que considera los temas de la ciencia y el imperio bajo la luz más contemporánea de los estudios científicos o los estudios tecnológicos (Osborne, 2000). En resumen: el argumento de la ciencia y el imperio en su forma actual es el resultado de la expansión y el desarrollo del sistema universitario anglosajón y el mercado editorial. Esta situación es confirmada por especialistas como Roy MacLeod, que sitúa el inicio del estudio de la conexión entre la ciencia y el imperio en tanto "estudio de área" a partir de las décadas de 1960 y 1970. Durante los años de desarrollo de base alemana de ciertas ciencias, desde el siglo XVIII hasta el siglo XX (Pyenson, 1985), esta noción de imperio solo surgió en términos políticos y no en términos científicos. Esto puede considerarse una prueba del argumento anterior. Además, en términos de ciencia, la cultura occidental/europea fue considerada, durante gran parte del siglo XIX, en términos de civilización (Burckhardt, 1914). Es sólo durante el siglo XX que, desde un punto de vista filosófico o científico, la noción de cultura occidental/europea se presentó en relación con diferentes imperios. Incluso para autores como Immanuel Kant la asociación entre "ciencia" y conocimiento estaba menos justificada en el contexto particular del progreso cultural que en referencia a la idea de *connaissance de la nature* (Foucault, 1991). De hecho, fue precisamente a partir de esta noción de civilización que se creó la idea de algo llamado "cultura occidental". La obra clásica de Oswald

Spengler (1926) *La decadencia de Occidente* puede entenderse en este sentido (Fischer 1989). El hecho de que todo el período de descolonización fuera, desde el punto de vista político/institucional, solo formalmente terminado a fines de la década de 1960 es ciertamente un factor adicional para explicar por qué fue solo entonces que surgieron los primeros estudios sobre una especie de "ciencia colonial/imperial". El trabajo ya clásico y ampliamente citado de George Basalla (1967) *The Spread of Western Science* es de hecho un ejemplo perfecto. También podemos mencionar los escritos de Mendelssohn (1976) y Alam (1977).

Es interesante ver cómo un relato historiográfico de la conexión entre la ciencia y el Imperio británico puede considerarse como un modelo de la relación entre el imperio y la ciencia como tal. Esto tiene menos que ver con las afirmaciones de un autor en particular que con el hecho de que el idioma inglés funciona como lengua franca y que las universidades anglosajonas se consideran como el lugar "natural" para el conocimiento contemporáneo occidental/europeo. Por lo tanto, ya sea porque el tema se refiere específicamente al Imperio británico o porque el autor despliega un enfoque dentro del entorno de las universidades anglosajonas, el resultado es siempre una condición "performativa" (Andersson, 1975; Searle, 1989; Parker y Sedgwick, 1995; Mignolo, 2005) del Imperio británico. El artículo de Mark Harrison (2005) *Science and the British Empire* es probablemente uno de los ejemplos más recientes en los que las afirmaciones específicas del artículo son reemplazadas por el contexto historiográfico en el que se encuentra. Ello es sin duda extremadamente pertinente respecto al argumento de "Ciencia e imperio", ya que siempre funciona de esta manera: el nivel descriptivo de comentario y análisis no coincide con los fundamentos epistemológicos sobre los que se encuentra situado.

No son solo los hechos y argumentos considerados bajo la categoría de "Imperio británico" los que hacen que el enfoque mencionado anteriormente sea "performativo"; también es la forma en que se despliega. El hecho de que el Imperio británico se extendiera ampliamente por todo el planeta, convirtiéndolo en un modelo incuestionable para el análisis imperial, no puede separarse del hecho de que su análisis sea referido/implementado por la comunidad académica y científica anglosajona, así como por una vasta bibliografía que se publica en inglés y principalmente por editores británicos y estadounidenses. Una vez más, el artículo de Harrison (2005) sigue siendo un buen ejemplo. En este sentido, la suposición de que en Inglaterra "el desarrollo del imperio coincidió con la revolución científica" (MacLeod, 1993, p. 120) no es una afirmación menor. Esta situación nos permite entender por qué muchos autores asocian el desarrollo de la ciencia con el progreso de la "misión civilizadora".

El argumento de la ciencia y el imperio, tal como es, no es sólo una creación historiográfica, también es algo que en términos de conocimiento no puede separarse de la ubicación impuesta/establecida por el desarrollo del imperialismo mismo. Si, en estas condiciones de conocimiento, es paradójicamente casi imposible concebir la "modernidad" sin el colonialismo, entonces, igualmente, la "ciencia" en su significado moderno es siempre "ciencia colonial". Ello debido a que implica una relación central/periférica, asume un grado de difusión y progresión, y, lo que es más importante, de-

bido a que despliega implícitamente un enfoque metodológico que es consistente con la creación y el desarrollo de un estado imperial. Por supuesto, esto introduce más un problema conceptual y epistemológico (Deleuze y Guattari, 1980) y menos una cuestión política o ideológica en el sentido popularizado por autores como Toni Negri y Michael Hart en su libro más vendido, *Empire* (2000). Sin embargo, contrariamente a lo que algunos autores podrían pensar (Cardoso y Faletto, 1979), el hecho de que la ciencia, asociada en Europa con la idea de conocimiento desde los escritos de Kant, siempre funcione en términos coloniales/imperiales no facilita la identificación de una "matriz" o esquema de análisis particular. La conexión entre la ciencia y el imperio sigue siendo muy compleja y las generalizaciones son difíciles de sostener.

De la misma manera que la modernidad no es la evolución histórica (superación histórica) del colonialismo sino, por el contrario, la consecuencia del mismo (Mignolo, 2005), igualmente, la imposición de un paradigma de conocimiento, universidades, lenguaje vehicular, etc. No es sólo una forma de comprender mejor la relación entre ciencia e imperio sino también de reproducirla. La conexión entre ciencia e imperio tiene menos que ver con la consideración histórica o la información que con la forma en que, a través de narraciones historiográficas, no solo construimos el pasado, sino que también establecemos un sistema conceptual para explicarlo. Es interesante observar cómo, a medida que el argumento de la ciencia colonial/imperial se hizo más complejo y variado, la comunidad de autores académicos (y universitarios) que se ocupan del tema se volvió más reforzada y estandarizada. Siguiendo las ideas de Slavoj Zizek, por ejemplo, sobre la cultura contemporánea, esta situación/condición inversa también puede considerarse como la relación entre lo que es "real" y lo que es "simbólico" dentro del entorno capitalista actual: cuanto más simbólica se vuelve nuestra comprensión, mayor es la demanda que tenemos para establecer una noción de lo que es "real" en relación con ella (Zizek y Daly, 2004). Esta situación/condición también puede entenderse a la luz de las paradojas expuestas por Jean-François Lyotard (1924-1998) en *Le differend* para caracterizar nuestro sentido actual del pensamiento. Para Lyotard, la categoría de "modernidad" debe interpretarse menos como un conjunto de reglas claras y establecidas y más como resultado de cuestiones no resueltas, una interpretación que ve el pensamiento de la modernidad o "pensamiento moderno" como una continuación de la noción de conocimiento introducida por los imperios desde el siglo XV (Lyotard, 1988).

La fundación historiográfica de los imperios

La relación entre ciencia e imperio analizada desde las perspectivas discutidas anteriormente también puede describirse como un proceso de desarrollo evolutivo, no siempre organizado cronológicamente, que sigue cinco períodos principales. Estos se pueden resumir de la siguiente manera: (i) El "período histórico", la relación entre ciencia e imperio se basa en eventos históricos, períodos o esquemas. (ii) El período del "conflicto de guerra", la conexión entre la ciencia y el imperio se basa en las parti-

cularidades y condiciones de crisis de un entorno de guerra. (iii) "El período político", es el sistema político particular y/o la estructura que crea las condiciones favorables para el *enteglement* entre una idea de ciencia y una noción de imperio. (iv) "El ámbito y/o período científico específico", esto es cuando se entiende que un período particular de una disciplina, por ejemplo, la historia de la medicina durante el siglo XIX o un área científica, por ejemplo, la mecánica cuántica permite una comprensión/entendimiento clara y una mejor interpretación de la relación entre la ciencia y el imperio. (v) "El período poscolonial y de Estudios Científicos", este es el nombre utilizado para indicar el desarrollo desde la década de 1980, refiriéndose no solo a las características de la relación entre ambas nociones, sino también al hecho de que, en tanto conceptos, la ciencia y el Imperio se enredaron y se convirtieron en parte de la misma *epistémé,* usando la expresión de Michel Foucault.

La relación entre ciencia e imperio, en su significado moderno occidental/europeo, es decir, desde un punto de vista historiográfico, al menos desde el siglo XVII, puede ser analizada y presentada de acuerdo con los cinco períodos indicados anteriormente. Sin embargo, estos períodos también se utilizan para cubrir el tema del imperio, incluso cuando aún éste no se consideraba como tal: hay una diferencia importante entre la noción de imperio y el *concepto* de él. Esta distinción y estas dos formas constituyen lo que podemos llamar el fundamento epistemológico del significado de imperio. Como noción, el imperio se puede rastrear en cualquier parte de la historia y las cronologías, mientras que, como concepto, el imperio es un fenómeno reciente. Como noción, el imperio tiene muchas formas, y no siempre fue reconocido como tal: es un argumento dentro de la historia. Pero como concepto, el imperio funciona a nivel historiográfico, es decir, el imperio como concepto nos permite reescribir tanto el pasado como el futuro. Los cinco períodos mencionados no son necesariamente sucesivos, ni están establecidos cronológicamente; operan más al azar y de maneras alternativas. El *entanglement* definitivo entre ciencia e imperio en los dominios occidentales/europeos se produce cuando, hacia finales del siglo XIX, una dimensión imaginaria y una dimensión material de la noción de imperio comenzaron a considerarse como conceptos (véase el punto 3). Fue en ese momento que (i) la ciencia también se asoció con el conocimiento, y (ii) el imperio se asoció con el Estado moderno, el capitalismo y la democracia liberal.

Hoy en día, la noción de imperio, es decir, imperio como un simple argumento histórico, está asociada con la información y no tiene mucha relevancia teórica para los autores que lo tratan como un tema específico (Baber, 1996). Además, en algunos casos esta noción de imperio se asocia con un cierto punto de vista administrativo y burocrático: una perspectiva orientada al gobierno o al Estado (Hefferman, 1994; Pimentel, 2000). De hecho, los trabajos recientes dedicados a la relación entre ciencia e imperio son claramente producto, entre otras cosas, de la consideración historiográfica del imperio como concepto (Baber, 1996). La idea, por ejemplo, de la existencia de algo llamado "ciencia colonial" es una clara indicación de esta situación (Schiebinger, 2005). Paradójicamente, comenzando con los escritos de Friedrich Nietzsche y terminando con los de Sigmund Freud, se puede observar, por un lado, un acuerdo con

respecto a la decadencia de la cultura europea y, por otro lado, académicos que celebran una noción "triunfal" de la ciencia y el Estado europeos. En este sentido, no es de extrañar que muchos autores hayan postulado recientemente como no compatible el auge de una cultura tecnológica y científica frente a otra cultura humanitaria y artística que está cayendo.

La ciencia como conocimiento

Siguiendo el punto anterior podemos establecer que la relación entre ciencia e imperio, a pesar de que comenzaron a mencionarse como argumentos relacionados durante el siglo XIX, solo surgió como un área/dominio analítico cuando el imperio como concepto ya estaba en su lugar. Igualmente relevante, también surgió en un momento en que la "ciencia" se consideraba como conocimiento puro en un sentido empírico y filosófico. Fue sólo hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando la ciencia comenzó a ser considerada como la forma más avanzada y "perfecta" de conocimiento y filosofía, que desde el punto de vista analítico se hizo coherente considerar la relación entre ciencia e imperio como natural y necesaria. En este sentido, el surgimiento de la relación analítica entre ciencia e Imperio no puede separarse del desarrollo de la filosofía y la historia de la ciencia, ya que en realidad no puede separarse del desarrollo de una "cultura científica" destinada a dominar nuestro imaginario social contemporáneo, como queda muy claro en una serie de obras de autores como la de Latour y Weibel (2005).

Por lo tanto, la idea de ciencia e imperio está directamente conectada con una noción de conocimiento. Fue esta noción, en términos filosóficos y europeos, la que facilitó la introducción en las colonias de la universalización de la realidad a través de la idea de "naturalismo", "lenguaje racional" y "cientificidad". Este fue un fenómeno cultural completamente nuevo y radical desde la desaparición de la idea de Dios como el "Maestro Universal" (Wallerstein, 1974). En términos prácticos, esta universalización fue implementada por (i) una idea de educación, (ii) el progreso basado en los logros institucionales, y (iii) la concepción iluminista de la comunicación, un ensamblaje y conjunto que prevalece aún hoy. Para superar esta situación y evitar la simplificación de la normalización ("globalización"), varios autores introdujeron la categoría de traducción como concepto fundamental y básico en el estudio de la evolución filosófica, científica y cultural. En consecuencia, la idea de ciencia y conocimiento como un corpus y/o narrativas que son traducidos a otra cultura representaba un enfoque que de alguna manera reconocía las cuestiones planteadas por la noción de *ubicación del conocimiento* previamente indicada. De esta manera, esta traducción presenta/desarrolla dos dimensiones inmediatas: lo material y lo imaginario.

Las dimensiones material e imaginarias

La primera dimensión, la dimensión material, está conectada con construcciones (arquitectura), instrumentos (laboratorio, experimentos) y objetos (escritura, museos/"-museando", archivos/"archivando"). Las construcciones se han creado localmente con la ayuda de diseñadores extranjeros o sobre la base de las interpretaciones locales de lo que se hizo en otros lugares (Arnold, 1988; MacLeo, 2000). En cuanto a los instrumentos y objetos, primero se importaron y luego se copiaron/ reprodujeron, incluidas las adaptaciones locales o, cuando el objeto se *localizó* dentro del espacio de la colonia, fue su significado, taxonomía e interpretación lo que se importó. La segunda dimensión, la dimensión imaginaria, está conectada con la escritura, las imágenes y las teorías. Esta dimensión era mucho más interactiva, y los intercambios mutuos, entre el presente y el pasado, se remontan al "descubrimiento" de la propia América. Este descubrimiento puede considerarse en este sentido como el origen primitivo del imperialismo en su forma occidental/europea y moderna. Sin embargo, los múltiples usos y mutaciones de teorías e imágenes no modificaron sustancialmente, por ejemplo, la dirección y/o composición actual de la estructura de la comunidad científica, o del mercado editorial. La comprensión de estar en una ubicación periférica y el tener un "grado/calificación secundaria" para los desarrollos locales no solo se convirtió en algo común, sino que también devino en una forma de pensar o, más precisamente, en una condición previa de una comprensión como tal. Por lo tanto, cuanto más proliferaban los componentes de esta dimensión, más la comprensión del conocimiento mismo se volvía ajena a los lugareños.

Los niveles de compromiso

La traducción antes indicada operaba, simultáneamente con estas dos dimensiones mencionadas, en tres niveles diferentes, particularmente en aquellas áreas donde la tarea/objetivo principal se basaba en conexiones e intercambios entre las colonias (territorios periféricos) y los imperios (centros, "metrópolis", capitales). El primer nivel se refería al viaje entendido como instrumento de transmisión (percepción) y/o conocimiento (educación/ intercambios). El segundo nivel se refería a la comunicación en sí, entendida como medio de transmisión (publicación, difusión) o como *medium* (transporte). Finalmente, el tercer nivel fue la lengua entendida como léxico y como mundo posible (totalidad cultural).

Mucho se ha hablado de la "escritura de viajes" y, dentro de este argumento, de los llamados autores científicos. Los dos modelos biográficos consagrados de Darwin y von Humboldt han generado un gran número de enfoques y teorías sobre las formas en que se ha desarrollado la relación entre experimento (ciencia empírica) y teoría (ciencia teórica) y, lo que es igualmente importante, cómo el centro/periferia y el laboratorio/publicación del esquema se definieron y desarrollaron mutuamente gracias a los viajes. Menos que una imposición unidireccional (del imperio hacia las colonias),

este primer nivel de traducción mostró un esquema más complejo donde el centro/imperio también se vio afectado a nivel de su desarrollo y evolución léxica.

A partir de mediados del siglo XIX, el desarrollo de las comunicaciones comenzó a ser considerado como un problema a escala planetaria (Lebeau, 2005). El transporte ya había estado en esa situación desde el período del Renacimiento, aunque técnicamente solo fue posible lograr una plena eficacia de ello durante el siglo XIX. Lo que cambió radicalmente la percepción del pasado y del futuro fue el hecho de que, cada vez más, el movimiento de la materia (bienes, merchandising) estaba menos apegado a su dimensión financiera inmediata. En consecuencia, los valores adquirieron cada vez más una dimensión no física; se volvieron abstractos, y se transformaron en signos. En este contexto, la traducción se hizo cada vez más familiar tanto a nivel cuantitativo como cualitativo. El transporte también se vio radicalmente afectado por este cambio a nivel comunicativo, ya que la información estaba cada vez menos apegada a los objetos materiales. Además, en esta situación se produjo por primera vez la interacción entre el conocimiento científico y la evolución tecnológica, hecho que constituyó uno de los cambios más profundos en Europa desde la época medieval.

La creciente cantidad de viajes y la aceleración de los intercambios generaron un dominio completamente nuevo: la creencia de que el futuro era algo que potencialmente ya había sucedido. Así, la aparición de este horizonte d'attente como elemento de percepción cotidiana abrió la puerta a lingüistas y filósofos que comenzaron a considerar el lenguaje como la herramienta más adecuada para construir/comprender estos mundos posibles y, lo que es igualmente importante, como el único dispositivo para concebir totalidades, en cuyo caso la idea de "ciencia" se vio ciertamente afectada. Esta condición dio sustento a otro aspecto reciente y más contemporáneo: la necesidad regular de una distinción entre información y significado, o, en otras palabras, el reconocimiento crítico de que un ser humano hace una distinción y separación entre lo que es inmediatamente observable y lo que no lo es. En este caso, la traducción se coloca en un dominio lingüístico en (i) el significado de lo que se puede decir, de lo que está presente y (ii) de lo que no tiene nombre se halla en negociación constante.

Hacia mediados del siglo XIX, el tema de la traducción se convirtió en un aspecto metodológico inevitable de cualquier actividad cultural o científica; más aún, los autores académicos comenzaron a desarrollar teorías en torno a la idea de tablas adecuadas de conversión y taxonomía (Adas, 1989; Cilfford, 1997). Por lo tanto, las perspectivas de la historiografía cambiaron por completo a medida que los autores se vieron obligados a tomar conciencia de la distinción entre un contexto de producción y un contexto *de* recepción en relación con cualquier valor, concepto u objeto particular. En términos de la relación entre la ciencia y el Imperio, esto condujo a niveles crecientes de detalle e información en las publicaciones, pero también a una nueva tendencia histórica en el enfoque que pronto se convirtió en una nueva forma de historicismo (*Geschichtlichkeit).* Este enfoque consideró casi exclusivamente la relación entre la ciencia y el Imperio desde el punto de vista cronológico, histórico ("historicidad") y de escala temporal. Al mismo tiempo, como resultado, un enfoque geoepistémico surge como una alternativa y como una comprensión externa de la cuestión. A finales del

siglo XX era casi ampliamente aceptado por especialistas y autores académicos que ya no había contextos originales o situaciones naturales dentro de la relación entre ciencia e Imperio, y que todo debía ser considerado o pensado desde el punto de vista de la traducción.

De la constitución del imperio a la construcción de la ciencia

Dentro de los parámetros de gobierno, Estados e imperios, la ciencia siempre ha sido considerada como conocimiento. Las colonias no tienen, desde el paradigma y la perspectiva predominantes de Europa occidental, ningún otro período que el abierto por la "modernidad" europea en el siglo XV. Además, en la mayoría de los casos, la ciencia ha sido considerada como *el* paradigma del conocimiento y se ha desplegado como una de las principales herramientas para hacer que el dominio imperial sea más vasto y efectivo. De hecho, la distinción entre "imperio" e "imperialismo" se puede hacer desde el momento en que el conocimiento, como equivalente de la ciencia, fue utilizado como instrumento de dominación. Si bien se puede considerar que el imperio tiene principalmente un propósito económico, el Imperialismo también estaba desarrollando una dimensión política. En este sentido, es imposible acercarse a la idea de "modernidad" dentro del mundo o la cultura occidental/europea sin considerar esta relación entre imperio e imperialismo. Desde el punto de vista ideológico, la modernidad es el resultado de esta implementación del conocimiento a escala estatal

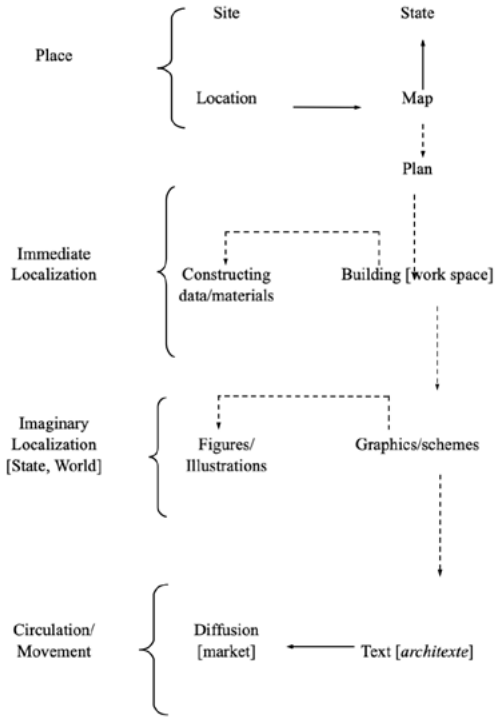


Figura 1. Una posible formulación de la matriz espacial imperial.

La construcción de imperios en los dominios occidentales/europeos no puede separarse del desarrollo y la explotación en las colonias, de la gente de la tierra, mientras que la ciencia y la tecnología se encontraban entre los instrumentos más prominentes empleados. La construcción de casas, edificios, sistemas de transporte y obras de ingeniería dentro de las colonias fueron los medios más poderosos que la ciencia y la tecnología europeas utilizaron para establecerse (i) como una disciplina académica, (ii) como un dispositivo cultural, y (iii) como una fuente de legitimidad política y gobernanza. Al mismo tiempo que, por ejemplo, se construían ferrocarriles y observatorios astronómicos, y se diseñaban, en las colonias, la noción de ciencia y tecnología, como disciplina, como corpus, como saber e institución, se definía cada vez más un sentido de realidad y un *set* de trabajo metodológico considerado como conjunto natural y definitivo. A finales del siglo XIX, por ejemplo, las revistas científicas anglosajonas dedicaban más de la mitad de sus páginas a "eventos coloniales" o a "eventos científicos" relacionados con algún lugar colonial. La realización de la ciencia europea/occidental como conocimiento es inseparable de la consideración de las colonias como espacio de experimentación y "descubrimiento", de allí su indeleble condición imperial.

En este contexto, como ya hemos demostrado, es casi imposible hacer una distinción entre ciencia y conocimiento como dos entidades separadas, y, además, la consideración a partir del siglo XIX de la ciencia como la forma más precisa y superior de conocimiento se basa ciertamente en esta conexión imperial. Es por ello por lo que examinar la distribución espacial y la creación de un imperio en lugar de seguir series o parámetros cronológicos o temporales puede ayudarnos a comprender cómo se ha determinado impuesto la ciencia como conocimiento. Llamaré a esta situación y al ajuste que requiere la matriz imperial del espacio.

Cada vez es más claro para los especialistas que la perspectiva empleada en la construcción del/los imperio/s occidental-europeo en sentido físico tanto como imaginario está presente en las culturas que se desarrollaron dentro de las colonias ("sociedades criollas") y, por lo tanto, está presente en la construcción de la ciencia misma. Este continum es también lo que llamamos la matriz imperial del espacio. Curiosamente, esta situación muestra claramente que, incluso cuando las condiciones generales con respecto a la ciencia y la cientificidad se establecieron durante el período colonial, el desarrollo posterior de estos ambientes ex coloniales hacia organizaciones más modernas (países, naciones, etc.) confirma el hecho de que la evolución conceptual y tecnológica opera en ambas direcciones. La matriz imperial del espacio también se refiere a la influencia y determinaciones/efectos que las actividades generadas dentro de las colonias tienen sobre los dominios centrales/capitales del imperio. Como señalan Deleuze y Guattari, no existe tal cosa como un adentro y afuera del territorio y/o tierra del Imperio: lo que encontramos son pliegues (instersticios, puntos- ciegos) líneas de fuga del territorio. De hecho, un hallazgo sorprendente después de observar las obras de autores y especialistas en esta área, es la insistencia regular en considerar siempre un espacio exterior al imperio, que en realidad se convierte en la salida metafísica de la mayoría de las teorías sobre el tema. Dentro del llamado "período colonial", el imperio se considera no solo como asignado simbólicamente, sino también como asignado fí-

sicamente. Por el contrario, dentro de lo que podemos llamar un "período poscolonial", el imperio se puede considerar como un imperialismo no visible e imaginario (véase Figura 1 y Figura 2). Dado este contexto, la cuestión del territorio del Imperio tiene menos que ver con la consideración de las colonias como entidades separadas debido a su diferente administración política (independencia, revolución, etc.), que con considerarlas todavía como parte del espacio territorial del imperio que había evolucionado de ser simbólico y físicamente determinado ("período colonial") hacia una forma y ubicación menos visible y más imaginaria ("período poscolonial").

Por otro lado, este continum mencionado es cuestionado porque hay una dimensión espacial predominante presente dentro de las colonias, mientras que, en las partes centrales/capitales del imperio, por el contrario, las cronologías y los enfoques temporales ("temporalidad") son dominantes: la lógica de desarrollo de las colonias es diferente de las narraciones historiográficas establecidas por las instituciones científicas imperiales, incluso cuando, como ya se ha dicho, la imposición de un léxico común vigente. Y es a partir de esta discrepancia revisada o, más precisamente, de esta discrepancia dentro de un contexto de continuidad conceptual, que surgen las nuevas teorías sobre la ciencia y el imperio.

Siguiendo entonces esta matriz, es posible identificar una secuencia en el establecimiento de la ciencia como lenguaje vehicular del imperio:

— Establecimiento de un mapa = espacio = tierra = territorio.
— Regulación del espacio en un sentido imaginario = signos, símbolos, códigos.
— Regulación del espacio en un sentido terrestre y físico = edificios, etc.
— Comunicación, movimientos y transporte dentro del espacio = viajes, viajes e idioma.

La transformación de la tierra en territorios, a través de la cartografía, constituye el primer y más dominante dispositivo para establecer un sentido de totalidad y autoridad estándar dentro de los primeros imperios occidentales/europeos establecidos por los españoles a nivel local. Lo que hay que reconocer en esta situación no es sólo el hecho de que esta citada asociación entre el conocimiento y la ciencia genera una especie de realidad universal, sino también que establece un principio de realidad por el cual lo "real" se asocia con el mundo físico (Jardine, Secord y Spary, 1996).

Los imperios, en el sentido occidental/europeo, se establecieron primeramente desde un punto de vista imaginario: la introducción de una naturalización artificial de la tierra, -signos, símbolos, códigos, taxonomías- fue el primer paso hacia la imposición de un lenguaje vehicular para interpretar y leer esta "naturaleza" (Arnold, 1996; Nieto Olarte, 2000). En este sentido, la imposición de la ciencia como lenguaje vehicular en términos conceptuales no puede separarse, como ya hemos dicho, de la transformación del inglés en el lenguaje dominante común de los gobiernos, los mercados y las academias.

Dadas estas circunstancias, es previsible que la organización arquitectónica del Estado y de las organizaciones e instituciones científicas siga un patrón similar dentro

del origen de las colonias. Igualmente, la disposición del espacio empleado para desarrollar sistemas de transporte y comunicaciones seguirá un sentido artificial del espacio y por el cual se dará lugar a una paradoja extrema. Si, por un lado, el principio de la realidad está asociado con el mundo físico, por otro lado, el "mundo físico" es menos un sistema material puro, como uno podría pensar a primera vista, y más un sentido artificial impuesto de la naturaleza y la naturalización.

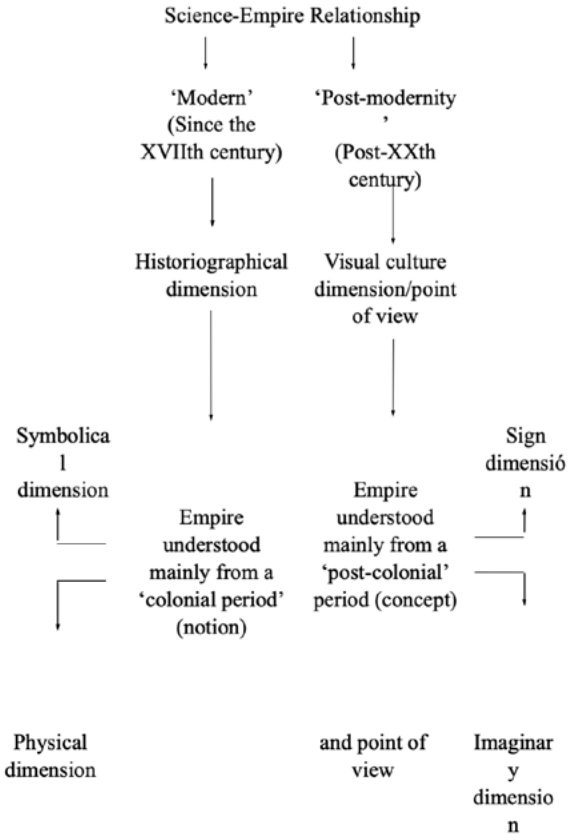


Figura 2. La relación entre ciencia e imperio desde un punto de vista evolutivo.

Conclusiones

En la Figura 1 hemos expuesto un intento de visualizar esta situación espacial/artificial o condición científica/naturalista, como también podríamos llamarla a partir de la cual como ya han estudiado autores como Bruno Latour y otros la matriz espacial imperial inicialmente mencionada puede concebirse de manera más empírica. No entendemos esta matriz como estable, fija o inmutable o con el mismo patrón invariable. Lo

que es relevante en este esquema imperial original son las conexiones y relaciones que crea. Menos que un conjunto fijo de reglas y características, esta matriz establece una serie de relaciones espaciales que prevalecen sobre los cambios periódicos y ocasionales. Aquí es donde es crucial entender la asociación entre conocimiento y ciencia, ya que esto nos permitirá entender por qué varios autores postulan que (i) el desarrollo de la modernidad primero como una noción económica, luego como una perspectiva política, y finalmente como un concepto en términos ideológicos, (ii) el crecimiento de la burocracia y las instituciones del Estado, y (iii) el desarrollo de los imperios en el imperialismo, son todos aspectos de la misma cuestión y no pueden separarse (Mandelssohn, 1976). La localización de un territorio en particular tiene una conexión directa con la "localización de la cultura", una relación que constituye la base de una noción de "mundo" o "imaginario", o, para usar la expresión de Edward Said (1984), "el mundo, el texto y el crítico". La relación que existe entre los mapas (cartografía) y lo que entendemos como territorio (topografía), se reproduce en la relación entre la ciencia y lo que definimos como conocimiento, así como se reproduce en la relación entre la noción de realidad y el espacio físico donde se sitúan las instituciones científicas, y de nuevo en la relación entre los escritos científicos y la ilustración y/o gráficos realizados para legitimar/justificar estos escritos para el mercado (Figura 1 y Figura 2). Como señala Michel Foucault, lo que hace que una idea o concepto sea eficiente y exitoso no es su significado inmediato, sino la relación entre este significado particular y el sistema conceptual (*epistémê*) al que pertenece. Por esa razón, la idea de lo imaginario cobra cada vez más relevancia entre los autores como expresión que denota una situación en la que, por ejemplo, un edificio científico particular no contiene dentro de su existencia material el significado bajo el cual es concebido todos los días por los profesionales científicos que hicieron uso de él. El bello volumen editado en 1999 por P. Galison y E. Thompson bajo el título de *The Architecture of Science.* constituye una interesante exploración en esta dirección.

Además de considerar que el imperialismo actual ya no necesita una noción de Imperio para funcionar, debemos considerar el hecho de que el colonialismo no necesita la certeza conceptual que ofrece la existencia de colonias tradicionales en cualquier lugar específico. El conocimiento y la subjetividad, entendidas como las principales tareas conceptuales para una perspectiva geoepistémica actual, solo pueden funcionar si aceptamos que el cientificismo generado por la perspectiva occidental/europea ya no se basa en una noción de "ciencia" o "gran ciencia" o "ciencia normal", sino más bien en un lenguaje conceptual que necesita ser revisado. La reciente atención prestada por numerosos autores a los viajes, el movimiento, las construcciones imaginarias y las fabricaciones visuales, entre otros elementos, demuestra en nuestra opinión la pertinencia de este lenguaje conceptual (Riffenburgh, 1994; Willis, 1988).

Referencias bibliográficas

Adas, M., (1989). *Machines as the Measures of Men: Science, Technology and Ideologies of Western Dominance*, Cornell, Ithaca: Cornell University Press, 1989.

Alam, A. (1995). Imperialismo y Ciencia. *Social Scientist*, 6 (5), 15-30.

Andersson, J. S. (1975). *Cómo definir 'Performativo'*. Libertryck.

Arnold, D. (1988). *Medicina imperial y sociedades indígenas*. Manchester University Press.

Arnold, R. (1996). *Problem of Nature: Environment, Culture and European Expansion*.Oxford University Press.

Baber, Z. (1996). *La ciencia del imperio: conocimiento científico, civilización y dominio colonial en la India*. State University of New York Press.

Bayly, C. A. (1989). *Imperial Meridian: The British Empire and the World*. Longman.

Burckhardt, J. (1914). *La civilización del Renacimiento*. George Allen and Co.

Cañizarez-Esguerra. J. (2005). Iberian Colonial Science. *Isis*, 64-70.

Cañizarez-Esguerra, J. (2001). *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World.* Stanford University Press.

Cardoso, F. E. y Faletto E. (1979). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. University of California Press.

Darwin, C. (1989). *Voyage of The Beagle*. Penguin.

Deleuze, G., y Guattari, F. (1980). *Mille Plateaux*. Minuit.

Drayton, R. (2000). *Nature's Government: Science, British Imperialism and the Improvement of the World*. Yale University Press.

Fischer, K. P. (1989). *History and Profecy: Oswald Spengler and the Decline of the West*. Peter Lang.

Foucault, M. (1991). *The Order of Things*. Tavistock Publications.

Galera Gómez, A. (1988). *La ilustración española y el conocimiento del nuevo mundo: las ciencias naturales en la expedición Malaspina, 1789-1794*. CSIC.

Galison, P. y Thompson, E. P. (1991). *La arquitectura de la ciencia*. MIT Press.

Gascoigne, J. (1998). La ciencia al servicio del imperio (1998). In Joseph Banks. *El estado británico y los usos de la ciencia en la era de la revolución.* Cambridge University Press.

Gascoigne, J. (1999). The Royal Society and the emergence of science as a instrument of state policy. *British Journal for the History of Science*. 32, 171-184.

Greene, J.C. (1961). *Darwin y la visión moderna del mundo, Baton Rouge*, Louisiana State University Press, 1961.

Hardt, M. y Negri, T. (2000). *Empire*, Harvard University Press.

Harrison, M. (2005). Science and the British Empire. *Isis*. 96, 56-63.

Headrick, D. (1988), *Los tentáculos del progreso; Technology Transfer in the Age of Imperialism*. Oxford University Press.

Hefferman, M. J. (1994). A State Scholarship: The Political geography of French International Science during the TXIX Century. *Transactions of the Institute of British Geographers*.19, 21-45.

Humboldt, A. (1995). *Personal Narrative*. Londres, Penguin.

Jardine, N., Secord, J. A. y Spary E.C. (1996). *Culturas de historia natural*, Cambridge University Press.

Latour, B. (1987). *Ciencia en Acción*. Harvard University Press.

Latour, B. y Weibel, P. (eds.). (2005). *Hacer las cosas públicas. Atmósfera de democracia*. ZKM/MIT Press.
Lebeau, A. (2005). *L'engrenage de la technique - Essai sur une menace planétaire*. Gallimard.
Lyotard, J. F. (1988). *The Differend: Phrases in Dispute*. University of Minnesota Press.
MacKenzie, J. M. (1998). *El Imperio de la Naturaleza: Caza, Conservación e Imperialismo Británico*. Manchester University Press.
MacLeod, R. (2000). Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise Introduction. *Osiris*. 15, 1-13.
—. (1993). Passages in Imperial Science: From Empire to Commonwealth. *Journal of World History*. 4, 117-150.
Mandelssohn, K. (1976). *Science and Western Domination*. Thames y Hudson.
Mignolo, W. D. (2005). *La idea de América Latina*, Londres. Blackwell.
Needham, J. (1981). *Ciencia y civilización en China (1954-1986*). Cambridge University Press.
Nieto Olarte, M. (1981). *Remedios para el imperio: Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
—.Osborne, M. A. (2000). Aclimatizing the World: A History of the Paradigmtic Colonial Science, *Osiris*, 15, 2000, 135-151.
Parker, A. y Sedgwick, E. K. (1995). *Performatividad y Performance*. Routledge.
Pimentel, J. (1998). *La física de la monarquía: Ciencia y política en el pensamiento colonial de Alejandro Malaspina (1754-1810)*. Doce Calles.
—. (2000). La visión ibérica: ciencia e imperio en el marco de una monarquía universal, 1500-1800". *Osiris*. 15, 17-30.
Pyenson, L. (1985). *Cultural Imperialism and Exact Sciences: German Expansion Overseas 1900-1930*. Peter Lang.
Riffenburgh, B. (1994). *The Myth of the Explorer: The Press Sensationalism and Geographical Discovery*. Oxford University Press.
Said E.W. (1984). *The World, the Text and the Critic*. Faber y Faber.
Schiebinger, L. (2005). Forum Introduction: The European Colonial Science Complex. *Isis*. 96, 52-55.
Searle, J. R. (1989). How performatives work. *Linguistics and Philosophy*. 12, 535-558.
Spengler, O. (1926). *La decadencia de Occidente. Forma y actualidad*. George Allen y Unwin.
Wallerstein, I. (1974). T*he Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. Academic Press.
Willis, C. (Ed.) (1998). *Building the Empire State*. Norton.
Young, R.M. (1985). *La metáfora de Darwin: el lugar de la naturaleza en la cultura victoriana*. Cambridge University Press.
Zizek, S. y Daly G. (2004). *Conversaciones con Zizek*. Polity.

SUBJETIVIDAD Y RIGOR EN LA HISTORIA. UNA REFLEXIÓN PARA EL DEBATE.

Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura

La historia como ciencia subjetiva

El historiador quiere conocer el ayer para explicarlo, pero no debemos olvidar que se halla influido por su presente; acumula lecturas de diversa inclinación, simpatiza con determinadas ideas, rechaza otras y no es un "alma pura", ajena a los vaivenes de la actualidad. El término "subjetivo" viene de sujeto y, como el historiador es un sujeto que busca conocer, su actividad nunca puede ser objetiva; entre otras razones porque él mismo está inmerso en la materia que estudia: los hombres en sociedad a lo largo del tiempo.

Sujeto y objeto no están separados en historia. De hecho, no están separados en ninguna ciencia, porque ya demostró Heisemberg que los instrumentos del físico al medir la velocidad del electrón influyen en el comportamiento de la propia partícula. El conocimiento de un objeto lo transforma, lo trastoca, lo altera; por eso toda ciencia ha de asumir la naturaleza necesariamente subjetiva de su quehacer (Mayr, 2016, pp. 39 y 124). Otro tema es que esa subjetividad acabe en la arbitrariedad del "todo vale", propia de la lógica postmoderna. Porque hoy parece arrumbarse el concepto de verdad, parece despreciarse "lo cierto", apabullados por la incertidumbre y la complejidad de los objetos que estudiamos; como si esa incertidumbre, puesta sobre la mesa por Heisemberg, fuera una muralla infranqueable que impidiera discriminar la verdad de la mentira.

Es necesario recuperar la relatividad contra el relativismo. Un fenómeno siempre genera más de una interpretación, y esas interpretaciones serán, probablemente, contradictorias entre sí. Pero solo comparando las visiones, solo criticando las bases probatorias de las mismas, podremos discernir cuáles se ajustaban a los hechos y cuáles los falseaban. Comparando se comprende: he ahí la esencia de la relatividad; asumir, en fin, que la realidad es poliédrica, para, después, señalar qué caras del poliedro se caen por inconsistentes, por falsas. Contra la sana relatividad se erige el tramposo relativismo posmoderno, que pone al mismo nivel distintas y distantes versiones sin pretender discriminar lo cierto de lo falso. Puro sofismo, en fin.

¿Hay instrumentos para que la relatividad no degenere en relativismo? Claro, esos instrumentos forman la triada de conceptos donde se basa la ciencia: teoría, método y laboratorio (Rodríguez de las Heras, 1981). Sólo aquellas disciplinas donde se establece un diálogo, fluido y equilibrado, entre estos tres conceptos pueden considerarse ciencias.

La teoría es un corpus conceptual que explica, en el plano abstracto, el fenómeno al que el científico se acerca. Del laboratorio se obtiene la prueba que permite corroborar, o despreciar, la solidez de los conceptos propuestos para explicar el fenómeno. Así, si la idea inicial se sustenta en pruebas fehacientes, la hipótesis se convertirá en teoría contrastada. En el caso del historiador, su laboratorio es el archivo donde encuentra la evidencia para probar una hipótesis, para matizarla o para rechazarla.

Falta el "gozne" o camino que conecta el plano abstracto de la teoría con la concreción del laboratorio. Ese sendero es el método, que viene del griego "odos" y significa, precisamente, "camino". El método proyecta la teoría sobre el laboratorio, mezcla generalidad y concreción, es concepto aplicable, a partir del cual se obtienen indica-

dores para una mejor comprensión de lo estudiado. A través del método, la abstracción penetra en la realidad material para entenderla, para explicarla y diagnosticarla; incluso para intervenir en ella (Rodríguez de las Heras, 1976; Díaz Barrado, 1985; Díaz Barrado, 1989;v Díaz Barrado, 1997; Sánchez González, 2001; Rubio Caballero, 2015).[16]. El método es, sobre todo, una herramienta, un invento del científico que persigue buscar si lo imaginado en el plano teórico tiene o no correlato en la realidad. Por eso la ciencia está cerca del arte, en tanto que elegante fabricación de artefactos metodológicos para comprender cuanto nos rodea.

El científico puede caer en el error de teorizar en exceso sin que sus hipótesis lleguen a ser contrastadas. Entonces el vuelo teórico da pie a la yerma elucubración. Cabe la posibilidad, muy practicada por los historiadores, de la opción contraria: la enfermiza acumulación de datos sin planteamientos generales que permitan comprender el bosque después de sobrevolar los árboles. Es el laboratorio sin la teoría, es la mera erudición del "ratón de biblioteca" inmerso en sus libros pero huérfano de conceptos.

Y también puede darse la tercera opción, la del inventor de artefactos que olvida tanto el vuelo teórico donde esos artefactos deberían inspirarse, como la útil aplicación de los mismos sobre la realidad concreta del laboratorio. Un método sin base teórica ni posibilidades de aplicación real no pasa de ser un puro divertimento técnico, científicamente inútil.

Así pues, la ciencia, la buena ciencia, es diálogo equilibrado entre teoría, método y laboratorio. Sólo esta triada impide que la relatividad (comprensión por comparación) degenere en relativismo (todo vale y, por tanto, nada vale). Únicamente la sólida base teórica, el método bien engrasado y las fehacientes pruebas dan rigor al conocimiento, siempre subjetivo, emprendido por el ser humano.

Por tanto, si nos planteamos el reto de seguir esta hoja de ruta, conseguiremos que la historia sea una ciencia subjetiva, y rigurosa, que busca la comprensión de ese complejísimo objeto de estudio que es el pasado, más o menos reciente.

La verdad es la facticidad.

Los procesos históricos tienen límites cronológicos difusos. El comienzo y el fin de las Edades (Antigua, Moderna y Contemporánea) son pura convención y, por sí mismos, nada explican, pues un *sans-culotte* que asaltaba la Bastilla en el París de 1789 no era consciente en aquel momento de estar inaugurando la Edad Contemporánea.

---

16 Hago un repaso somero por las obras publicadas por el grupo de investigación donde trabajo: Historia del Tiempo Presente. Analizamos el discurso político, la percepción de la historia en los medios de comunicación, la Guerra Civil, el franquismo, la transición española a la democracia y el proceso de integración europea. Y todo ello lo hacemos ensayando una serie de métodos inspirados en el trabajo transdisciplinar.

Sólo puede conocerse lo limitado en el tiempo y en el espacio, lo demás es borroso, se diluye. Los hechos ocurren en un determinado momento y en un lugar concreto, por eso la historia solo puede estudiar, investigar, conocer y comprender los hechos. La verdad está en los hechos, es la facticidad; más allá sólo hay interpretación, cercana o alejada, de lo ocurrido.

Pero pronto nos encontramos con un gran problema: a los hechos no podemos volver (fueron pero no volverán a ser, han desaparecido a lomos de "la flecha del tiempo"). No disponemos de una fascinante máquina (imaginada siempre en la ciencia ficción) que nos permita viajar hacia el pasado o regresar al futuro. De los hechos sólo quedan restos, percepciones e interpretaciones de los mismos en tablillas de barro, documentos notariales, páginas de periódicos o noticiarios televisivos. Por tanto, hasta nosotros no llegan los hechos del pasado, sino interpretaciones poliédricas de estos, cada una inspirada en una visión del mundo, en una religión o en una ideología. La interpretación poliédrica del hecho, sustanciada en restos disponibles en el presente, es el acontecimiento histórico. Por ello el acontecimiento se conjuga en plural, pues radica en la interpretación diversa de un mismo hecho (Pinilla, 2008, pp. 65-105).

El reto del historiador es llegar a la verdad, a la esencia del hecho, comparando las visiones del mismo expresadas en el acontecimiento. Para ello desarrolla teorías y métodos en clave comparativa que permitan observar con claridad los conceptos que sustentan esas interpretaciones, así como la forma en que la percepción del hecho se expone, destacando determinados mensajes mientras se silencian otros (Pinilla, 2007; Pinilla, 2013; Pinilla, 2010). Todo ello sin olvidar que "la verdad" no es un destino al que se llega para dormitar, sino un camino de "ensayo-error" donde las interpretaciones que hoy creemos asentadas, mañana pueden corregirse por nuevas pruebas que las contradigan o maticen. Ya nos recordaba Ortega y Gasset que la verdad era "como ese punto cardinal llamado Este. Nunca llegas a él, porque siempre habrá un pueblo, una cordillera, un río al Este del Este" (Ortega Gasset, 2013).

La ciencia es camino de verificación continua que nunca logrará poseer, en su totalidad, "la verdad" de un determinado hecho. El investigador, en este caso el historiador, habrá de perseguir que el diafragma de la cámara por la que interpreta el mundo se abra cada vez más, siendo consciente de que tal movimiento no logrará captar todo el paisaje, porque es inabarcable. Así pues, la ciencia busca la verdad, aun sabiendo que nunca la atrapará por completo, pues en su movimiento imparable sólo aspira a acercarse a ella. Eso le da sentido e infinitud.

El historiador debe diseñar métodos bien asentados teóricamente que le permitan, a través del acontecimiento, descender al hecho; que le faciliten, en definitiva, ir más allá de las interpretaciones (distintas y distantes) para llegar a la esencia del hecho, a lo que realmente significa, a sus potenciales consecuencias atendiendo a su naturaleza. Seguidamente voy a proponer, a modo de ejemplo, un método que busca establecer una categorización de hechos políticos para, más allá de las interpretaciones, evaluar si esos hechos atentan o no contra la supervivencia del sistema en el que ocurren.

La “geometría del espacio histórico”: un método para evaluar la gravedad de los hechos políticos.

El profesor Antonio Rodríguez de las Heras, basándose en los principios de la Teoría General de Sistemas, diseñó este método de la “geometría del espacio histórico”, que quiere ser una “plantilla” a partir de la cual interpretar el significado profundo (la esencia) de los hechos acaecidos a nivel político (Rodríguez de las Heras, 1976).

Como cualquier organismo vivo, los Estados contemporáneos persiguen mantenerse en el tiempo a la vez que regulan los conflictos y cambios surgidos durante su existencia. Perpetuarse y cambiar, he ahí las dos pulsiones aparentemente contrarias, pero coincidentes y complementarias en cualquier organización viva.

Así, los Estados desarrollan un dispositivo autoperpetuador (DAP) que alberga la esencia del sistema y busca, como su propio nombre indica, la continuidad del mismo a lo largo del tiempo. El DAP está formado por el jefe del Estado, que representa al sistema; la ley, que es su ADN, donde se hallan los valores y principios que lo inspiran; y, por último, el Ejército, que protege a la organización de agresiones, procedentes del exterior o del interior, que pondrían en grave peligro su supervivencia.

Pero todo Estado tiene como fin esencial (por eso se crea) la regulación de los conflictos que acaecen en la sociedad. Las sociedades humanas, tremendamente complejas, están formadas por individuos agavillados en colectivos que defienden intereses, ideas y símbolos que muchas veces luchan entre sí. Para evitar que esas diferencias acaben en sangre, los Estados desarrollan un dispositivo autoregulador (DAR) que busca mitigar los conflictos, con el fin de impedir que su propagación afecte al DAP, termine con el sistema y rompa definitivamente la convivencia. El DAR es un colchón para que los antagonismos experimentados dentro de la sociedad se amortigüen, no rompan el DAP y maten, por ende, al sistema.

El DAR de los Estados contemporáneos está compuesto por tres instituciones (los tres poderes de Montesquieu): las Cortes, el poder legislativo, aquella institución que “hace la ley”; el Gobierno, que ejecuta la ley y gestiona el sistema (el poder ejecutivo); y los organismos de justicia, que velan por el cumplimiento de la ley (el poder judicial). Los tres poderes, en una democracia viable, han de estar separados y contrapesarse, para que ninguno de ellos acabe dominando/aplastando a los otros dos.

A este esquema, a este mapa, a esta geometría del espacio histórico-político le falta una última pieza: los enemigos. Porque siempre habrá fuerzas y grupos que se opongan al sistema y busquen su eliminación, por distintos métodos. Identificaremos

como “desviaciones” a esos enemigos del sistema. Descritas las piezas del mapa, llega el momento de aclarar al lector, con un esquema, la geometría aquí trazada[17]:

Téngase en cuenta que nos hallamos ante un sistema de partes interdependientes, que actúan influyéndose entre sí, donde nada queda al margen; por eso las piezas de este esquema se interconectan fluidamente (y esa interconexión se simboliza con las líneas que unen esas piezas[18]). Ningún elemento de este mapa está aislado, cualquiera de ellos depende de los demás. Sin esta interpretación sistémica de la geometría, no entenderemos nada.

Sobre este esquema ya podemos arrojar cualquier hecho político, para una interpretación rigurosa de su profundo significado, de su esencia, de su gravedad y de las consecuencias que puede acarrear en función de las partes que se ven afectadas con la emergencia de ese hecho. Porque los hechos, que son acciones de personas o colectivos limitadas en el tiempo y el espacio, conectan entre sí las piezas de esta geometría, se hallan en las líneas que las conectan. Actuando como “médicos” del pasado, podemos establecer la gravedad de un hecho atendiendo a las instituciones que se ven afectadas por su emergencia, y, a partir de esa gravedad, diagnosticar sus posibles consecuencias. Este mapa es una anatomía de los sistemas políticos, una disección a partir de la cual valoraremos los síntomas que emite ese organismo y esos síntomas son los hechos.

Aclaremos dos cuestiones, antes de poner algunos breves ejemplos:

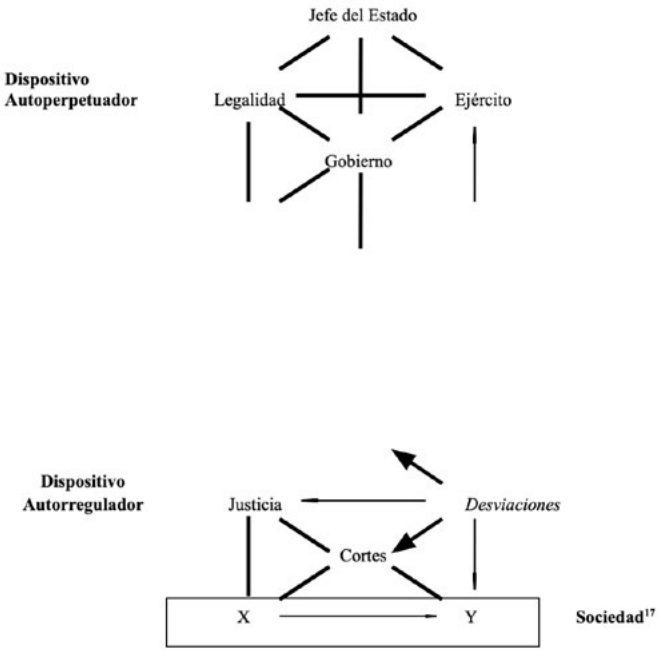
Primero, la historia política contemporánea puede entenderse como un despliegue progresivo del gráfico anterior. Antes de la Revolución francesa, el jefe del Estado (el Rey), una pieza del DAP, concentraba en sus manos los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, era jefe del Ejército y dictaba la ley. Tras la Revolución de 1789 va desplegándose la pajarita de papel de la monarquía absoluta: los tres poderes se diferencian y separan, las Cortes representan a la ciudadanía y de ellas emanan las leyes, el Ejército está sometido a esas leyes y el Jefe del Estado llega a convertirse (en las monarquías parlamentarias) en un mascarón de proa que representa al sistema (reina), pero no gobierna. Hay especificidades, claro, según países y casos, pero en el movimiento de despliegue progresivo de esta pajarita radica la dinámica política impulsada por el liberalismo tras la Revolución francesa.

La segunda cuestión, sobre la que abundaremos en el siguiente epígrafe: los hechos que implican a una o más piezas del DAP se conocen como genoeventos (Morin,

---

17 La sociedad está compuesta por distintos actores (simbolizados con x e y) que entran en conflicto (representado por la flecha que los relaciona). El Estado, con sus dispositivos autoperpetuador y autoregulador, busca la mitigación de esos conflictos.

18 Solo una precisión: las flechas simbolizan en este esquema los conflictos entre piezas. Por ejemplo, dentro de la sociedad hay antagonismos, como se ha dicho en la cita anterior, y esos conflictos se simbolizan con la flecha que conecta a la x y a la y, que representan a los actores integrantes de la sociedad. Por otra parte, las relaciones entre la desviación (el enemigo) y el resto de piezas son siempre antagónicas (flechas que apuntan contra el sistema).



1984)[19], porque afectan al aparato generativo o perpetuador del sistema, y son los más graves, pues ponen en riesgo la continuidad de la organización. Trastocar el código jurídico, la Constitución, la ley de leyes, de un sistema político es cambiar su naturaleza. Ocurre exactamente lo mismo que si transformamos la cadena de nucleótidos que conforman el ADN definitorio de nuestra especie. Sistema político y especie animal son dos organismos vivos, en esencia (Morin, 1996). La rebelión del Ejército contra la ley –lo que tradicionalmente se conoce como un golpe de Estado– o un profundo cambio en la Constitución que define al sistema son dos ejemplos de genoeventos que, a la postre, provocarán profundas mutaciones políticas.

Por otra parte, cualquier hecho que afecte a las piezas del DAR será identificado aquí como "fenoevento", pues no atañe en principio a la esencia del sistema, a su generación, sino a su apariencia, a su superficie, a la regulación de los conflictos que surgen cotidianamente durante su existencia. Unas elecciones generales, la aprobación de una ley en el parlamento, una sentencia judicial, incluso una moción de censura son hechos inscritos en la regulación del sistema; hechos que conectan a la sociedad con sus instituciones, propios del poder legislativo, judicial o ejecutivo. En principio, si el conflicto que pretenden regular queda mitigado, los fenoeventos no tienen por qué contagiarse al DAP y desencadenar genoeventos. Pero todo es posible, porque no olvidemos que estamos analizando un sistema de partes interdependientes, donde lo ocurrido en el DAR puede trasladarse al DAP si los mecanismos reguladores del primer dispositivo no funcionan o fracasan. Y hay muchos casos en la historia donde un previsto fenoevento acaba rompiendo la perpetuación del sistema, dando lugar a

19 Utilizo la terminología "genevento"-"fenoevento" a partir de las reflexiones de Edgar Morin

genoeventos de extrema gravedad. El desencadenamiento de la Guerra Civil española es un caso paradigmático.

Algunos ejemplos: ensayando la "geometría del espacio histórico".

Las elecciones generales españolas de 1936 dieron lugar, prácticamente, a un empate entre izquierda y derecha. Pero el sistema electoral que regía en la Segunda República arrojó una considerable mayoría en las Cortes de las formaciones progresistas, lo que les permitió formar gobierno, bajo la coalición del Frente Popular (Álvarez Tardío y Villa García, 2017)[20]. Unas elecciones generales son, siempre, un fenoevento, pues atañen al dispositivo Autoregulador del sistema. Sin embargo, la situación española en 1936 es tan convulsa que, nada más subir al poder el Frente Popular, aumentará la temperatura política del país, los enfrentamientos entre izquierda y derecha serán cada vez más intensos y, a la postre, desembocarán en un golpe militar (Moradiellos, 2016)[21]. Así pues, el fenoevento de febrero no servirá para mitigar los antagonismos incubados en la sociedad española, sino para acelerar su eclosión hasta dar lugar a un genoevento de tremenda gravedad: la fractura en dos del Ejército y la revuelta del sector antirepublicano contra el propio sistema.

España ya se había fracturado, políticamente hablando, a lo largo de la corta historia de la Segunda República. Las reformas del primer bienio fueron detenidas por el gobierno de derechas que gestionó el poder desde noviembre de 1933. Cuando la izquierda volvió a controlar el ejecutivo en el 36, sus radicales políticas no ayudaron a tranquilizar los ánimos. La gran contradicción de la Segunda República fue que quiso ser una democracia liberal burguesa sin burguesía y con un liberalismo muy marginal, pues los extremos a izquierda y derecha acabarían desgajando a esas opciones liberales, arrinconándolas y conduciéndolas a la irrelevancia. Una sociedad sin clases medias asentadas y potentes (España no lo era, desde luego, con índices de pésima distribución de la riqueza entre 1931 y 1936) difícilmente puede alumbrar una democracia representativa viable. Así pues, la España de la Segunda República estaba rota socialmente, partida políticamente, dividida ideológicamente, etc. Y tanto antagonismo no pudo ser regulado, mitigado, en unas Cortes que reproducían dialécticamente

---

20 Un reciente estudio demuestra que las elecciones de febrero de 1936 fueron ganadas por las derechas con una levísima diferencia con respecto al Frente Popular. No obstante, el fraude sobre el recuento, unido a las particularidades del sistema electoral republicano dieron lugar a unas Cortes donde la izquierda pudo formar gobierno.

21 Las causas estructurales, coyunturales e inmediatas de la Guerra Civil (que es tanto decir como las causas de la descomposición republicana) están estudiadas en los libros del profesor Enrique Moradiellos, premio nacional de Historia de España en 2017. Destaco la obra por la que obtuvo este premio.

el duro enfrentamiento que existía en la calle. Así pues, las elecciones de febrero del 36 alumbraron un parlamento incapaz de reconciliar lo que, prácticamente, ya se había roto.

Los conflictos seculares en los que se hallaba instalada la sociedad española (Iglesia vs Estado, Centro vs Periferia, intervencionismo militar) no sólo no se habían solucionado, sino que empeoraban por momentos. A todo ello no ayudaba una crisis económica mundial, desatada en 1929, que afectaba ya duramente a Europa, así como una polarización política que impedía soluciones de consenso –las únicas eficaces– a problemas tan importantes. En este contexto, la fragilidad de la victoria del Frente Popular, la destitución de Alcalá Zamora como presidente de la República y el asesinato del líder derechista de la oposición, Calvo Sotelo, fueron las causas inmediatas del alzamiento militar de julio del 36.

Al no triunfar el golpe del 36, las Fuerzas Armadas se dividirán en leales y contrarias al régimen republicano. El conflicto ha llegado ya a la perpetuación del sistema. Una pieza del DAP, el Ejército, se rompe y una parte actúa como enemigo interno, atacando la Constitución y el resto de elementos del sistema. Ya ha ocurrido lo más grave que le puede ocurrir a un régimen político: su perpetuación ha saltado por los aires y se declara la Guerra Civil.

He aquí un ejemplo de fenoevento (unas elecciones generales) que desencadena una sucesión de genoeventos (golpe militar, fragmentación del ejército, guerra civil) cuya consecuencia será el cambio posterior de régimen. España empezará la guerra como una democracia representativa en seria crisis y la terminará como una dictadura personalista, asentada en el Ejército e inspirada ideológicamente en el fascismo. Se ha producido una profunda mutación, de manera rápida e imprevista, lo cual nos recuerda aquél "efecto mariposa" descrito por el meteorólogo Edward Lorenz: "el aleteo de una mariposa en Washington, puede desencadenar un huracán en Tokio". La dinámica de un sistema complejo (y los regímenes políticos lo son) depende de los leves cambios que pudieran llegar a producirse en sus condiciones iniciales. Cualquier alteración, por pequeña que sea, en una parte del sistema, puede desencadenar grandes transformaciones en su conjunto (Von Bertalanffy, 1993). Mucho más, si cabe, cuando la parte alterada pertenece a la perpetuación del sistema. Así pues: un fenoevento previsto como unas elecciones generales, propio de la autorregulación, da lugar a una dinámica impredecible que acaba en un cambio de régimen violento.

Más allá de las simpatías ideológicas del historiador, basar el relato de aquél pasado en los conceptos que nos proporciona la "geometría del espacio histórico" sirve para diagnosticar, con rigor, la naturaleza de los hechos analizados. Sin renunciar a la subjetividad, el filtro de la teoría y el método permite una interpretación sin sectarismos. Ello no significa que esta visión tenga que convertirse en dogma, porque también las bases teóricas y metodológicas, levemente expuestas aquí, son discutibles; pero, al menos, hay un marco de referencia, una batería de conceptos a partir de la cual intenta valorarse el pasado ponderadamente.

Nos interesa este tono ponderado, sereno, que el maestro de historiadores, Tácito, reflejaba en la frase *sine ira et estudio* con la que describía el oficio de historiador, porque *observamos* serias deficiencias en muchos comentaristas de la actualidad, y también en los políticos que la protagonizan. El nulo rigor conceptual lleva a la mentira, a la manipulación, al trampantojo de las *fake news*; y, desde luego, aparta al acontecer de un acertado diagnóstico. Si la historia que aquí defiendo (teórica, metodológica, experimental) sirve para algo, es, desde luego, para revelar sin ira, pero con estudio y rigor, la profunda naturaleza de lo que ocurre.

Pongamos un ejemplo, con el que terminamos esta reflexión. Desde septiembre de 2017, los partidos independentistas en Cataluña plantearon un doble órdago al Estado español: primero, la aprobación de unas "leyes de desconexión" con respecto a la legislación española; y, segundo, la celebración de un referéndum de autodeterminación[22]. Tanto un hecho como otro fueron desautorizados por el Tribunal Constitucional español, pues suponían una flagrante violación de la Carta Magna. No obstante, el independentismo siguió adelante con su plan, que terminó en una rocambolesca declaración unilateral de independencia el 10 octubre de 2017[23].

El gobierno, presidido en aquél momento por Mariano Rajoy, suspendió temporalmente la autonomía en Cataluña hasta la celebración de unas elecciones autonómicas que se llevarían a cabo el 21 de diciembre de 2017. Mientras, la justicia siguió su curso, su implacable y necesaria lógica, declarando la prisión preventiva sobre los líderes de la rebelión (Carpio, 2017). En octubre de 2019 se conoció la sentencia del Tribunal Supremo que condenaba, por sedición y malversación, a los dirigentes del independentismo que se sentaban en el banquillo (Rincón, 2019). El relato de los hechos probados que figura en el texto de la sentencia refleja, con claridad, el atentado contra la Constitución perpetrado por los nacionalistas catalanes durante aquellos meses de septiembre y octubre de 2017[24].

Muchas son las aristas interpretativas de estos hechos, y en ellas no vamos a entrar porque darían para una monografía voluminosa que, evidentemente, no cabe

---

22 El primer paso fue dado los días 6 y 7 de septiembre, aprobando un conjunto de leyes (de referéndum el día 6, de "desconexión" el día 7) que entraban en flagrante contradicción con la Carta Magna española. El segundo paso, la escenificación de un referéndum de autodeterminación, fue dado el 1 de octubre.

23 Rocambolesca porque el presidente del gobierno autonómico catalán, Carles Puigdemont, declaró en el parlamento la independencia de la República catalana para, unos segundos después, suspender sus efectos con el fin de "abrir un tiempo de diálogo con el Estado español". La comparecencia completa de Puigdemont puede verse en el siguiente enlace: EITB. (2019, Marzo). *Puigdemont pone en suspenso los efectos de la independencia para dialogar*. https://www.eitb.eus/es/noticias/politica/detalle/5136602/declaracion-independencia-cataluna-10-octubre-2017/

24 El texto íntegro de la sentencia puede descargarse en *El Periódico* (2019, Octubre). *Los hechos probados se desgranan entre las páginas 24 y 60 de este documento*. https://www.elperiodico.com/es/politica/20191014/sentencia-juicio-proces-completa-pdf-7616426

en estas líneas. Pero sí quiero centrarme en un debate político y periodístico que ha recorrido los medios de comunicación españoles en estos últimos dos años; un debate en torno a la naturaleza de los hechos sumariamente descritos antes; un debate sobre si esos hechos reflejan un genoevento (un golpe contra el Estado) o si son, más bien, una algarada que se aplacará a base de comprensión y diálogo (Julia, 2018; Cuenca, 2018)[25]. En definitiva: ¿el proceso independentista de Cataluña es un genoevento que compromete la supervivencia del sistema o un fenoevento reconducible?

Podremos simpatizar o no con los independentistas, podremos estar más o menos de acuerdo con las decisiones que, en su momento, tomó el gobierno conservador de Mariano Rajoy o con las que tomará el próximo gobierno socialista de Pedro Sánchez. No es esa la cuestión. Para interpretar un hecho, hay que empezar por categorizarlo, por establecer con exactitud su naturaleza. Si no, la interpretación será errónea. Diagnostiquemos el asunto, pues, antes de tratarlo.

Y la "geometría del espacio histórico" nos puede servir de ayuda, porque, en la medida que los hechos provocados por el independentismo iban contra la Constitución (una de las piezas del DAP), y así lo dictó en sucesivas sentencias el Tribunal Constitucional y acaba de hacerlo el Supremo, en su sentencia de 2019, la evidencia de que estamos ante una sucesión de genoeventos resulta aplastante. Pero no hace falta recurrir al alto tribunal para demostrar esta verdad perogrullesca, pues el mero hecho de citar dos artículos básicos de la Carta Magna española desface cualquier entuerto quijotesco:

> Artículo 1.2: "La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado"; Artículo 2: "La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre ellas"[26].

Quiere esto decir que esa política de hechos consumados mediante la que los independentistas quisieron poner en práctica un derecho, el de "autodeterminación", no reconocido por la Constitución española, supuso un auténtico golpe contra el Es-

---

25 Un par de muestras sobre este debate. El politólogo Santos Juliá escribió en *El País* el 16 de abril de 2018 una tribuna titulada "Doblegar al Estado" donde defendía la tesis de que, efectivamente, el *procés* independentista catalán es un "pronunciamiento civil" contra el Estado español. Por su parte, Ignacio Sánchez-Cuenca, profesor de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid, respondió a Santos Juliá en un artículo donde considera que "Abandonar la idea de que en Cataluña ha habido un golpe es imprescindible para pensar en soluciones democráticas al problema de la secesión".

26 El texto completo de la Constitución, donde puede consultarse la literalidad de estos artículos, está disponible en Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado (Diciembre, 1978). https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-1978-31229

tado, contra su legalidad, contra su perpetuación. Supuso, en fin, un genoevento. Ello demuestra que la actual democracia española se enfrenta al gran reto de sobrevivir a un desajuste que se ha desencadenado en el centro de su dispositivo autoerpetuador, porque el atentado contra la Constitución planteado por el independentismo pone en solfa la propia naturaleza del Estado, tal y como se concibe desde 1978: un Estado cuyo único sujeto de soberanía es la indivisible nación española.

Si a esto añadimos que, ya desde al menos una década, en España está debatiéndose sobre el discurso legitimador de la democracia surgida de la Transición (ese discurso se basa en la reconciliación entre las dos Españas que lucharon en la Guerra Civil), tenemos suficientes pruebas para considerar que España atraviesa tiempos de profunda mudanza política e institucional (Pasamar, 2014). Los cambios más evidentes aún no han cristalizado. Es cierto que no se ha derogado, ni siquiera reformado, la Constitución, pero sí está claro que hay suficientes indicadores que inauguran un nuevo tiempo político: la "reconciliación" ya no satisface; la Transición, antaño idealizada, hoy es duramente criticada; la democracia representativa que surge de esa Transición también se ha deslegitimado considerablemente, como consecuencia de los numerosos casos de corrupción que afectan a izquierda y derecha del arco parlamentario; el bipartidismo se ha roto con el nacimiento de nuevas fuerzas políticas; y se reactivan, apasionadamente, los debates en torno a la monarquía, la organización territorial-administrativa del Estado (las polémicas Autonomías) y, como he puesto de manifiesto anteriormente, la autodeterminación.

Es lógico: todo genoevento es síntoma de mutación, de cambio de naturaleza, de cambio de régimen. España está inmersa en un cambio de régimen. Más allá del resultado que arroje ese cambio, lo más grave de la situación es que muy pocas fuerzas políticas, y escasas voces desde la cultura o las ciencias sociales, se atreven a plantear la encrucijada en que nos hallamos y las alternativas que se abren hacia el futuro. Ni siquiera se apuesta, con claridad, por uno u otro camino en medio de una crisis política e institucional que se niega o minusvalora, como si no pasara nada.

Conclusión

La historia subjetiva, pero rigurosa, que aquí defiendo, pretende diagnosticar la naturaleza de los hechos para que la sociedad sea consciente de la tesitura que atraviesa. La "geometría del espacio histórico", y otros métodos con los que trabajo, forman una rosa de los vientos para orientar en ese camino sin fin hacia la verdad. El sendero está pavimentado de duda, de diálogo continuo entre el ensayo, el error y la rectificación; el mar es proceloso porque es complejo, porque tiene muchas caras, muchas aristas, y porque es necesario compararlas para comprenderlo; la tormenta de la postverdad, de las *fake news*, del relativismo, de la postmodernidad, el exceso de información y la ausencia de conocimiento pueden hacernos desfallecer. Pero siempre que haya curiosidad, y una apuesta firme, humilde, por la verdad, nuestro barco seguirá su incansable exploración hacia el Este. Aunque nunca lo alcancemos.

Referencias bibliográficas

Álvarez Tardío, M. y Villa García, R. (2017). *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*. Espasa.

Bertalanffy, L. von (1993). *Teoría General de los Sistemas*. Fondo de Cultura Económica.

Carpio, J. A. (2017, Noviembre). Independencia de Cataluña La juez decreta prisión sin fianza para Junqueras y otros siete *exconsellers* imputados de rebelión y sedición. http://www.rtve.es/noticias/20171102/junqueras-otros-siete-exconsellers-condenados-prision-sin-fianza/1631922.shtml

Díaz Barrado, M. P. (1989). *Análisis del discurso político. Una aplicación metodológica*. Editora Regional de Extremadura.

Díaz Barrado, M. P. (1997). *Memoria de la palabra. Topología del discurso contemporáneo*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

Díaz Barrado, M. P. (1985). *Palabra de dictador. General Primo de Rivera, análisis de discursos (1923-1930)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

Julia, S. (Abril, 2018). *Doblegar al Estado*. El País. https://elpais.com/elpais/2018/04/13/opinion/1523620994_139801.html)

Mayr, E. (2016), *Así es la biología*. Debate.

Morin, E. (1996). *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*. Kairós.

Ortega Gasset, J. (2013). *Historia como sistema*. Biblioteca Nueva, edición de Jorge Novella.

Pasamar, G. (2014) (ed.). *Ha estallado la memoria. Las huellas de la Guerra Civil en la Transición a la democracia*. Biblioteca Nueva.

Pinilla García, A. (2013). *Ideología e Información. La prensa francesa ante la muerte de Franco*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

—. (2010) *El laberinto del 23-F. Lo posible, lo probable y lo imprevisto en la trama del golpe*, Biblioteca Nueva - Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

—. (2007) *Información y Deformación en la prensa. El caso del atentado contra Carrero Blanco*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

—. (2008) *La transición de papel*, Biblioteca Nueva – Fundación Academia Europea de Yuste.

Rincón, R. (Octubre, 2019). *Sentencia del 'procés': penas de 9 a 13 años para Junqueras y los otros líderes por sedición y malversación,* https://elpais.com/politica/2019/10/14/actualidad/1571033446_440448.html

Rodríguez de las Heras, A. (1981). *Teoría, Método y Laboratorio en Historia, en Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara (vol. 2)*, Santiago Castillo (coord.), Santander Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

—. (1976) *Historia y crisis*, Ed. Fernando Torres.

Rubio Caballero, J. A. (2015). *Decir Nación. Idearios y retóricas de los nacionalismos vasco y catalán (1980-2004)*. Dykinson – Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

Sánchez González, J. (2001). *El ideario regionalista en Extremadura. Topología discursiva de José López Prudencio*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

Sánchez-Cuenca, I. (Abril, 2018). *No fue un golpe de Estado ni un pronunciamiento: respuesta a Santos Juliá*. Cxtx. https://ctxt.es/es/20180418/Firmas/19137/Espana-Catalunya-golpe-politica-proces-Santos-Julia.htm

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA
DE LA HISTORIA DE LA BELLAS ARTES A LA HISTORIA DEL ARTE: LA HISTORIOGRAFÍA ARTÍSTICA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Gonzalo Pasamar.
Universidad de Zaragoza

Hasta las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, en los países latinos las líneas fundamentales de la investigación y la cultura históricas nunca vinieron de las universidades, que eran organismos dependientes de los Estados donde se impartía una cultura retórica y verbalista pensada fundamentalmente para la formación del ciudadano y prolongación en cierto modo del Bachillerato. Provinieron más bien de corporaciones o academias nacidas en los siglos anteriores o actualizadas en el presente, y de plataformas divulgativas tales como la prensa, los ateneos y, en general, todos los círculos culturales de los llamados "notables". En esos ámbitos, tanto estos como los artistas y los escritores se identificaban a sí mismos a través de una cultura histórica que se basaba en la importancia de la historia nacional, la erudición o el descubrimiento y la catalogación de monumentos y documentos históricos (o lo que es lo mismo, el llamado patrimonio histórico y las Bellas Artes), además de la importancia de la retórica, o arte del adorno y la persuasión política, y de las *Ciencias Morales y Políticas*, claves estas últimas de la legitimidad de aquellos Estados y clases ilustradas (esto es, el Derecho, y en particular la Legislación y la Jurisprudencia, la Economía, la Moral, y la Filosofía) (Knibiehler, 1973, pp. 309-349; Charle, 1991, pp. 45-47).

Este sistema no hacía posible una diferenciación disciplinaria basada en la investigación histórica al estilo de las universidades centroeuropeas (la noción de *método* histórico solo comenzó a conocerse, por ejemplo, a finales de siglo en Francia y en España), pero esos ámbitos de la cultura liberal sí eran capaces de identificar sus propias categorías historiográficas, aplicarlas a sus historias e identidades nacionales, e interesarse por determinadas historias especiales tales como la historia de la lengua y de la literatura, la historia económica (o "historia de la economía política" como se la llamaba entonces), del derecho o de las bellas artes. En España, si en la Academia Española, fundada en 1713, comenzó a arraigar cien años más tarde una cierta noción de historia de la literatura española, o en la de Ciencias Morales y Políticas se arbitró, con su fundación en 1857, una sección de "Filosofía e Historia con relación a las Ciencias Morales y Políticas", o en la Academia de la Historia (nacida en 1738) la búsqueda de los orígenes políticos y constitucionales de la nación española y la erudición arqueológica acapararon numerosos discursos de entrada a mediados del siglo XIX, toda la actividad de la de Bellas Artes de San Fernando, nacida en 1744, giró por aquel entonces en torno a un concepto histórico de las bellas artes. En este estudio me propongo examinar cuál ha sido el camino transitado por la historiografía española desde los conceptos liberales de las *bellas artes* y las antigüedades hasta una concepción moderna e investigadora de la historiografía artística, basada en la metodología histórica propia del siglo XX.

La idea de historia de las bellas artes de raíz ilustrada

El término historia de las bellas artes ha sido en España la expresión decimonónica por excelencia de la historiografía artística. El vocablo, intercambiable con el todavía dieciochista de nobles artes durante la primera mitad de ese siglo, alusivo a la Arqui-

tectura, la Pintura, la Escultura, la Poesía y, en el transcurso de la centuria, también a la Música; y utilizado preferentemente en plural para diferenciarlo del singular (historia del arte, destinado más bien a los aspectos teóricos o a disquisiciones estéticas) (Manjarés, 1859, pp. 30-32)[27], arrastraría durante mucho tiempo la vieja distinción, de raíces ilustradas, entre las artes liberales y las artes mecánicas, o entre las artes bellas y las artes útiles, donde las primeras tenían encomendada la representación del buen gusto. Solo entrada la Restauración canovista (1975), en lo que a las artes plásticas se refiere, se comenzaría a difuminar un criterio como ese, que sin duda fue decisivo para el nacimiento de la historiografía artística en España y en otros países. Mientras, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, matriz para la enseñanza y la crítica artísticas y ampliada en una cuarta sección dedicada a la música en 1873[28], perpetuó una diferenciación de cuya importancia ya había dado cuenta, por ejemplo, un ilustrado como Melchor Gaspar de Jovellanos. Este, a finales del siglo XVIII, había escrito que si "El provecho es la medida general de las artes mecánicas; las nobles, hijas de la imaginación y dirigidas a halagarla, desdeñan como humilde aquel fin y se proponen otro más digno del espíritu humano" (Jovellanos, 1859, pp. 544-545).

Pero si la historia de las bellas artes se la entendía todavía por aquel entonces como complemento de la Filosofía o de la consideración filosófica de estas, igualmente se la consideraba como una parte de la erudición, esto es, del gusto por el coleccionismo, los viajes y la frecuentación de las bibliotecas característico de la cultura de los siglos XVIII y XIX. Cuando Agustín Ceán Bermúdez, pintor, coleccionista y crítico de arte, amigo de Jovellanos y uno de los padres de la erudición artística española, escribió su *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, en especial las pertenecientes a las Bellas Artes* (1832), lo hizo con el objetivo de llegar tanto a los "profesores de bellas artes" como a los "sabios anticuarios", además de ubicarse él mismo en la tradición ilustrada del descubridor de antigüedades y en la de la estética neoclásica (Ceán-Bermúdez, 1832, pp. ii-iii; Aldama, 1982, pp. 211-235).

Hasta el plan de reforma universitaria de Antonio García Alix, que acompañó en España al nacimiento del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y a la aparición de la Sección de Historia en la universidad en 1900 (en realidad, en algunas de las 10 universidades entonces existentes), ni las Bellas Artes ni menos aún las

---

27 En *La Estética* de Hegel –conocida por los autores españoles del XIX por la edición de Charles Bénard (1840)–, se destinaba la Tercera Parte al "Sistema de las Artes particulares" y se argumentaba que "El arte tiene por objeto la representación del ideal (...). Las artes deben, por tanto, clasificarse según la manera con que son más o menos capaces de expresarlo" (Ref. Hegel: *Estética.* Versión castellana de la segunda edición de Ch. Bénard, por Hermenegildo Giner de los Ríos. Tomo I. Madrid, Daniel Jorro, 1908, p. 293). Por lo demás, pueden hallarse ecos de este planteamiento idealista en el manual de José de Manjarrés, guía para la asignatura de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

28 *Estatutos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando aprobados por el gobierno de la República en 3 de diciembre de 1873*. Madrid, Establecimiento Tipográfico sucesor de Nieto y Compañía, 1925, pp. 2-5.

llamadas "artes industriales y decorativas" fueron consideradas materias propiamente universitarias (es decir, impartidas durante los períodos de la licenciatura y del doctorado), aun constituyendo temas cada vez más frecuentes entre los intereses y gustos de las clases cultas. No obstante, la Ley Moyano de Instrucción Pública de 1857 ya había otorgado a las enseñanzas de las bellas artes la categoría de "superiores" y las había canalizado a través de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado (antes de 1871, Escuela de Bellas Artes) y la Superior de Arquitectura, las dos ubicadas en Madrid; mientras que la Universidad Central (Madrid) se reservaba para sí, como "asignatura de doctorado", la dedicada a la "Estética". A partir de ese momento las escuelas superiores se convertirían en las perpetuadoras de la tradición que hacía de la historia de las bellas artes un complemento de la filosofía artística y una parte del concepto de Historia de la civilización, categoría por excelencia de la Historia filosófica liberal. En la Escuela Superior de Bellas Artes, se cursaría una asignatura llamada "Teoría e historia de las bellas artes, trajes, usos y costumbres de los diferentes pueblos de la antigüedad" (Reglamentos de 9 de octubre de 1861 y de 5 de mayo de 1871). Por su parte, en la de Arquitectura la asignatura de "Teoría general del arte explicada por la exposición y comparación de los diferentes estilos, examen de la construcción, distribución y decoración de los edificios y de las obras civiles e hidráulicas antiguas y modernas", del Reglamento de 30 de noviembre de 1864, dejaría paso, desde finales del XIX, a las de "Historia de la arquitectura" y "Teoría del arte arquitectónico" (Reglamento de 7 de septiembre de 1896)[29]. Solo la difusión de la llamada historia metódica o interés por la metodología histórica a finales del siglo atraería a destacados profesores de esas asignaturas, tales como Ricardo Velázquez Bosco o Vicente Lampérez y Romea, a los nuevos derroteros de la historiografía que estaban siendo allanados por los eruditos profesionales y por algunos historiadores pioneros tales como el alicantino Rafael Altamira y Crevea.

Anticuarios y arqueólogos en el siglo XIX

De hecho, la ampliación del tradicional concepto de las bellas artes, su profesionalización historiográfica y divulgación entre las clases cultas debió sus raíces y primeros pasos al desarrollo científico y a la difusión de la arqueología, entendida en el amplio sentido que tenía este vocablo en los siglos XVIII y XIX. La enorme importancia que tuvo la cultura arqueológica para la búsqueda de una identidad nacional entre los liberales españoles la certifica el empeño que se tomó el Estado en el último período isabelino (1856-1868) en organizar los descubrimientos, estudio y conservación en las pro-

---

29 Véase (1891) *Colección de decretos referentes a Instrucción Pública*. Tomo I. (pp. 375-376, 741, 743). Imprenta y Fundición de M. Tello. Además, (1915). *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Tomo XX. (p. 1094) y (1909) *Guía Oficial de España*. (pp. 628-629). Imprenta La Gaceta.

vincias de las llamadas antigüedades nacionale*s*. Más allá de las medidas rubricadas por los distintos ministros de Fomento, del que dependió el ámbito de la Instrucción Pública hasta 1900, existió toda una política sobre el tema cuyos eslabones principales fueron: la implantación de la Arqueología en la recién fundada Escuela Superior de Diplomática en 1857 (réplica española de la parisina École des Chartes de París), la reorganización de las llamadas Comisiones de Monumentos, brazos de actuación de las Academias de la Historia y de Bellas Artes al lado de los gobernadores civiles (1865), la ampliación del Cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros con una sección de *Anticuarios* (1867), y, finalmente, la orden de establecer "un Museo Arqueológico Nacional" y "museos provinciales de la misma clase en aquellas provincias en que se conserven numerosos e importantes objetos arqueológicos" (1867) (Díaz-Andreu, 2009, pp. 455-479).

Estos pilares administrativos, que constituyeron en España el punto de partida para la profesión de arqueólogo, servirían para abarcar una amplia categoría de objetos artísticos de la que solo se excluyó lo comprendido en el entonces llamado Museo de pintura y escultura (Museo del Prado, oficialmente a partir de 1920). Como rezaba el decreto de institución del Museo Arqueológico Nacional: "Se considerarán objetos arqueológicos [...] todos los pertenecientes a la antigüedad, a los tiempos medios y al renacimiento, que sirvan para esclarecer el estudio de la Historia, del Arte o de la Industria en las indicadas épocas. Se exceptúan los que por su índole deban corresponder a los museos de pintura"[30]. Con este respaldo, los museos arqueológicos, custodiados por los eruditos profesionales, miembros del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (estos últimos cambiaron el término a "arqueólogos" hacia 1990), se convertirían en bases inexcusables para la historiografía artística. El Museo del Prado, por su parte, por su especial categoría directamente dependiente de la Casa Real, quedó al margen de este movimiento de profesionalización durante décadas y por entonces el único avance lo intentó la Primera República (1873) al buscarle un propósito pedagógico mandando que organizase conferencias sobre "estética, crítica e historia de las bellas artes" y que preparase una "memoria anual" (Araujo Sánchez, 1875, pp. 21-33; González López, 1981, pp. 87-95). Para los nacientes arqueólogos profesionales todavía llamados "anticuarios", la historia artística pasaba a ser un componente de una historia de la cultura material en la que el estricto terreno de la bellas artes quedaba desbordado. En la que se debe considerar como la primera revista profesional de arqueología publicada en España (impulsada por los profesores de la Escuela Superior de Diplomática) el *Museo Español de Antigüedades* (1872), ya es posible observar ese objetivo de colaborar en la construcción de una historia de la civilización española, empeño por excelencia de la historiografía liberal, en la que el estudio de las bellas artes y el de las artes industriales se distribuyeran a partes iguales (De Dios de la Rada, 1872, pp. i-viii).

---

30 Real Decreto de 20 de marzo de 1867 "mandando establecer un Museo arqueológico nacional y varios provinciales" (*Colección de decretos referentes a Instrucción Pública*, Tomo I, p. 537).

La institucionalización de las bellas artes y la investigación histórica

Pero esta propuesta venía a ser un reflejo de lo que había acontecido en la propia Escuela Superior de Diplomática. Seis años después de su creación, la primera ampliación de sus enseñanzas (1863) permitió la introducción de una asignatura referida especialmente a las bellas artes, que por primera vez separaba la teoría artística de la historia y que se titulaba "Historia de las bellas artes en los tiempos antiguos, edad media y renacimiento" (Peiró y Pasamar, 1996, pp. 62 y ss. y 117; Pasamar y Peiró, 2002, pp. 521-522; Díaz-Andreu, 2009, pp. 559-560). Por la trayectoria profesional de su principal responsable, el erudito y político progresista Juan Facundo Riaño y Montero, y por su contenido, que se extendía a unas lecciones de "Cerámica, glíptica, muebles e iluminaciones de manuscritos, clasificación y arreglo de objetos arqueológicos y artísticos en los museos", aquella fue una asignatura arqueológica que superaba el mero marco de las bellas artes y acreditaba la importancia de la Arqueología en la recepción de lo que entonces se comenzaba a llamar el "método histórico". La asignatura, a diferencia de las tradicionales de las escuelas de arquitectura o de bellas artes, ni era teórica ni la desempeñaba un profesor que se limitase a reproducir una divulgación de criterios estéticos a los que una historia filosófica prestaba su *ultima ratio*. Riaño, prototipo del arqueólogo rescatador de antigüedades (Saavedra, 1869 p. 59), conocedor de los más importantes museos europeos, especialista en "artes industriales" y autor de *The Industrial Arts in Spain* (1879) (Altamira, 1901, pp. 115-116), fue uno de los introductores de la Historia metódica en España.

Los programas de la asignatura, publicados en 1865 y 1876, constituyen una muestra de las posibilidades y límites de la naciente arqueología profesional en el surgimiento de la historiografía artística española: consideración de la historia artística como una parte de la Historia de la civilización estructurada en "Edad Antigua", "Edad Clásica", "Edad Media" y "Renacimiento"; mayor espacio a los períodos antiguos que a los modernos; una distribución de las bellas artes (arquitectura, de un lado; pintura y escultura, de otro) en forma de lecciones (distribución especialmente marcada en el programa de 1865) (Riaño y Montero, 1865, pp. 11-16)[31]; interés por el arte extraeuropeo (Egipto, India, México, Perú, etc.); pero sobre todo atención al arte español a través del oficio de erudito de Riaño y de sus conocimientos de filología y arquitectura musulmanas (de las que era considerado especialista) especialmente en el programa

31 El reparto era el siguiente: "Edad Media", lecciones 19-44, distribuidas en 16 de arquitectura, 3 de escultura y 3 de pintura, además de las lecciones 39-42 donde se dedicaban unos temas a "Cerámica, Glíptica, Muebles ...". En la parte dedicada al "Renacimiento", lecciones 45-58, además de la núm. 45, que tenía un carácter general, "Opiniones sobre las causas que dan origen al renacimiento de las bellas artes ...", se había invertido la proporción: dos a arquitectura, dos a escultura, una a "Miguel Ángel" y siete a pintura.

de 1876 (Riaño, 1876)[32]. Estas características adelantaban, en definitiva, lo que iba a ser la evolución académica de la historiografía artística hasta comienzos del siglo XX; tanto en el terreno de la metodología histórica como en el de la preceptiva.

La figura de Juan Facundo Riaño se halla asociada a la introducción de la historia metódica y la idea de investigación histórica en los foros académicos en la España del siglo XIX: en la Academia de la Historia, el fenómeno, salvo la excepción del profesor de la Escuela Superior de Diplomática Tomás Muñoz y Romero, se puede circunscribir a la década de los años 1870, con historiógrafos como José Godoy Alcántara, arabistas como Francisco Codera y Zaidín y arqueólogos como Juan de Dios de la Rada o el propio Riaño, quien se estrenaría como académico con un estudio histórico-filológico acerca de *La Crónica General* de D. Alonso El Sabio, y los elementos que concurren a la cultura de la época" (Riaño y Montero, 1869, p. 7). Once años más tarde, el discurso titulado "Los orígenes de la arquitectura arábiga, su transformación en los siglos XI y XII, y su florecimiento inmediato", pronunciado por el autor en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y presentado por el académico recipiendario, Pedro de Madrazo, como el de un "profesional de la historia artística", supondría la entrada de la historia metódica en este otro ámbito académico (Madrazo, 1880, pp. 36-37). Atrás quedaban típicos discursos académicos sobre arquitectura medieval en los que un escritor e historiador como José Amador de los Ríos o el mismo Pedro de Madrazo disertaban sobre "la significación filosófica del estilo mudéjar" (Amador De los Ríos, 1859, p. 31); o donde el marqués de Monistrol defendía, con toda clase de artificios retóricos, "el arte ojival", en el que veía "el resultado natural y preciso de la marcha de la humanidad" y "la realización del tipo ideal de la belleza cristiana" (Marqués de Monistrol, 1968, pp. 23-24 y 27).

Como ratificación del triunfo del "método histórico" en las postrimerías del siglo XIX, la Academia de Bellas Artes tomaría dos iniciativa de singular importancia que representaron un paso decisivo para la configuración de la historiografía artística propiamente dicha: 1) a su fallecimiento en 1899, Pedro de Madrazo, longevo superviviente de la "arqueología romántica", fue sustituido por José Ramón Mélida y Alinari, erudito profesional y futuro catedrático de Arqueología de la Universidad Central (Mélida y Alinari, 1899, pp. 5-8), y 2) al año siguiente el director de la Corporación, a la sazón Juan Facundo Riaño, tomaría una de sus últimas decisiones antes de su fallecimiento, acaecido en febrero de 1901, resucitando la publicación del Catálogo Monumental de España y apadrinando y encomendándolo a un joven erudito granadino,

---

32 Lecciones 35-37 sobre "Arquitectura musulmana en España"; lección 40 sobre "Arquitectura románica en España ..."; lección 42, "Pintura de los siglos XI y XII" con un epígrafe de "Noticias de las obras españolas de este género ..."; lección 45 sobre "Arquitectura ojival en España ..." y lecciones 63-67 sobre "El Renacimiento en España.- Caracteres especiales que pueden apreciarse en las obras de arquitectura, escultura y pintura ..."; en la lección 67 y última, "Originalidad y mérito de la escuela española de pintura durante el siglo XVII (...) Decadencia del siglo XVIII.- Reacción del tiempo de Mengs".

Manuel Gómez Moreno, también futuro catedrático de la Central y uno de los padres de la moderna historiografía artística española.

La curiosidad erudita y artística en el período de cambio de siglo

Pero la citada "renovación arqueológica" llevó consigo, además de la introducción del "método histórico", el fenómeno de la difusión del gusto por las antigüedades y por las artes plástica en general, entre las clases cultas, por vías tales como la divulgación ateneísta, la museística o el excursionismo. Efectivamente, las élites políticas e intelectuales de la Restauración canovista, sistema sociopolítico que reivindicaba para sí profundas raíces históricas (Peiró, 2006; Peiró, 2017; Pasamar, 2010, pp. 94-114), se preocuparon desde muy pronto por incluir entre sus necesidades culturales a las relacionadas con la divulgación artística. Estamos ante una estimativa que llevó a su máximo extremo el ideal estético de los liberales españoles, esto es, la idea de un arte "histórico", conmemorativo (Salaün y Serrano, 1991, pp. 143-144, 153), recuperador de los estilos pasados en busca de características españolas y cristianas, y acompañado de la convicción de que un único estilo (como el que reclamó en su momento la primitiva Academia de San Fernando en el siglo XVIII), sería totalmente pernicioso. Pero era también un arte que, entendido fundamentalmente como realista y embarcado en la defensa de los pilares de la sociedad burguesa decimonónica, apreciaba el vanguardismo como una decadencia o amenaza. Este último lo describiría Pedro de Madrazo en sus comentarios en la *Ilustración Española y Americana* del siguiente modo: "un arte inseguro y fluctuante entre el naturalismo y el idealismo, que origina profundas contradicciones en su ejercicio" debido al "espíritu democrático que hoy domina en aquel país [Francia] y en la mayor parte de Europa" (Madrazo, 1891, p. 30).

Estos ideales conservadores, todavía inquebrantables en el mundo académico de las dos primeras décadas del siglo XX (Azcárate, 1985, pp. 16-19), acompañaron a la divulgación del gusto artístico en la España del paso del XIX al XX. Una de las más importantes manifestaciones tendría lugar en el Ateneo de Madrid, foro de tertulia y debate de primer orden antes y durante la Restauración, cuando en 1884 añadiera a sus tres secciones tradicionales una de "Ciencias Históricas" y otra de "Bellas Artes" (que, en 1995, se desdoblaría en una de "artes plásticas" y otra de "Música"). Así, desde la segunda mitad de los años 1880, cátedras anuales, cursos especiales, cursos de la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo a partir de 1896, premios para "la mejor memoria sobre bellas artes o arqueología española" y un considerable número de conferencias sirvieron para prodigarse a arqueólogos como José Ramón Mélida, Narciso Setenach, Juan Facundo Riaño o Enrique Serrano Fatigatti; junto a profesores de la Escuela Superior de Arquitectura como Adolfo Fernández Casanova, Ricardo Velázquez Bosco o Vicente Lampérez; especialistas en historia de la pintura y escultura y conocedores del Museo del Prado, como el pintor Aureliano Beruete, Ceferino Araujo, José Hernández Jiménez, Marcelo Cervino o Manuel Bartolomé Cossío (Baños, 1985, pp. 225-359).

La historiografía artística, antaño de la mano de los temas de crítica literaria, estética y arqueología (en la sección de "Literatura"), había pasado a ser, por lo tanto, un tema específico y recurrente en el Ateneo fin de siglo; una curiosidad hacia las artes plásticas y su historia que lo mismo se dirigía hacia la historia del arte antiguo que hacia la historia de la arquitectura española, a la pintura y escultura del Museo del Prado, o a la historia de las artes industriales (Labra, 1906 pp. 84-86, 98-100, 105-106). Como recordaría Mélida a propósito de las conferencias de Vicente Lampérez y Romea en el Ateneo: "ese público no solamente estaba formado por gentes del oficio, de profesores y profesionales, de aficionados y curiosos, de próceres y de gentes humildes, sino que muchas personas eran damas ..." (Mélida y Alinari, 1916, p. 94). Sin duda, la propia difusión del gusto por el arte había dejado atrás, en el terreno de la divulgación, una concepción de la cultura artística rígida y encerrada en sí misma.

Las artes industriales y el excursionismo de la España fin de siglo

En materia de divulgación museística conviene recordar que el principal artífice del Régimen de la Restauración, nada menos que Antonio Cánovas del Castillo, historiador además de estadista, convencido de la importancia de la erudición y de la historia metódica, fundaría el Museo Nacional de Reproducciones Artísticas en 1877-1878, comisionando para su organización precisamente a Juan Facundo Riaño, y lo colocaría bajo la autoridad de los jefes del Cuerpo de Archiveros (a la muerte de Riaño en 1901, muy brevemente Juan de Dios de la Rada; entre 1901 y 1916, José Ramón Mélida, etc.) (Gaya Nuño, 1968, pp. 555-556; Díaz-Andreu, 2009, pp. 468-469). Pero, además, el régimen restauracionista se tomó un inusitado interés en potenciar y reorganizar todas esas enseñanzas relacionadas con las llamadas "artes útiles" y con la "educación de las clases populares", dirigiendo su atención a las "artes industriales". Reorganizó en 1886 la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, creada como tal quince años antes, e instituyó otras en provincias evocando la tradición británica de la Exposición Universal de Londres de 1851 y del Museo de Kensington; las volvió a reorganizar en 1900, erigiendo en Madrid la Escuela Central de Artes Industriales e Industrias y fusionando, en provincias, las Escuelas de Artes y Oficios con las de Bellas Artes (en las Escuelas de Artes e Industrias); para crear diversos establecimientos y llevar a cabo, en los años siguientes, una distinción entre los de carácter "superior" (Las Escuelas Industriales) y los de rango "elemental" (que retomaron la vieja denominación de Escuelas de Artes y Oficios). Interesa subrayar que en estos centros se preveía la formación de "museos industriales" y en algunos (los de Madrid y Barcelona), a comienzos del siglo XX, se implantaron asignaturas relacionadas con la historia artística, tales como "Concepto

del arte" e "Historia de las artes decorativas"[33].

Pero, al margen de los empeños del Estado en materia de Instrucción Pública, para entender ese proceso de difusión del gusto por el arte es necesario referirse el movimiento excursionista. Este, entroncado con las tradiciones del "viaje arqueológico", fue un significativo punto de convergencia de las manifestaciones culturales de las clases altas y medias, tales como turismo y el *sport*, la cultura artística y arqueológica y las ideas positivistas; todo ello facilitado por medios de comunicación como el ferrocarril (Yxart, 1887, pp. 148-167). La Sociedad Española de Excursiones, animada por algunos de los miembros más importantes del mundo académico (Víctor Balaguer, Cesáreo Fernández Duro y el marqués de Cerralbo), incluidos los profesores de la Escuela Superior de Diplomática (Juan de Dios de la Rada, Juan Catalina García-López, etc.)[34], se fundó con retraso, respecto al movimiento europeo y catalán, en febrero de 1893; pero en cambio adquirió gran importancia rápidamente, como lo constata el ciclo de conferencias celebrado en el Ateneo de Madrid en 1899 acerca del carácter monumental de ciudades como Ávila, Córdoba, Valladolid, Burgos, etc. (Labra, 1906, p. 86). Su *Boletín* constituyó una publicación erudita de arte y arqueología que sirvió de estreno a los primeros profesores universitarios relacionados con la historiografía artística en las dos primeras décadas del XX, acompañando a la Sección de Arte de la revista *Cultura Española* (1906-1909), a la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* y al *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*. Pero más allá de la propia institución, la "excursión" se configuró como uno de los medios primordiales para la formación artística y puede considerarse una de las claves del nacimiento de la historiografía profesional española. Recordemos cómo, por ejemplo, Manuel Gómez Moreno, quien no saltó a la capital de España hasta que rondó los cuarenta años, se formó en esa tradición en Granada con su padre (desde 1886); continuó a partir de 1900 con la elaboración de Catálogos Monumentales (Ávila, León, etc.); y, apadrinado por Francisco Giner de los Ríos, publicó en 1906 un decisivo artículo en la revista *Cultura Española*, titulado "Excursión a través del arco de herradura", donde aplicó todas sus experiencias y estudios de la etapa "granadina" a la mitad norte de España (Gómez Moreno, 1906, pp. 792-795, 800 y ss.; Caro Baroja, 1970, pp. 128-129; Menéndez Pidal, 1971, pp. 9-10; Sánchez Cantón, 1931, pp. 35-37; Pasamar y Peiró, 2002, pp. 306-308; Díaz-Andreu, 2009, pp. 305-307). Por su parte, la importancia concedida por Manuel B. Cossío en el Instituto-Escuela de Madrid (centro clave de la Institución

---

33 Concretamente dichas asignaturas las hallamos en la *Escuela Superior de Artes e Industrias y Bellas Artes* de Barcelona (junto a la tradicional asignatura de "Teoría e historia de las Bellas Artes") (véase *Enciclopedía Universal Ilustrada, o.c.*, Tomo XX, pp. 1095-1096, 1101 y 1102; y *Guía Oficial de España,* p. 625 (Las alusiones a la Exposición Universal de Londres de 1851 y al South Kensington, en la reorganización de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid [5 e noviembre de 1886], en *Colección de decretos*..., p. 693).

34 Reglamento de la Sociedad Española de Excursiones, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1 (1 de marzo de 1898), pp. 3-4.

Libre de Enseñanza) a la historia del arte, y a la obra de El Greco en particular, fue también una derivación consecuente de este gusto excursionista de la España de fin de siglo, contribuyendo con ello a llevar la influencia de Juan Facundo Riaño más allá del entorno de los eruditos profesionales (Bartolomé Cossío, 1973, pp. 143-145, 157, 164-165; Centellas, 1987, pp. 44-52).

El nacimiento de la historiografía artística profesional: la asignatura de Historia del Arte en las primeras décadas del siglo XX

Por aquel entonces, por efecto de la reflexión regeneracionista sobre lo que comenzó a llamarse a finales del XIX "el problema de España", y por el ejemplo de las universidades francesa y alemana, la universidad española comenzaría a asumir un liderazgo científico, que haría posible el despegue propiamente dicho de la historiografía profesional (Pasamar, 2010, pp. 114-165). La historiografía artística fue también parte ese proceso, abarcando un período, que puede fijarse en 1900 y llevarse a los años posteriores a la Guerra de 1936, en el que las concepciones epistemológicas decimonónicas quedaron definitivamente relegadas y la Historia del arte adquirió plena especificidad, como especialidad de la historiografía profesional, con sus cátedras, seminarios o centros de investigación, relaciones escolares, órganos de expresión, subordinando y transformando anteriores iniciativas y estructuras, etc.

Durante casi las tres primeras décadas del siglo XX, en España el marco universitario se limitó a la existencia de la asignatura titulada Teoría de la literatura y de las artes (común a todos estudios en las Facultades de Filosofía y Letras) instituida en el Plan de García Alix de 1900, acompañada de otra de doctorado, carácter voluntario y asistencia muy minoritaria, implantada en 1904 (en restauración de la vieja asignatura de la Escuela Superior de Diplomática, un centro que había sido cerrado en 1900), titulada Historia de las bellas artes, ubicada exclusivamente en la Universidad Central en la sección de Letras. Esta última (hasta la Guerra Civil regentada oficialmente por el político, jurista e historiador Elías Tormo Monzó), en 1913, con la primera reorganización del plan García Alix (realizado con el protagonismo del claustro de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid), fue integrada en la Sección de Historia mudando su título al de Historia del arte. Con posterioridad, los planes de la Dictadura de Primo de Rivera, en la década de 1920, extendieron la asignatura al período de la licenciatura (en las secciones de Letras y de Historia), quedando al cargo del catedrático Andrés Ovejero. Finalmente, el Plan de 1931-1932, ya con la Segunda República, que creaba en Madrid las Licenciaturas en Historia Antigua, Historia Medieval e Historia Moderna, mantuvo esa asignatura en la licenciatura y en el doctorado (Deleito Piñuela, 2000, pp. 24-26).

En la Capital de España el proceso estuvo respaldado por el Centro de Estudios Históricos (fundado en 1910) y su Sección de Arte (1912), ubicada junto a la de Arqueología (una asignatura, por otra parte, que había recibido un fuerte impulso con los nombramientos en 1911 y 1913 de José Ramón Mélida y Manuel Gómez Mo-

reno como catedráticos de la Universidad Central, respectivamente), y por el Museo del Prado, cuya reorganización se llevó a cabo en aquellos años (1912). En la época de entreguerras, el eje Universidad Central-Centro de Estudios Históricos-Museo del Prado se constituiría en punto inexcusable para recabar contactos e iniciar y orientar la investigación en materia de historiografía artística para licenciados de provincia y oficiales del Cuerpo de Archiveros con vocación universitaria ubicados fuera de la capital. La lista incluye experiencias tales como las clases de doctorado de Elías Tormo en el Museo del Prado, que alguien caracterizó como "de difícil paciencia" (Camón Aznar, 1984, p. 14); o su labor de seminario en el Centro de Estudios Históricos para la preparación de un fichero de artistas que sustituyera al de Agustín Ceán-Bermúdez de 1800 (ya ampliado por el conde de la Viñaza en 1890-1894), rastreando una gran diversidad de fuentes (Tormo, 1914, pp. iv-viii; Sánchez Cantón, 1958, p. xii); o la actividad investigadora y excursionista de Manuel Gómez Moreno en el propio Centro de Estudios Históricos, quien en 1919 editaría la que fue acaso la más significativa de todas las obras de los nacientes profesionales de la historiografía del arte: *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI*, trabajo alineado con una naciente historiografía profesional, la cual, desde terrenos como la historia del derecho español y la filología, iba tras las huellas de la historia social de la Edad Media española (Gómez Moreno, 1919, pp. xv y xvii). Cuando seis años más tarde se fundase *Archivo Español de Arte y Arqueología* (1925) dependiente del Centro de Estudios Históricos, primera revista profesional específica de historiografía artística, se crearía el ámbito primordial y el órgano de autoridad indispensable para el naciente grupo de profesores universitarios. Sus animadores, Gómez Moreno, Tormo y los discípulos de ambos (Francisco Javier Sánchez Cantón, Juan de Mata Carriazo y Arroquia, Enrique Lafuente Ferrari y Emilio Camps Cazorla), harían gala de un amplio interés heurístico: rastrearían en fuentes literarias, allanarían en archivos de protocolos notariales (de importancia recién descubierta entonces), allegarían datos de los Catálogos Monumentales, de los archivos catedralicios, etc. El Museo del Prado, por su parte, tras la constitución de su Patronato en 1912, también se convirtió en lugar de estancia inexcusable, breve cuando menos, de futuros profesores universitarios. La labor de preparación de un "Catálogo histórico-descriptivo", que superase el anticuado de Pedro de Madrazo (publicado en 1843 y reeditado por decimosegunda vez en 1920 en español), centró la atención en algún momento de los nuevos historiadores del arte José Camón Aznar, Diego Angulo, Enrique Lafuente Ferarri, y sobre todo de Francisco Javier Sánchez Cantón (Sánchez Cantón, 1923, pp. vii-xii; Pasamar y Peiró, 2002, pp. 571-572). Solo entonces se materializaría aquello que indicó Andrés Ovejero de que "en la galería central del Prado se puede hoy, no sólo estudiar la historia de la pintura española, sino contemplar la historia del España" (Ovejero, 1934, p. 18).

En definitiva, tratando la historiografía artística como una parte de la historia cultural, en las primeras décadas del siglo XX, el naciente grupo de maestros y discípulos estaba afianzando la importancia que los historiadores universitarios venían otorgando a la *historia de la civilización española* o a algunas corrientes extranjeras de moda entonces (como la llamada *Kulturgeschichte*). Contribuían con ello a llenar

de contenido un ideal de divulgación historiográfica que la *Historia de España y de la civilización española* (1902-1911) de Rafael Altamira, manual por excelencia de la naciente profesión, había erigido. Este concedía en sus páginas una gran importancia a la historia artística (Altamira y Centellas, 1987, pp. 44-52); lo que venía a ratificar la idea de que la historia del arte debía ser considerada como una especialidad de la historiografía profesional.

El naciente marco profesional sin duda era todavía muy precario; máxime si tenemos en cuenta que ya en 1895-1896 las universidades alemanas contaban con 37 cátedras de Historia del Arte Moderno, o que París, con la Sorbona y las Escuelas Superiores, contaba con 9 (Keylor, 1975, pp. 220 y 222). En las universidades españolas de provincia, el fenómeno, aun dependiendo en última instancia de la capital, todavía tuvo un ritmo más lento. En ellas, la asignatura de Teoría de la literatura y de las artes del Plan de 1900 perduró con este nombre prácticamente hasta los años de la Segunda República cuando se comenzó a introducir la enseñanza de la *historia del arte* en algunas al cargo de los catedráticos de Literatura general *e* Historia del arte, nueva denominación de los antiguos de Teoría de la literatura y de las artes, o bien asociada a la arqueología, como fue el caso de la Universidad de Santiago de Compostela (Pérez Bustamante y González García-Paz, 1934, pp. 106-107). Sólo en la de Sevilla, durante la breve etapa de Elías Tormo y Gómez Moreno en el Ministerio de Instrucción Pública (1930), se instituyó una cátedra de Historia del arte hispano-colonial, nombrando a Diego Angulo Iñiguez para dicho puesto (abril de 1930) (Vélez, 2007, pp. 248 y ss).

La mencionada Teoría de la literatura y de las artes, criticada más tarde por algunos autores, quienes la veían como asignatura de carácter introductorio de ecos decimonónicos y ateneístas (Lafuente Ferrari, 1951, p. 17), nunca suscitó un especial interés publicístico. El único manual, impreso manuscrito en 1912, lo redactó quien posteriormente sería durante años el catedrático de Estética de la Central, José Jordán de Urríes, quien enmarcaba allí la materia en el difuso ámbito comprendido entre la "estética" y la "historia de las artes" y sostenía que "teoría e historia de las artes son dos campos íntimamente relacionados" (Urríes y Azara, 1912, pp. 4-5). Más aún: la docencia de la Teoría de la literatura y de las artes, a comienzos del siglo XX, había recaído en filólogos como Domingo Miral, José Banqué y Felíu o Luis Segalá y Estalella, profesores de Lógica como Pedro María López y Martínez, especialistas en estética, como el propio Jordán de Urríes, y solo excepcionalmente historiadores del arte propiamente dichos como Francisco Murillo Herrera en la Universidad de Sevilla, maestro "ágrafo" de un Diego Angulo Iñiguez, aventajado estudiante y miembro de una adinerada familia de la capital hispalense y uno de los padre de la historiografía artística española (Chueca Goitia, 1986, pp. 333-334; Pasamar y Peiró, 2002, pp. 81-83). El reemplazo generacional resultó además relativamente lento. Sin embargo, en la época de entreguerras la citada asignatura cumplió un imprescindible papel de superación de los criterios y contenidos de la erudición histórica, al igual que otra cátedras y profesores de Historia, una vez aceptada en España la importancia de la moderna investigación y de los estudios históricos. Ya en 1909, en un discurso de marcado tono antipositivista que sería mucho más frecuente a partir de los años 1920 Elías Tormo (1909, pp.

14-15) haría uno de los primeros intentos de exponer cuáles eran las diferencias entre la arqueología, la historia general y la historia de las bellas artes apelando a recursos epistemológicos de carácter intuitivo y a las necesidades de la crítica artística.

A fin de cuentas Tormo y sus discípulos pertenecieron a unas generaciones de profesores de las Facultades de Filosofía y Letras que, si bien fueron las encargadas de aplicar el método histórico y filológico y las alumbradoras de los estudios históricos en la universidad española, a falta de un mercado cultural importante en la España de la época, todavía eran deudores de una concepción elitista de la cultura dirigida en exclusiva a los tradicionales ámbitos de la sociabilidad liberal, tales como la política y el periódico, el Ateneo, las academias y las sociedades eruditas de provincia. En ese sentido, una cierta formación literario-filosófica constituía un substrato común; y un acento en esta dimensión comenzaría a diferenciar a los profesores de Historia del Arte de los arqueólogos. No debe olvidarse que, en las primeras décadas del siglo XX, además de la importancia de los Catálogos Monumentales y de la edición de fuentes en el Centro de Estudios Históricos, estaba de moda la estética y empezaba a abrirse camino la insistencia en la solidaridad de las diferentes formas artísticas, aunque el fenómeno estuviera relacionado ante todo con las vanguardias literarias por aquel entonces (Mainer, 1983, pp. 186 y ss; Gallego, 1973, p. 42; Camón, 1984, p. 23)[35]. Pero aquella ya no era la estética idealista de mediados del siglo XIX, sino más bien de la disciplina de la estética, "disciplina de la emoción intuitiva por medio del arte o a modo de arte, y no, nunca disciplina de la belleza, palabra difícil, causante de tantísimo fracaso especulativo", según la definió Elías Tormo (1909, p. 32); una caracterización que el filósofo Benedetto Croce también había sistematizado en aquellos años y en la que establecía estrechos vínculos entre la teoría y la historiografía artística (Croce, 1912)[36]. Pero también era la misma materia que el polígrafo español Marcelino Menéndez Pelayo había intentado plasmar tres décadas antes con su *Historia de las ideas estéticas en España* (1883), un libro de consulta inexcusable de cualquier estudiante de la Sección de Letras de la universidad española de comienzos del siglo XX, en el que, como decía el propio autor: "paralelamente a la historia del arte [...] va marchando la historia de la estética". O, si se quiere, el mismo dominio que el filósofo José Ortega y Gasset haría el objeto de algunos conocidos ensayos, y en especial el titulado *La deshumanización del arte* (1924), en el que se mostraba abierto al "arte nuevo" o las vanguardias (Ortega y Gasset, 1976, pp. 13-64). A esas alturas, los nuevos historiadores del arte, aunque todavía influidos por las limitaciones del academicismo decimonónico, ya no podían condenar el arte vanguardista *in toto* como había hecho Pedro de Madrazo unas déca-

---

35 Recordemos, por ejemplo, cómo Antonio Gallego Burín, catedrático de la materia en la universidad de Granada desde los años 1930, en años anteriores había centrado su atención por la escultura española "herencia acaso de su formación literaria de modernista [amigo del poeta Juan Ramón Jiménez], en la que la escultura ofrece destacado interés".

36 Fue publicada en español por primera vez en 1912 con Prólogo de Miguel de Unamuno.

das antes *supra*. Precisamente, cuando un "arqueólogo" como Manuel Gómez Moreno (1931) ingresó en la Academia de Bellas Artes en 1931, lo hizo disertando sobre "El Modernismo arquitectónico".

Este clima universitario propiciaría igualmente una recepción de la historiografía y del pensamiento estético germano. A la traducción en la Casa Editorial Saturnino Calleja de la obra de Karl Woermann (1923), *Historia del arte en todos los tiempos y pueblos* siguió la de Heinrich Wölfflin (1924), *Conceptos fundamentales en la Historia del Arte*, realizada por José Moreno Villa en la editorial Espasa-Calpe, quizá el libro que más influjo llegaría a tener (Lafuente Ferrari, 1985); para continuar en 1925 con *La esencia del estilo gótico* de Wilhelm Worringer, en la editorial Revista de Occidente, y la del manual de K. D. Hartmann, *Historia de los estilos artísticos*, confiada a Domingo Miral por la editorial Labor, y proseguir a partir de 1931 con diferentes tomos de la *Propylaen Kunstgeschichte,* también llamada *Historia del Arte Labor.*

Esa "afición de la escuela alemana a los conceptos generales", como la llamaba Lafuente Ferrari (1931) en el *Archivo Español de Arte y Arqueología*, es cierto que no surtió al principio el efecto esperado ("poco menos que nada", se lamentaría años más tarde este autor) (Lafuente Ferrari, 1951). Pero tampoco debe olvidarse que esa recepción cubría necesidades divulgativas y formaba parte de un descubrimiento de la cultura alemana que, más allá de la admiración por el modelo del seminario histórico, se comenzaba a extender a la filosofía, a la filología, a la antropología, al derecho y a la estética, materializándose de una manera difusa en la importación de términos, ideas teóricas, referencias bibliográficas, destino de las pensiones de la Junta para Ampliación de Estudios, etc. Los editores de la *Historia del Arte Labor*, sabedores de la enorme distancia entre la historiografía artística germana y la naciente investigación universitaria española, procuraron completar cada volumen con aportaciones monográficas relacionadas con el arte español, en las que los especialistas españoles volcaban sus investigaciones para una futura "historia artística española" que respondiese a los requerimientos de la moderna investigación histórica. Un especialista en la estética alemana como Jordán de Urríes, relativamente marginado de este proceso de ascenso de la historia del arte español, constataría con pesar (y también con una enorme ceguera sobre el trasfondo de lo que estaba ocurriendo), que "en las cátedras de teoría de las artes de nuestras Facultades de Filosofía y Letras todos mis queridos excolegas han acentuado de tal manera el carácter histórico de la asignatura, que se ha pensado seriamente en denominarlas de Historia del Arte". (Jordán de Urríes, 1928, p. 1).

Referencias bibliográficas

Aldama, J. G. (1982), *Juan Agustín Ceán Bermúdez, escritor y crítico de Bellas Artes*. Provincial de Asturias, Instituto de Estudios Asturianos (CSIC), 1982.

Altamira, R. (1901). Don Juan Facundo Riaño. *Revista Crítica de Historia y Literatura*, 4-5 (abril-mayo), 115-116.

Álvarez Junco, J. (2001). *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Taurus.
Amador de los Ríos, J. (1859). *Discursos leídos ante la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando en la recepción* de. Imprenta de José Rodríguez.
Araujo Sánchez, C. (1875). *Los museos de España.* Imp. de Medina y Navarro.
Azcárate, J. M. de (1985). *La Real Academia de Bellas Artes en el primer cuarto del siglo. Madrid*. Instituto de Estudios Madrileños del CSIC.
Camón Aznar, J. (1984). *Perfil autobiográfico*. Museo e Instituto Camón Aznar.
Caro Baroja, J. (1970). Don Manuel al hilo del recuerdo. *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo CLXVII (julio-septiembre de 1970), 128-129
Bartolomé Cossío, M. (1973). *Cartas inéditas, necrologías y otros escritos. Selección y notas de Rubén Landa.* Colegio Español de México.
Cagiao, P. (Coord.) (2020). *Diplomacia y acción cultural americana en la España de Primo de Rivera.* Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Marcial Pons.
Ceán-Bermúdez, J. A. (1832). *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, en especial las pertenecientes a las Bellas Artes.* Imprenta de D. Miguel de Burgos.
Centellas, R. (1987). La Historia del Arte como Historia de la Civilización en la Institución Libre de Enseñanza: Rafael Altamira. *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*. XXVIII, 44-52.
—. (1987). José Jordán de Urríes y Azara y la recepción de la estética alemana en España. *Turia*. 8, 79-88.
Charle, C. (1991). *Histoire sociale de la France au XIX siècle.* Seuil.
Chueca Goitia, F. (1947). *Invariantes castizos de la arquitectura española*. Dossat.
—. (1891). *Colección de decretos referentes a Instrucción Pública*. Tomo I. Imprenta y Fundición de M. Tello.
Croce, B. (1912). *Estética como ciencia de la expresión y Lingüística general. Prólogo de Miguel de Unamuno*, Librería de Francisco Beltrán.
De Dios de la Rada y Delgado, J. de (1872). Introducción. *Museo Español de Antigüedades bajo la dirección del doctor D._ con la colaboración de los primeros escritores y artistas de España*. Imprenta de T. Fortanet.
Deleito Piñuela, J. (2000). La enseñanza de la Historia en la Universidad española, y su reforma posible. Discurso inaugural de 1918-1919. En P. Ruiz Torres (ed.). *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia* (1870-1937). (pp. 143-246). Universitat de València,
Deleito Piñuela, J. (1930). Quelques données sur l' historiographie en Espagne de 1900 à 1930 du point de vue de la Synthèse. *Revue de Synthèse Historique*. 50 (décembre), 29-49.
Díaz-Andreu, M., Mora Rodríguez G., y Cortadella Morral, J. (coords.) (2009). *Diccionario histórico de la Arqueología en España*, Marcial Pons.
(1915). *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Tomo XX. Espasa-Calpe.
(1928). *Escalafón de antigüedad de los catedráticos numerarios de las universidades del Reino en 1º de enero de 1928*. Tip. Artística (s.a.).
(1934). *Escalafón de antigüedad de los catedráticos de las universidades de la República en 30 de junio de 1934*. Tall. Graf. Marsiega.

Escrivá de Romaní y Fernández de Córdoba, J. (1868). La influencia del cristianismo en la arquitectura de los siglos medios. *Discursos leídos ante la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando en la recepción pública del Excmo. Sr. _ el día 10 de mayo de 1868*. Imprenta de Miguel Ginesta.
(1925). *Estatutos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando aprobados por el gobierno de la República en 3 de diciembre de 1873*. Establecimiento Tipográfico sucesor de Nieto y Compañía.
Gallego Morell (1973). *Antonio Gallego Burín, 1895-1961. Moneda y Crédito*.
Gaya Nuño, J. A. (1968). *Historia y guía de los museos de España*, Espasa-Calpe.
Glissón Aldama, J. (1982). *Juan Agustín Ceán-Bermúdez, escritor y crítico de Bellas Artes* Diputación Provincial de Asturias e Instituto de Estudios Asturianos (CSIC).
Gómez-Moreno, M. (1906), Excursión a través del arco de herradura. *Cultura Española.* (agosto), 785-811.
—. (1919). *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI. Madrid*. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y Centro de Estudios Históricos.
—. (1931). *Discursos leídos ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción de D. Manuel Gómez-Moreno Martínez, el día 14 de junio de 1931*. Imprenta de Antonio Marzo.
González López, C. (1981). *Federico de Madrazo y Küntz*. Subirana.
Hartmann, K. O. (1928). *Historia de los estilos artísticos*. Labor.
Jordán de Urríes, J. (1928). *Comentarios de estéticos alemanes a la doctrina artística de Wölfflin. Conferencia dada el 21 de diciembre de 1927*. Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español.
Jovellanos, M. G. de (1859). *Obras publicadas e inéditas de Don*, Colección hecha e ilustrada por Don Cándido Nocedal. Tomo II. Biblioteca de Autores Españoles.
Carriazo, J. de M. (1925). Recensión de J. R. Mélida, Catálogo Monumental de España ... *Archivo Español de Arte y Arqueología*, Vol. I, 335-337.
Keylor, W. R. (1975). *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*. Harvard University Press.
Knibiehler, Y. (1973). *Naissance des sciences humaines: Mignet et l'histoire philosophique au XIX siècle*. Flammarion.
Labra, R. M. de (1906). *El Ateneo de Madrid, 1835-1905. Notas Históricas por _*. Alfredo Alonso.
Lafuente Ferrari, E, (1951). *La fundamentación y los problemas de la historia del arte*. Tecnos.
Lafuente Ferrari, E. (1985). Palabras preliminares. En H. Wölfflin. *Conceptos fundamentales en la historia del arte*. (pp. 9-14). Espasa-Calpe.
López Sánchez, J. M. (2006). *Heterodoxos españoles*. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936. Marcial Pons-CSIC.
Madrazo, P. de (1880). *Discursos leídos en la academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública de D. Juan Facundo Riaño, el día 16 de mayo de 1880*. Imprenta y Estereotipia de Aribau y Compañía.
—. (1891). Algo de moderna crítica y de arte moderno. *La Ilustración Española y Americana*, 11 (15 de enero), 30.
Mainer, J. C. (1983). *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Cátedra.
Manjarés, J. (1859). *Teoría e historia de las Bellas Artes. Principios fundamentales*. Librería de Joaquín Verdaguer.

Marqués de Monistrol, conde de Sástago (1968). La influencia del cristianismo en la arquitectura de los siglos medios, *Discursos leídos ante la Real Academia de nobles artes de San Fernando en la recepción pública del Excmo. Sr. _ el dia 10 de mayo de 1868*. Imprenta de Miguel Ginesta (Contestación de Pedro de Madrazo).
Mélida y Alinari, J. R. (1899). *Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Sr. D. el día 25 de marzo de 1899*. Estereotipia Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello.
—. (1916). Contestación a Los Mendoza del siglo XV y el castillo del Real de Manzanares. En *Discurso leído por Vicente Lampérez y Romea en el acto de su recepción pública en la Real Academia de la Historia y contestación del Ilmo. Sr. D. _, el día 1 de junio de 1916*. Imprenta de Bernardo Rodríguez.
Menéndez Pidal, G. (1971) Don Manuel Gómez Moreno, 1879-1970, *Boletín de la Real Academia de la Historia.* Tomo CLXVIII (enero-abril), 9-10.
Middell, M., Germay. En L. Raphael e I. Porciani, *Atlas of European Historiography: The Making of a Profession, 1800-2005*. (pp. 159-166). Palgrave MacMillan.
Moreno Villa, J. (1944). *Vida en claro. Autobiografía*. El Colegio de México.
Núñez Ruiz, D. (1975). *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Túcar.
Ortega y Gasset, J. (1976). *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. Revista de Occidente.
Ovejero, A. (1934). Concepto actual del museo artístico. En *Discurso de ingreso del académico electo _ (recepción pública celebrada el día 24 de junio de 1934).* Academia de Bellas Artes de San Fernando, Sucesores de Rivadeneyra.
Pasamar, G. (1991). *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal.* Prensas Universitarias.
—. (1995). De la historia de las Bellas Artes a la historia del arte (la profesionalización de la historiografía artística española). En *VII Jornadas de Arte. Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*. (pp. 137-149). Instituto 'Diego Velázquez CSIC'.
—. (1998). El marco profesional de los historiadores del arte en la época de José Camón Aznar. *Boletín del Museo e Instituto Camón* Aznar. 72, 29-34.
—. (2010). *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain*, 1500-2000. Peter Lang.
Pasamar G. y Ceamanos, R. (2020). *Historiografía, historia contemporánea e historia del presente.* Síntesis.
—. (2002). *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos*, 1840-1980. Akal.
Peiró, I. (2006). *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*. Institución Fernando El Católico (CSIC).
—. (2017). *En los altares de la Patria. La construcción de la cultura nacional española*. Akal.
Peiró, I. y Pasamar, G. (1996). *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*. ANABAD.
Pérez Bustamante C. y González García-Paz, S. (1934). *La Universidad de Santiago (el pasado y el presente).*Universidad de Santiago de Compostela.
Rada y Delgado, J. de D. (1872). *Introducción a Museo Español de Antigüedades bajo la dirección del doctor D. con la colaboración de los primeros escritores y artistas de España*. (pp. i-viii). Imprenta de T. Fortanet.

Riaño y Montero, J. F. (1865). *Asignatura de historia de las Bellas Artes en los tiempos antiguos, edad media y renacimiento*. Universidad Central. Escuela Superior de Diplomática.
—. (1869), Crónica general de D. Alonso el Sabio y los elementos que concurren a la cultura de la época. *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia.*
—. (1876). *Universidad Central. Escuela Superior de Diplomática especial del Cuerpo facultativo de Bibliotecarios, archiveros y anticuarios. Programa de la asignatura de Historia de las Bellas Artes*. Imprenta T. Fortanet.
Saavedra, E. (1869). *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Juan Facundo Riaño el día 10 de octubre de 1869*. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
Salaün, S. y Serrano, C. (eds.) (1991). *1900 en España*. Espasa-Calpe.
Sánchez Cantón, F. J. (1923). *Advertencia a Museo del Prado. Catálogo*. Publicaciones del Museo del Prado.
Sánchez Cantón, F. J. (1931). *Discursos leídos ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción de D. Manuel-Gómez Moreno el día 14 de junio de 1931*. Imp. de Antonio Marzo.
Sewell, William H., J. (1980). *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*. Cambridge University Press.
Tormo, E. (1909). Las Bellas Artes, nueva entre las Disciplinas universitarias. *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1909 a 1910 por el Excmo. Sr. Doctor*. Imprenta Colonial.
Tormo, E. (1914). Prólogo. En *Datos documentales para la Historia del Arte Español*. Vol. I. (pp. iv-viii)
(1929). Facultad de Filosofía y Letras, *Lista de enseñanzas. Curso 1928 a 1929*, Lib. General de Victoriano Suárez (s.a.).
(1933). Universidad de Madrid. Facultad de Filosofía y Letras, *Año académico de 1932-33*. Imp. de Galo Sáez (s.a.).
Urríes y Azara, J. J. de (1912). *Apuntes de teoría de la literatura y de las Artes redactados por el catedrático _ para uso de los alumnos de la Universidad que cursan dicha asignatura*. Tomo I. Tipo-Lito-Autografía de Antonio Cleries.
Urríes y Azara, J. J. de. (1928). *Comentarios de estéticos alemanes a la doctrina artística de Wölfflin. Conferencia dada el 21 de diciembre de 1927*. Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español.
Vélez, P. (2007). *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Iberoamericana Vervuert.
Villacorta Baños, F. (1985). *El Ateneo de Madrid, 1885-1912*. CSIC. Centro de Estudios Históricos.
Viñuales González, J. (1988). La pintura de historia en España. Tipología y clasificación. *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*. 2, 239-258.
Yxart, J. (1887). Sociedades de Excursiones. *Revista de Ciencias Históricas*. Tomo (2), 148-167.

LA HISTORIA GLOBAL DE LA HISTORIOGRAFÍA. ALGUNOS APORTES PIONEROS

Juan Andrés Bresciano
Universidad de la República

Introducción

En las últimas tres décadas, la historia global ha contribuido a la renovación de los estudios del pasado, como respuesta a las interrogantes que plantean los procesos actuales de globalización. Su objetivo, en cuanto enfoque macrohistórico, consiste en el análisis de procesos que discurren en amplias escalas espacio-temporales, pero a diferencia de otras corrientes, como la historia mundial (Bentley, 2011) o la "gran historia" (Christian, 2004), se interesa por las relaciones de interdependencia que vinculan a las diversas culturas en la larga duración. Quienes la cultivan combinan los enfoques de la historia comparada (Tilly, 1984), la historia cruzada (Werner y Zimmermann, 2003) y la historia conectada (Subrahmanyam, 2011), y se sirven de las herramientas que brindan el método de análisis de los sistemas-mundo (Hopkins y Wallerstein, 1982) y de las redes intersocietales (McNeill y McNeill, 2003).

En el transcurso de treinta años la historia global ha generado una producción voluminosa, en centros universitarios especializados. Si bien goza de una amplia aceptación entre historiadores de Estados Unidos (Parker, 2010; Sachsenmaier, 2011), Alemania (Conrad, 2003) y Holanda[37], incursionan en ella investigadores de las más variadas procedencias (Fazio, 2003; Fazio, 2008; Fazio, 2013).

La Historia de la historiografía, por su parte, surge en la segunda mitad del siglo XIX como desagregación disciplinaria que contribuye al proceso de construcción de la historia como ciencia. Desde entonces, su campo de estudio se amplía y profundiza, fruto de los desafíos y de las interrogantes que plantean las transformaciones históricas del siglo XX. En las dos primeras décadas del siglo en curso, experimenta una renovación significativa, ya que aplica algunas de las contribuciones de la historia global en el abordaje de su objeto. Con el propósito de ponderar la magnitud de esta renovación reciente, el presente trabajo se centrará en el examen de los aspectos teóricos y metodológicos que involucra, a partir de un análisis selectivo de algunos aportes pioneros.

La historia de la historiografía como disciplina

Como toda forma de saber, la historia de la historiografía tiene su propia historia. Mientras que la historiografía[38] nace en torno al siglo V a.C., existe cierto consenso

---

37 Véase los treinta y nueve volúmenes de la serie *Studies in Global Social History*, publicados en inglés por la editorial holandesa Brill, y dirigidos por historiadores de los Países Bajos. Studies in Global Social History. En línea. Disponible en Internet en: https://brill.com/view/serial/SGSH

38 El vocablo *historiografía* posee un doble significado que suele distinguirse gráficamente del siguiente modo: si la letra inicial de la palabra es minúscula, este término designa al conjunto de los textos producidos por los historiadores; si la letra inicial es mayúscula, refiere a la disciplina que estudia a las sociedades en dimensión diacrónica.

con respecto a que la historia de la historiografía surge en la segunda mitad del siglo XX (Rípodas, 1968, pp. 213-214). Se toma como referencia la publicación, en 1865, de la *Storia generale delle storie*, de Gabriele Rosa (1865); obra en la que, por primera vez, la producción historiográfica se convierte en objeto exclusivo y excluyente de una investigación histórica. Su autor postula la universalidad de la historiografía como expresión cultural y examina su desarrollo desde las primeras civilizaciones hasta el siglo XIX. Lejos de considerarla un producto exclusivamente occidental, Rosa reconoce sus diversas manifestaciones en China, India y el mundo islámico. Angelo De Gubernatis (1884) en su monumental *Storia de la Letteratura*, le dedica un volumen específico a la "*Storia de la Storia*". Si bien este volumen se centra en los textos historiográficos, lo hace desde una perspectiva histórico-literaria, esencialmente.

Es preciso esperar a la segunda década del siglo XX para que la historia de la historiografía se convierta en una especialización disciplinaria, con los trabajos de Eduard Fueter (1911), George P. Gooch (1912) y Bendetto Croce (1915; 1917). En su conjunto plantea un modelo de análisis que no se reduce a la presentación de autores y de textos, sino que revela las transformaciones que el conocimiento histórico ha experimentado a través de las épocas. En las tres décadas siguientes, las contribuciones de James T. Shotwell (1922), Herbert Butterfield (1931) Harry Elmer Barnes (1938), James Wellfast Thompson (1942) y Robin George Collingwood (1946), entre otros, consolidan el primer modelo analítico de una especialización cuyas variadas denominaciones (historia de las historias, historia de la historia, historia de la escritura histórica e historia de la historiografía) ponen de manifiesto énfasis diferentes.

Para mediados del siglo XX, la expresión historia de la historiografía tiende a prevalecer sobre las restantes, al tiempo que las obras asociadas a ella se diferencian de otras formas de reflexión sobre el estudio del pasado. A partir de entonces, los trabajos historiográficos se distinguen claramente de tres clases de productos con los que mantienen, sin embargo, estrechos vínculos:

(i) Las introducciones a los estudios históricos (Langois y Seignobos, 1898; Bauer, 1921), dedicadas a la presentación de los criterios y de los procedimientos que orientan la investigación científica de los acontecimientos del pasado.
(ii) Los ensayos de teoría y metodología de la historia (Droysen, 1868; Bloch, 1949; Hallett Carr, 1961), abocados la discusión, desde una perspectiva epistemológica, de la especificidad del conocimiento histórico y de las características del método mediante el que se indagan los hechos históricos .
(iii) Los manuales de la filosofía de la historia (Sawicki, 1922; Walsh, 1961), destinados al análisis de los principales sistemas de pensamiento que, desde una perspectiva especulativa, reflexionan sobre el sentido último del acontecer humano.

A diferencia de estas tres modalidades, los textos de historia de la historiografía se centran en el desarrollo histórico de la propia disciplina. Ello no significa que no incorporen la reflexión teórico-metodológica o filosófico-histórica, en la medida en que

se interesan por la evolución del conocimiento histórico y de los métodos y técnicas que aplican los historiadores para producirlo. De hecho, algunas obras, como las de Croce o la de Collingwood, articulan en una misma propuesta la teoría y la historia de la historiografía.

Como fruto de estos aportes sustanciales, surge un modelo clásico que prioriza el análisis de los textos historiográficos y de las trayectorias de sus autores, y que caracteriza a la disciplina como un saber en permanente progreso. Se trata de una concepción que goza de alta aceptación en la primera mitad del siglo XX, pero que declina gradualmente a partir de la segunda posguerra.

En los años cincuenta y sesenta, comienza a perfilarse un segundo modelo de análisis centrado en la historia del pensamiento histórico. A partir de entonces, el historiador de la historiografía ya no se limita a ponderar los aportes disciplinarios de ciertos textos, sino que se propone esclarecer el contexto histórico que los genera y las ideas historiográficas que se expresan a través de ellos (Ferguson, 1948; Far Church, 1976; Avis, 1986; Kramer y Maza, 2002). El modo en que se practica el análisis historiográfico también sufre cambios: las obras que abordan períodos historiográficos específicos, ya no ofrecen un estudio sistemático de los autores y de las obras más significativas, sino que compendian trabajos centrados en la dilucidación de temas y problemas (Momigliano, 1966; Momigliano, 1977).

En el último tercio del siglo XX, las transformaciones del análisis histórico-historiográfico se aceleran y sus objetivos se amplían y diversifican, mediante la incorporación de enfoques que enfatizan aspectos distintos. Cuatro de ellos plantean abordajes que la historia global de la historiografía incorpora, directa o indirectamente.

El primer enfoque plantea el problema de la conciencia histórica. El interés por el pensamiento histórico que había prevalecido en décadas anteriores, se manifiesta ahora en la caracterización de las formas de conciencia de la historicidad, presentes (o ausentes) en determinadas fases del desarrollo de la historiografía (Burke, 1969; Kemp, 1991). Del estudio de la conciencia histórica se transita, más recientemente, al análisis de la cultura histórica. Esta categoría refiere a los contenidos que de manera planificada transmiten las instituciones y organizaciones que ejercen la enseñanza colectiva de la historia (Hubbard, 1995; Woolf, 2003; Chaves Flores y Barbosa Cordeiro, 2010; Sánchez Marcos, 2012). A ello se agrega la preocupación actual por los usos política e ideológicamente orientados que se hace de los contenidos que divulga la cultura histórica imperante (Lamber y Weiler, 2017).

El segundo enfoque a considerar se nutre de las discusiones que introducen las corrientes posestructuralistas sobre el discurso historiográfico, así como de los debates que desata el giro lingüístico. Según estas nuevas perspectivas, la escritura no solo comunica lo que el historiador desea transmitir: también configura, organiza y otorga sentido, mediante recursos retóricos implícitos que responden a mecanismos poco estudiados hasta ese entonces. De esta forma, el análisis del discurso historiográfico desplaza, hasta cierto punto, al estudio de los historiadores y de sus obras (White, 1973; de Certeau, 1975).

El tercer enfoque incorpora las polémicas epistemológicas a los estudios historiográficos. La concepción tradicional de la historiografía sostiene que se trata de un saber que evoluciona, de manera lineal, durante el transcurso de veinticinco siglos. Nada expresa mejor esa idea que la metáfora que Thompson pensó utilizar para titular su obra:

> Tuve la tentación de titular este libro *El puente de Clio*, que habría sido un título más imaginativo y majestuoso que el utilizado. La historia debe ser considerada como un gran puente que arquea la corriente del Tiempo y une el Pasado y el Presente. El acceso al Puente está envuelto en las brumas de la antigüedad, Heródoto es el primer arco claro en esta impresionante estructura que lleva el nombre de la Musa de la Historia y está dedicada a su honor. En una visión más cercana, pero aún más antigua que antaño o el siglo pasado, Montesquieu y Gibbon parecen torres. Con su aparición, el Puente del Clio se ensancha en una carretera noble que en adelante está bien publicada. Es un puente viejo, un puente valiente, un hermoso puente, este puente de Clio. (Westfall Thompson, 1942, p. vii)

Esta visión de la historiografía como el puente de Clío que, sobre las aguas del tiempo, se construye gradualmente para unir el pasado con el presente, cede su lugar a una percepción nueva: la de los múltiples rostros de Clío. Esta metáfora expresa la idea de que la aspiración al conocimiento histórico no genera un saber unitario que progresa, sino prácticas variadas que se suceden o coexisten en un tiempo determinado (Gadoffre y Chaunu, 1987; Kelley, 1991; Kelley, 1998; Donald R. Kelley, 2003; Kelley, 2006; Ka-May Chen, 2012). El título emblemático de un artículo publicado en los años ochenta, *Thucydide n'est pas notre collègue* (Loraux, 1980) ilustra claramente esa posición. En términos generales, quienes adhieren a ella (Marwick, 1970) identifican dos rupturas epistemológicas significativas: la que se procesa al comienzo de la Época Moderna y la que acontece al principio de la Época Contemporánea. La primera supone el nacimiento de la historiografía como disciplina (Kelley, 1970; Kelley, 1977; Schiffman, 2011) mientras que la segunda implica su transformación en una ciencia (Iggers, 1993; Iggers, 1977; Raphael, 2003). Por ello, hay quienes consideran que la historiografía debería privilegiar el estudio de dos procesos: la consolidación de la historia como una disciplina académica de carácter científico-social, y la conversión del historiador en un profesional universitario. Cabe señalar, por otra parte, que los cuestionamientos a los enfoques lineales conducen, en algunos casos, a planteamientos radicales, como ocurre con la historia posmoderna de la historiografía, ya que rechaza cualquier enfoque universalista de la disciplina, no admite una continuidad sustancial en su desarrollo y niega que, en la Época Contemporánea, la historia se haya convertido en un saber científico (Munslow, 2012).

Los debates epistemológicos, a su vez, introducen en el análisis historiográfico la preocupación por los paradigmas disciplinarios, es decir, por los modos en que se concibe la investigación y el conocimiento histórico. Aparecen, entonces, trabajos que se dedican a caracterizar a los principales paradigmas (el positivista, el historicista,

el weberiano, el marxista, el estructuralista, el hermenéutico, el narrativista y el crítico-dialéctico) al tiempo que comparan sus semejanzas y diferencias (Rüdiger, 2010). Otras propuestas se interesan por expresiones más específicas, como las escuelas, las corrientes o tendencias, y las especializaciones historiográficas.

La expresión "escuela historiográfica" alude a un conjunto de historiadores que comparten una formación común y generan una producción que los relaciona estrechamente, a partir de un factor articulador esencial (Bourde y Hervé, 1983). Ese factor articulador puede responder a una institución académica (la escuela de Cambridge de historiografía), a una publicación científica (la escuela de *Annales*) o a la adhesión a un modelo teórico (la escuela marxista). Por su parte, la expresión "corriente o tendencia historiográfica" refiere a formas novedosas de cultivar los estudios históricos, fruto de innovaciones teóricas o metodológicas (Burke, 1991; Hernández Sandoica, 2004). Como ejemplo de innovaciones teóricas, podría mencionarse la historia de género o la historia pública. Como manifestación de innovaciones metodológicas, cabría señalar a la microhistoria, la historia global o la historia digital. En lo que atañe a las especializaciones historiográficas, en el transcurso de la Época Contemporánea se consolidan tres variantes fundamentales, trabajadas por los historiadores de la historiografía*:*

(i) Las especializaciones que se basan en desagregaciones espaciales (historia mundial, regional, nacional, local) (Iggers, 1984; Li, 2007; Malerba, 2009).
(ii) Las especializaciones que responden a desagregaciones temporales (historia antigua, medieval, moderna y contemporánea) (Lefebvre, 1971; Corcuera, 1997; Marincola y Pelling, 2010).
(iii) Las especializaciones que obedecen a desagregaciones temáticas (historia política, económica, social y cultural) (Samuels, Biddle y Davis, 2003; Noakes, 2018).

El cuarto enfoque que renueva a la historia de la historiografía a partir de los años setenta, analiza la influencia que ejercen los condicionamientos socioeconómicos y las convicciones político-ideológicas en la producción historiográfica (Fontana, 1982; Fontana, 2001). Algunos de sus impulsores no solo enfatizan las relaciones que los historiadores mantienen con el poder (ya sea para legitimarlo y legitimarse o para cuestionarlo abiertamente) sino que también investigan los modos en que las propias comunidades académicas condicionan las trayectorias y los proyectos de sus integrantes. Por lo tanto, ya no se percibe al historiador solo como autor, sino como agente, en la medida en que su producción y su actuación tienen efectos diversos en contextos históricos distintos. Surgen así historias centradas en historiadores (Daileader y Whalen, 2010) y en los relatos que estos últimos producen sobre sí mismos y sobre su labor (Munro y Reid, 2017), así como en la profesionalización de la historia (Wright, 2005), en su institucionalización, y en la conformación de comunidades académicas que regulan su práctica.

De esta apretada síntesis puede concluirse que los cambios que experimenta la historia de la historiografía en el último tercio del siglo XX, amplían sustancialmente

su campo de estudio, diversifican los temas que se investigan, e introducen problemas que cuestionan el modo en que se concibe a la disciplina. Resta por considerar, entonces, la gravitación que la historia global ejerce sobre ella.

La historia global

Si bien la expresión historia global ya figura en obras publicadas en la década del sesenta (Stavros Stavrianos, 1962), no es más que un sinónimo de historia mundial (McNeill, 1967), corriente que por esos años comienza a interesarse por el estudio de los sistemas macrohistóricos, desde una perspectiva que critica el eurocentrismo y que procura superar las interpretaciones unilineales y finalistas de la historia. En la década del setenta, este enfoque se nutre de la teoría de los sistemas-mundo desarrollada por Immanuel Wallerstein (1974) y Fernand Braudel (1979). Para ambos autores, los sistemas-mundo constituyen amplias unidades geohistóricas, caracterizadas por su relativa autonomía con respecto a otras de su misma naturaleza, y por las interdependencias asimétricas de los Estados y de las economías que forman parte de ellas. En los años ochenta, la historia mundial se institucionaliza con el nacimiento en 1982 de la World History Association[39], y con la aparición en 1990 de *Journal of World History*[40], revista que promueve el análisis de las dinámicas civilizatorias, en particular la que generan los encuentros (y conflictos) interculturales.

A principios de la última década del pasado siglo, nace una corriente que se interesa en el abordaje de procesos macrohistóricos no considerados hasta ese entonces. Bruce Maslizh y Ralph Buultjens (1993) la denominan historia global (para no confundirla con la mundial) y le asignan dos objetivos diferentes: analizar las interdependencias progresivas que afectan a los sistemas históricos y estudiar su desarrollo desde una perspectiva global.

Definidos estos objetivos, a comienzos del siglo XXI, Patrick Manning (Manning, 2003) teoriza sobre los desafíos que es preciso enfrentar para cumplirlos. Según este autor, en la medida en que los historiadores globales buscan comprender las dinámicas que afectan a sistemas, estructuras y procesos macrohistóricos, deben superar el marco analítico de los espacios locales, nacionales y regionales. Por ello, la obtención de la evidencia documental que permita comprobar sus hipótesis resulta mucho más dificultosa, ya que las fuentes primarias disponibles, los repositorios en las que se ubican y las instituciones que las crean obedecen a la lógica de los Estados nacionales, y no a la de procesos que trascienden sus estructuras y funciones.

---

39 *World History Association*. En línea. Disponible en Internet en: https://www.thewha.org/

40 *Journal of World History*. University of Hawai'i Press, 1990 al presente.

En los que refiere a los retos metodológicos propiamente dichos, Pamela K. Crossley (2008) presenta las cuatro estrategias que adopta la historia global para abordar su objeto de estudio. Se trata de:

(i) La estrategia de la identificación de las divergencias. Mediante ella, se examinan en que se diferencian gradualmente aquellos sistemas históricos que tienen un origen común.
(ii) La estrategia de identificación de las convergencias. A través de su aplicación, se revelan las transformaciones análogas que experimentan sistemas históricos con trayectorias diferenciadas.
(iii) La estrategia de identificación de las confluencias. Su utilización permite reconocer los cambios que se desarrollan sistemas históricos relativamente aislados, a partir de que establecen vínculos recíprocos.
(iv) La estrategia de análisis sistémico. Gracias a ella, se descubren las modificaciones sincrónicas que afectan a las estructuras de sistemas históricos interactuantes.

Mediante la aplicación de estas estrategias, la producción de la historia global se incrementa y diversifica. Sus impulsores no se limitan al estudio de la Época Contemporánea, sino que investigan procesos que discurren en la Época Antigua, la Edad Media y la Época Moderna (Bayly y Parker, 2010; Scott, 2016; Scott, 2018). Si bien, en un principio, las regiones que estudian se vinculan con Occidente, en la actualidad no existe espacio geohistórico sobre el cual no hayan trabajado (Frank, 1998; Haque Khondke, 2006). En lo que atañe a las temáticas que abordan, la existencia de una historia política global, una historia económica global, una historia social global y una historia cultural global (Van der Linden, 2008; Allen, 2011; Moyn y Sartori, 2013; Robbins, 2013) da cuenta de la diversidad de sus perspectivas. A todo ello se agrega que los historiadores globales tienen sus propios centros académicos[41], programas de posgrado[42], series editoriales[43], revistas[44], redes[45] y congresos internacionales[46].

---

41 Como ejemplo, véase: *Center for Global History*. Freie Universität Berlin. En línea, Disponible en Internet en: http://www.geschkult.fu-berlin.de/en/e/fmi/institut/arbeitsbereiche/ab_conrad/index.html

42 A modo ilustrativo, véase: *M.A. Global History*. University of Birmingham. En línea. Dispoinible en Internet en: https://www.birmingham.ac.uk/postgraduate/courses/taught/history/global-history.aspx

43 Véase *Studies in Global Social History*. En línea. Disponible en Internet en: https://brill.com/view/serial/SGSH

44 *Journal of Global History*. Cambridge University Press, 2006 al presente.

45 Véase *Global History Network*. Academic Research. En línea. Disponible en Internet en: http://www.globalhistorynetwork.com/index.html

46 A modo ilustrativo, véase: *Six European Congress on World and Global History*. En linea. Disponible en Internet: https://research.uni-leipzig.de/eniugh/congress/

Para finalizar esta breve presentación, conviene referir cuáles son aquellos aportes que sientan las bases de una historia global de la historiografía. El primero consiste en la noción de interdependencia, ya que motiva el estudio de conexiones sincrónicas que afectan, en distinto grado, a comunidades históricas relacionadas entre sí. Estas conexiones sincrónicas resultan útiles para analizar los vínculos establecidos entre historiografías que responden a tradiciones civilizatorias distintas. La segunda contribución refiere al análisis de las semejanzas y diferencias que presentan sistemas interactuantes, y se aplica mediante la comparación de historiografías que coexisten en un período determinado. El tercer aporte surge del estudio de las convergencias y divergencias que experimentan los sistemas históricos, a través del examen de procesos análogos que afectan a las historiografías a lo largo de los siglos. El último aporte que destacar es el que subraya las asimetrías que inciden en esas interdependencias. Para ello, se indagan los vínculos de dependencia y de autonomía que se consolidan entre los centros y periferias del mundo académico.

La historia global de la historiografía

Como respuesta al desafío de superar las visiones eurocéntricas que minimizan los aportes de otras civilizaciones a los estudios del pasado, nace, en las últimas dos décadas, una historia global de la historiografía. Sus representantes más destacados proponen un estudio que enfatice los vínculos recíprocos entre las distintas tradiciones historiográficas. En tal sentido, entienden que no es posible realizar una historia global de la historiografía recurriendo solamente a las visiones de los historiadores occidentales: si la perspectiva analítica que adoptan es global también debe ser global la integración de los equipos de investigación.

En las secciones siguientes se examinará la aplicación de tales criterios. Para ello, será preciso considerar cuatro temas fundamentales: (i) la trayectoria de los autores y los contenidos de las obras; (ii) los modelos y los enfoques que se plasman en la producción; (iii) las discusiones teóricas y (iv) las propuestas metodológicas.

Autores y obras

No existe historia de la historiografía que no refiera, de algún modo, a autores y obras. La historia global de la historiografía no constituye una excepción. Si bien decenas de investigadores asocian sus nombres a ella, tres de ellos cumplen un papel crucial en su desarrollo, en cuanto articuladores de grandes emprendimientos historiográficos. Se trata de Daniel R. Woolf, historiador británico-canadiense, Georg G. Iggers, historiador alemán radicado en Estados Unidos, y Q. Edward Wang, historiador chino también establecido en Estados Unidos. Los tres ya eran especialistas en la historia de la Historiografía con una destacada trayectoria, antes de que incursionaran en la historia global de la disciplina.

En 1998, bajo la dirección de Woolf (1988) aparece la *Global Encyclopedia of Historical Writing*, considerada el proyecto bibliográfico fundacional de la corriente.

A diferencia de otras obras similares, no se limita a reseñar los aportes de los historiadores occidentales, sino que examina las contribuciones de historiadores pertenecientes a otras civilizaciones. Sostiene Woolf:

> The inclusion of little-known Chinese historians at the expense of greater space that might have been allotted to Livy, Matthew Paris, or Carl Becker is intended to correct a Western bias in most comparable textbooks and dictionaries on historical writing without ignoring the usual case of characters found in such works, from Thucydides to Toynbee. (Woolf, 1998, p. xiv)

Un enfoque de esta naturaleza contrasta con el que plantea otro libro referencial, *Companion to Historiography*, dirigido por Michael Bentley (1997) y publicado un año antes. En él prevalece una concepción netamente eurocéntrica de la historia de la historiografía, aunque incluye un capítulo dedicado al estudio de dos tradiciones historiográficas asiáticas.

En 1999, bajo la dirección de Kelly Boyd (1999), se edita la *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*. Con características similares a la propuesta de Woolf, esta obra (que cuenta con la participación de cuatrocientos autores y el asesoramiento de diecinueve especialistas) se organiza en tres clases de entradas: las que se centran en autores, las que trabajan las historiografías nacionales y regionales, y las que analizan temas específicos.

En 2005, Woolf publica el artículo "Historiography" en el *New Dictionary of the History of Ideas*, en reemplazo del texto redactado por el historiador británico Herbert Butterfield para una edición anterior del diccionario. Mientras que en la vieja versión se dedicaba un breve apartado a la historiografía china y un párrafo al historiador musulmán Ibn Jaldún, en la nueva se analiza la historiografía desde sus orígenes hasta el presente, con una presentación equilibrada de su desarrollo en las distintas culturas. La sustitución de un texto por el otro supone un cambio significativo en el modo en que se entiende a la historia de la historiografía. De hecho, esta nueva concepción se plasma en la *Oxford History of Historical Writing* (Woolf, 2012). Editada en cinco volúmenes entre 2011 y 2012, bajo la dirección de Woolf y con la colaboración de decenas de historiadores, se convierte en la expresión más cabal de la historia global de la historiografía, no solo por sus objetivos sino por la magnitud de las contribuciones que reúne.

A estos emprendimientos liderados por Woolf se suman, a principios del siglo XXI, los que organizan Iggers y Wang. Ambos autores presentan en 2002 una obra colectiva denominada *Turning Points in Historiography: A Cross-Cultural Perspective* (Wang y Iggers, 2002). En ella, discuten las trasformaciones que generan la "excepcionalidad" de la historiografía occidental con respecto a las restantes. Se trata de un esfuerzo de sistematización conceptual, en el que las comparaciones sincrónicas y diacrónicas entre diversos ámbitos historiográficos permite valorar la incidencia que tiene determinados "puntos de inflexión" en el desarrollo de la disciplina:

> What we consider as a turning point in historiography refers to a fundamental change in the perception of the past in a certain culture that occurs in a historical time, and has a far-reaching influence in the later period. This change often leads to the rise of new schools in historical writing and new ideas of history, which constitute a form of historical thinking that shapes or reshapes one's vision of the past, the present, and the future. The impact of these turning points varies greatly from one historical period to another. But if we take a long-term perspective, almost all of them had a cross-cultural influence on historiography, even before the world was globalized as a result of the expansion of capitalism. (Wang y Iggers, 2002, p. 14)

Años después, Iggers, Wang y la historiadora india Supriya Mukherjee redactan una historia global de la historia moderna. Editada en 2008 en su prefacio refieren cómo la propia globalización incide en la gestación de las historia globales:

> … Iggers began to see the need for writing a history of modern historiography differently, namely from a global perspective, with greater attention paid to the political, social and intellectual context of historical studies. He then asked Q (ingjia) Edward Wang, educated at East China Normal University in Shanghai with a Ph.D. in East Asian and European intellectual history and historiography from Syracuse University, to cooperate with him. Wang and he had already exchanged manuscripts since Wang attended Iggers's lectures in Beijing in 1984. Iggers had read Wang's dissertation on the modernization of Chinese historical thought and writing in the twentieth century, which examines the interaction of Western and traditional Chinese historiographical practices… In early 2006 they asked Supriya Mukherjee to assist them with the Indian part of the book. She had studied in New Delhi with Sumit Sarkar, a leading historian of modern India and of Indian historiography, before she came to Buffalo to study with Georg Iggers and obtained a Ph.D. in Modern European intellectual history and historiography. Since then she has not only written the sections of the book dealing with modern Indian historical and social thought, but also contributed a great deal with critical suggestions on all parts of the manuscript. (Iggers, Wang y Mukherjee, 2008, pp. x-xi)

En forma paralela a estos estudios globales sobre la producción historiográfica, aparecen algunas obras que discuten, desde una perspectiva intercultural, las múltiples expresiones del pensamiento histórico. Resulta de particular interés la polémica que se suscitan las diez tesis de Peter Burke sobre el pensamiento histórico occidental. Tanto sus tesis como las respuestas críticas que recibe de historiadores de distintas regiones del planeta, originan una obra colectiva editada en 2002 por Jörn Rüsen: *Western Historical Thinking: An Intercultural Debate* (Rüsen, 2002). El afán por caracterizar, desde una perspectiva comparativa y global, las formas del pensamiento histórico, no se limita a Occidente. Así lo demuestra el texto sobre la historiografía y la cultura

histórica en China en perspectiva comparada, publicado en 2005 bajo la dirección de Helwig Schmidt-Glintzer, Achim Mittag y Jörn Rüsen (2005). Lo mismo puede afirmarse del debate que coordina el propio Rüsen (2007) sobre el pensamiento histórico occidental y el chino, aparecido en 2007 en *History and Theory*.

A partir de estos aportes pioneros, se abren líneas que diversifican las temáticas de la historia global de la historiografía, durante la segunda década del siglo en curso. Sus características fundamentales se discutirán en las secciones siguientes.

Modelos y enfoques

La presentación sucinta de autores y de obras que se acaba de realizar, revela una producción historiográfica que se estructura siguiendo diversos modelos y enfoques. Un análisis primario de los textos consultados permite identificar las siguientes variantes:

Un autor o un número reducido de autores elaboran una historia general de la historiografía desde una perspectiva global, a partir de un conjunto unificado de temas y problemas (Woolf, 2011; Woolf, 2019).

(i) Puede tratarse de un ensayo breve y sintético, pensado como un manual para estudiantes universitarios, o de una obra extensa y analítica, concebida para los especialistas. En cualquier caso, esta clase de trabajos brinda una sistematización conceptual que se refleja en el tratamiento de los mismos aspectos teórico-metodológicos en cada uno de los períodos de la historia de la historiografía, y en la utilización de un mismo enfoque a la hora de aplicar la perspectiva global antes referida. Por lo tanto, se trata de un modelo que ofrece una visión unificada del desarrollo de la disciplina, a partir de un único texto articulado en razón de los mismos parámetros analíticos. Estas publicaciones, en la medida en que responden al esfuerzo interpretativo y expositivo de uno o de algunos autores, enfrentan el desafío de evitar las simplificaciones y afrontan la tarea de formular generalizaciones que tengan una sólida base empírica.

(ii) Varios autores coordinan un equipo de investigadores que trabajan sobre un período determinado de la historia de la historiografía, desde una perspectiva global, a partir de un conjunto unificado de temas y problemas (Wang e Iggers, 2002; Iggers, Wang, Mukherjee, 2008; Duara, Murth y Sartori, 2014). Al restringirse las investigaciones a una época determinada, los desafíos heurísticos y hermenéuticos se reducen sustancialmente, pero no desaparecen. En la medida en que se utilizan criterios analíticos comunes, la propuesta gozan de una unidad expositiva que se enriquece con la pluralidad de aportes de un equipo de autores que pertenecen, por lo general, a instituciones, países y culturas diversas. Se trata de una perspectiva global que se materializa en un producto generado también a escala global, fruto de la cooperación de especialistas procedentes de las diversas tradiciones historiográficas estudiadas. Es decir, ya no se trata de historiadores occidentales que emprenden una historia general de la historiografía, sino de historiadores occidentales, árabes, chinos, indios, ja-

poneses, etc., que trabajan conjuntamente. De todos modos, la iniciativa suele responder a historiadores occidentales que publican estas obras en editoriales universitarias occidentales y que apuntan a un universo de investigadores que utilizan el inglés como lengua universal del mundo académico.

(iii) Diversos equipos de investigadores, dirigidos cada uno por un autor referente, y coordinados todos por un director general, investigan cada período de la historia de la historiografía, a partir de un conjunto variados de temas y problemas (Woolf, 2012). De todo ello resulta una obra colectiva dividida en varios volúmenes. Existen, al menos, dos niveles de coordinación: el del director general de la publicación y el del director de cada volumen. El director general concibe la estructura básica de la obra, define los períodos que aborda cada volumen y establece la orientación general a la que deben responder los trabajos específicos. El director de cada volumen supervisa a los investigadores que contribuyen al estudio del período. En cada volumen, se enfatizan problemas diversos, y cada capítulo es un trabajo monográfico independiente. Por lo tanto, no se ofrece una visión sistemática y unificada, sino que se presentan múltiples perspectivas de temas variados, estudiados por historiadores de la historiografía de todos aquellos ámbitos civilizatorios que han tenido una tradición historiográfica propia y reconocida. Una propuesta de esta índole requiere de equipos integrados por decenas de especialistas de distintas regiones del planeta. Se caracteriza, a su vez, por la articulación de perspectivas que profundizan sobre temas específicos, mediante un análisis que cuestiona y que problematiza los supuestos teóricos y metodológicos de los enfoques eurocéntricos. Por esta misma razón, el producto resultante no consiste en una visión sistemática de la historiografía que nace de la adopción de parámetros analíticos generales, sino en una visión calidoscópica sustentada en la combinación de parámetros analíticos particulares.

(iv) Varios autores, bajo una coordinación general, abordan un tema o un problema acotado de la historia de la historiografía, desde una perspectiva global (Wang, 2007; Wang e Iggers, 2016). La unidad de la obra está dada por el objeto que se indaga, ya sea en el marco de un mismo período historiográfico y de una misma tradición civilizatoria, o en el marco de distintos períodos y tradiciones. Si bien el objeto es el mismo, sus manifestaciones resultan plurales, como resultado de los desafíos que plantea su estudio cuando se atraviesan fronteras políticas, lingüísticas y civilizatorias. La contribución de especialistas de ámbitos distintos, convocados por un director o un equipo de directores que impulsan el proyecto, se plasma en trabajos monográficos que adoptan estructuras y enfoques no siempre coincidentes, articulados tan solo por el tema que los reúne.

(v) Numerosos autores, bajo una coordinación general, contribuyen a la realización de una obra de referencia sobre la historia de la historiografía, ya sea de carácter general o específico. Los ejemplos más notables lo proporcionan las enciclopedias historiográficas (Woolf, 1999). En esta clase de obras, un director general, asesorado por un equipo editorial, establece, en primera instancia, el

tipo de entradas que la publicación habrá de presentar, identifica, luego, a cada una de ellas, y, por último, asigna su redacción a un investigador determinado. Se cuenta, entonces, con la contribución de cientos de historiadores que preparan los artículos siguiendo una estructura expositiva previamente diseñada, y de acuerdo a una extensión preestablecida. El enfoque global de estas obras se constata en la clase de entradas que incluyen, las procedencias de los historiadores, de las corrientes y de las escuelas analizadas, así como las nacionalidades de los investigadores que contribuyen a la redacción de los artículos. Existen algunos ejemplos más específicos de obras de referencia dedicadas a temáticas concretas (como la institucionalización y la profesionalización de los estudios históricos en Europa occidental) (Kocka, Mommsen, Bländsford, 2005) que adoptan otras estructuras (como la de un atlas o la de una base de datos georreferenciada) y que recurren a formatos no tradicionales (como la edición electrónica de acceso gratuito a través de portales telemáticos) (Porciani y Raphael, 2010). Esta clase de obras se basan en el trabajo de equipos multinacionales que emplean de los mismos criterios metodológicos y técnicos, y que realizan tareas diferenciadas, desde el relevamiento de datos hasta la sistematización final de la información obtenida.

Las discusiones teóricas

El estudio de la historiografía, desde una perspectiva global, introduce dos discusiones teóricas fundamentales. La primera se centra en los vínculos que existen entre la historiografía general y las historiografías particulares, mientras que la segunda aborda las continuidades y rupturas que experimenta la historiografía en su desarrollo multisecular.

Generalidad y particularidad: la historiografía y las tradiciones historiográficas

El primer problema que plantea el estudio de la historiografía en perspectiva global refiere a las polémicas sobre la "excepcionalidad europea", o más genéricamente, "la excepcionalidad occidental". Los historiadores tradicionales de la historiografía hablan de esta última siempre en singular. Reconocen que nace en la Grecia clásica e identifica formas pre- y protohistoriográficas en las civilizaciones del Próximo Oriente. Los apartados que (a veces) dedican al desarrollo historiográfico en civilizaciones distintas a la europeo-occidental, demuestran que conciben a la historia como una expresión del conocimiento humano presente en diferentes culturas, que solo en Occidente adquiere la madurez necesaria para transformarse en una ciencia (Carbonell, 1981; Breisach, 1983; Burrow, 2007).

Estas afirmaciones han sido objeto de críticas variadas en las últimas décadas. En primer término, se cuestiona la idea de que la historiografía constituya un saber que evoluciona a través de los milenios, desde formas embrionarias (los anales y las

crónicas) a formas plenamente desarrolladas (las ciencias históricas). Las modalidades que se califican como pre- o protohistoriográficas no serían expresiones que anticipan el saber historiográfico, sino formas diferentes de registrar, conceptualizar y dar sentido a las experiencias del pasado (White, 1987).

En segundo lugar, se discute la existencia de la historiografía en cuanto tal, más allá de los límites de la civilización occidental. La historia como saber y como práctica constituye una invención de la civilización helénica, que a través de la civilización romana y luego de la cristiandad latina se convierte en un componente cultural distintivo (pero no excluyente) del Occidente medieval, moderno y contemporáneo. Esa invención greco-latina también subsiste en el Imperio bizantino, que la propagará, más allá de sus fronteras, con la cristianización de los pueblos eslavos. A partir de principios de la Época moderna, desde Europa occidental se proyecta, a través de la conquista y de la colonización, a otras civilizaciones que la incorporan como resultado de una imposición colonial o como fruto de una occidentalización promovida por las élites locales. En consecuencia, la historiografía china, india, japonesa o africana del mundo actual nacen de la historiografía occidental, en particular de la configuración que ésta adopta desde el siglo XIX, y no de tradiciones historiográficas propias, milenarias algunas de ellas.

Algunos ponen en duda que esas otras tradiciones historiográficas resulten estrictamente equiparables a la occidental. Tal cuestionamiento toma en cuenta tres aspectos:

(i) La existencia de un término especifico, equivalente al vocablo "historia".
(ii) La existencia de un concepto claramente definido, asociado a ese término.
(iii) La existencia de una producción específica que se traduce en textos en los que se cultiva un saber asociado a ese concepto.

Si se cumplen estos tres requisitos, se puede admitir la existencia de una expresión cognitiva y discursiva análoga (pero no idéntica) a la historiografía tal como se endiente en Occidente. Si no se cumplen estos tres requisitos, pero se constata el desarrollo de una producción que en forma primaria o en forma subsidiaria se interesa por registrar y explicar acontecimientos humanos del pasado, es posible identificar modalidades que, aunque no pueden calificarse de historiográficas, asumen algunas de las funciones que se les atribuye a estas últimas (Woolf, 2019).

Los cuestionamientos también involucran a la propia tradición occidental, sobre todo cuando se intenta esencializarla. Se refirió anteriormente que Peter Burke, en un texto particularmente controversial, plantea los diez rasgos que caracterizan al pensamiento histórico occidental y lo distinguen de las formas de pensamiento histórico de otras civilizaciones: la idea de progreso y la visión lineal de pasado; la percepción de los anacronismos; el énfasis en el concepto de individualidad y de desarrollo; la gravitación, comparativamente menor, de ciertas agencias colectivas; la preocupación por los fundamentos epistemológicos del conocimiento histórico; la importancia del concepto de causalidad en las explicaciones históricas; la relevancia de la discusión

sobre la objetividad; la especificidad de los enfoques cuantitativos; la particularidad de las formas literarias de la historiografía occidental, y la importancia que se le otorga no solo al tiempo sino al espacio (Rüsen, 2002, pp. 15-28). Este planteamiento genera respuestas críticas que niegan que algunos de esos atributos sean exclusivos del pensamiento histórico occidental, que se manifiesten en todas las etapas de su desarrollo y que se expresen del mismo modo en todos los espacios historiográficos que integran Occidente.

Los historiadores globales de la historiografía tienden a rechazar cualquier intento de esencializar a la historiografía occidental. Por el contrario, aspiran a "historizarla". Baste recordar que la pervivencia del vocablo griego "historia" (adoptado por la lengua latina, e incorporado por las lenguas romances, las germánicas, las lenguas eslavas, las bálticas y las fino-magiares) de ningún modo supone la subsistencia de su significado original. A lo largo de los siglos, ese término asume diversos significados, al tiempo que se asocia a conceptos cambiantes que redefinen al saber y sus prácticas. Sin embargo, a pesar de las transformaciones que experimentan el vocablo y sus significados, existe un conjunto de autores y de textos que en el decurso de los siglos sientan las bases de una tradición cristalizada, en el caso de Occidente, a partir del Renacimiento. Esa tradición, fundada en la persistencia del término (más allá de sus variantes semánticas) y en una secuencia de autores y de textos (que se citan retrospectivamente como referentes) define una historiografía autónoma, circunscripta a un marco civilizatorio (o intercivilizatorio) específico.

En el ámbito de la historiografía global, se postula la existencia de cuatro tradiciones historiográficas autónomas, que mantienen vínculos laxos entre sí, a lo largo de los siglos (Iggers, Wang, Mukherjee, 2011). Se trata de la tradición historiográfica occidental, la china, la árabe-islámica y la indostánica. La clasificación de las tres primeras no ofrece dudas, mientras que la cuarta es objeto de controversia (Woolf, 2005). Ello se debe a que las formas historiográficas puras en la India se encuentran circunscriptas en el tiempo y en el espacio (las crónicas medievales de Cachemira), mientras que ciertas obras de carácter religioso que presentan notables referencias históricas, no pueden calificarse de historiográficas. En lo que atañe a las civilizaciones del Próximo Oriente, de América precolombina y del África subsahariana, se considera que, aunque no producen textos historiográficos, desarrollan formas de registrar e interpretar el pasado que cumplen algunas de las funciones atribuidas a la historiografía.

Resta por considerar el caso específico de la historia de la historiografía como expresión del conocimiento histórico. No existe duda de que esta especialización disciplinaria surge y se consolida en Occidente. Inclusive las primeras historias de la historiografía china, árabe-islámica e india son obra de historiadores occidentales (Woolf, 2005, pp. XXXV-LXXXVIII). Sin embargo, en décadas recientes (y con mayor intensidad en los años transcurridos del siglo XXI) los historiadores no occidentales se interesan por las historiografías de sus respectivas tradiciones civilizatorias (Guha, 1988; Wang, 2001; On-Cho Ng, 2005; Alagoa, 2006; Al-Azmeh, 2006; Jatmoko, 2007; Schaberg, 2011). De hecho, algunos de ellos escriben sus propias historias generales de la historiografía (Rahmman, 2005).

Continuidades y rupturas: las tradiciones historiográficas y la sucesión de configuraciones epistémicas

Lejos de constituir unidades monolíticas, las cuatro tradiciones historiográficas identificadas nacen de la sucesión de distintos estratos histórico-culturales que, al superponerse, las complejizan y enriquecen. Por lo tanto, el estudio en perspectiva global de cada tradición requiere abordar el tema de su génesis, de sus diversas proyecciones geohistóricas, así como de sus cambios y continuidades.

Se señaló anteriormente que la tradición historiográfica occidental se remonta a la historiografía griega, cuyo legado se disemina por el mundo mediterráneo cuando los romanos, inspirados en ella, desarrollan la historiografía latina. La cristianización del Imperio romano motiva la aparición de una historiografía paleocristiana, con una configuración que difiere sustancialmente de las anteriores. Esta difusión de un saber de un espacio a otros, se acompaña, en los casos referidos, de transformaciones significativas en el modo en que se lo concibe y práctica.

Los historiadores griegos, ciudadanos de distintas polis del mundo helénico, producen textos en los que vuelcan sus investigaciones sobre acontecimientos contemporáneos de un pasado próximo de hondo impacto colectivo, y que involucran, por lo general, a conflictos bélicos. Esas investigaciones, basadas en observaciones directas o en las referencias de protagonistas o testigos de los hechos, buscan desentrañar los factores que explican los hechos a partir de motivaciones humanas, dejando de lado cualquier referencia a los dioses o a fuerzas cósmicas. En un principio, los historiadores romanos, ciudadanos de una república que deviene imperio, se sirven del modelo que les brindan los griegos, para comprender eventos recientes de su pasado. Posteriormente, sirviéndose de registros escritos y de las obras de historiadores anteriores, procuran esclarecer el desarrollo político de la propia Roma, desde su génesis hasta el presente. Por su parte, los historiadores cristianos, clérigos y monjes inspirados en su fe, se interesan por la trayectoria de la Iglesia y por la difusión del mensaje evangélico. Aunque se sirven del modelo que ofrecen los historiadores griegos y romanos, explican los hechos mediante indagatorias heurísticas que parten de premisas interpretativas de carácter teológico.

Estos tres casos ponen de manifiesto cambios relevantes en el modo en que se entiende la historiografía, a medida que ésta se expande más allá del ámbito civilizatorio en que se origina. Sin embargo, esas transformaciones reconocen una continuidad sustancial. Los autores cristianos se presentan como historiadores y sus obras como historias, y tienen como referentes a los clásicos griegos y romanos, aunque la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea difiera en sus fundamentos epistémicos, en su estructura discursiva y en sus cometidos pragmáticos de la *Historia de Roma* de Tito Livio o de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides.

En la tradición occidental estos procesos de difusión, transformación y continuidad se manifiestan en sus desarrollos ulteriores, como sucede con la historiografía romano-germánica, la bizantina, la carolingia, la de los reinos feudales, la de los Estados

dinásticos modernos, y la de los Estados nacionales europeos y americanos. Procesos análogos experimentan la tradición historiográfica china y la tradición historiográfica árabe-islámica. La tradición historiográfica china sienta las bases de la historiografía japonesa (Bentley, 2012) y la coreana (Breucker, Koh y Lewis, 2012). La tradición historiográfica árabe-islámica se continúa en la historiografía musulmana iraní (Hirschler, K. (2012), indo-irania (Roy, 2012), turca (Tezcan, 2012) y africano-occidental (Lovejoy, 2012).

A diferencia con lo que sucede en otras tradiciones, la occidental no solo experimenta cambios como resultado de procesos de difusión en nuevos ámbitos culturales y en nuevos contextos ideológicos, sino que sufre transformaciones mucho más significativas en el modo en que se concibe el conocimiento histórico, su producción, su organización y su transmisión. Desde el siglo V a. C. hasta el siglo XVI, la historiografía se entiende como un saber, a veces autónomo a veces subordinado a otros. Desde el siglo XVI hasta principios del siglo XIX, la historiografía se concibe como una disciplina incipiente. Desde entonces hasta el presente, la historiografía se cultiva como una disciplina académica que aspira a transformarse en ciencia.

La historiografía, configurada apenas como un saber, carece de un campo de estudio claramente delimitado y formalmente constituido (Duara, Murth y Sartori, 2014). Su clasificación, desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, varía, pero rara vez se la considerada como una disciplina independiente. De hecho, para algunos constituye una expresión literaria, mientras que para otros se encuentra al servicio de una visión teológica del devenir. Los historiadores no se forman en ningún ámbito específico. Adquieren sus conocimientos de las lecturas de las obras de historiadores previos, y desarrollan sus investigaciones imitando a sus referentes. No existe, por otra parte, un cuerpo unificado de conocimientos históricos, ni tampoco una reflexión epistemológica sistemática sobre los fundamentos teóricos y metodológicos de ese saber. Tampoco existe institución alguna que lo regule y legitime sus prácticas.

A partir del Renacimiento, la historiografía comienza a configurarse como una disciplina autónoma (Woolf, 2005). Surgen los primeros tratados que se preguntan sobre la naturaleza del conocimiento histórico. Nace, por otra parte, el discurso metodológico sobre la crítica de fuentes, a partir del desarrollo de la Paleografía y la Diplomática. Desde un punto de vista institucional, los historiadores se organizan en academias bajo la tutela y el patronazgo de los monarcas.

A comienzos de la Época Contemporánea, la historiografía aspira a convertirse en una disciplina científica (Iggers, Wang, Mukherjee, 2008). En un principio, la aspiración a la cientificidad se concentra en implementar, sobre sólidas bases empíricas, una caracterización fidedigna de los hechos del pasado. Posteriormente, esa aspiración se manifiesta en la tarea de generar explicaciones sobre esos hechos, que puedan demostrarse mediante la contrastación empírica. En lo que atañe a la organización disciplinaria, la historiografía se institucionaliza, con la creación de las primeras cátedras universitarias. Nacen, en el transcurso del siglo XIX, las revistas académicas que, al aplicar rigurosos criterios de evaluación de los trabajos que publican, contribuyen a la consolidación académica de los estudios históricos. Por su parte, la realización regu-

lar de congresos científicos brinda la oportunidad para que la comunidad de historiadores se reúna, discuta, realice intercambios, genere ciertos consensos y administre los disensos a través de pautas compartidas. Finalmente, la formación de asociaciones de investigadores que se especializan en determinados campos contribuye a consolidar la profesionalización del historiador.

A pesar de estas transformaciones, hay quienes consideran que existen algunas características fundamentales que se perfilan, a través de los milenios, desde Heródoto hasta el presente y que permiten hablar de la historiografía en singular, más allá de que adopta la forma de un saber, de una disciplina, o de una ciencia. Esas características pueden sintetizarse del modo siguiente:

Toda obra historiográfica se centra en un tema que su autor elige porque entiende que resulta socialmente significativo. Este tema refiere, por lo general, a transformaciones que afectan a una comunidad determinada en un pasado inmediato o distante. La obra nace como el resultado de una labor de investigación que consiste en explicar cuáles fueron tales transformaciones, mediante el análisis crítico de la evidencia que aportan los testimonios y los registros procedentes del pasado. Según algunos autores, la suma de esas tareas define una práctica persistente que sienta las bases de una continuidad de muy larga duración. (Woolf, 2005).

Las propuestas metodológicas

Las innovaciones de la historia global de la historiografía se canalizan a través de tres propuestas metodológicas específicas: (i) el estudio comparativo de las tradiciones historiográficas; (ii) el estudio sistémico de los espacios diferenciados que emergen en el seno de cada tradición historiográfica; (iii) el análisis de las redes transversales que vinculan a esos espacios y a las tradiciones historiográficas.

El estudio comparativo de las tradiciones historiográficas

En la medida en que una historia global de la historiografía supone el abordaje conjunto de tradiciones múltiples, resulta posible identificar semejanzas y diferencias en los itinerarios específicos que sigue cada una (Rüsen, 2002). Dichas trayectorias no son necesariamente sincrónicas, ya que algunas comienzan antes y no todas tienen el mismo grado de continuidad. Por lo tanto, las comparaciones revelan dinámicas distintas y formas de expresión del conocimiento y del pensamiento histórico que dan cuenta de los diversos rostros de Clío (Rüsen, 1996; Lorenz, 1999; Martin, 2010).

Las dinámicas diferenciadas y las discronías que afectan a las cuatro tradiciones historiográficas principales, motivan que cada una deba ser entendida como un proceso que se despliega a partir de fases que son específicas y que, por lo tanto, no pueden generalizarse. Al mismo tiempo, el estudio comparativo de estos procesos plantea el problema metodológico de elaborar una periodización general (Duara, Murth y Sartori, 2014). Ante este dilema, caben dos opciones:

(i) Se puede afirmar que es posible elaborar una periodización específica de cada tradición, pero que no resulta conveniente la propuesta de una periodización general, porque seguramente adoptaría criterios eurocéntricos.
(ii) Se puede sostener que es factible la propuesta de una periodización general que integre a las particulares, siempre que se base en la consideración de dos aspectos: la relaciones que las tradiciones historiográficas mantienen entre sí y los desafíos disciplinarios que afrontan en conjunto.

Reconocer la significación de las cuatro tradiciones no supone admitir que tengan una relevancia equiparable en el transcurso de los siglos. A partir del estudio de las trayectorias de cada tradición y de sus intercambios recíprocos se constata que, en determinados períodos, no todas son igualmente innovadoras o prolíficas. Algunas se diversifican y complejizan, y sus aportes se expanden más allá de sus fronteras civilizatorias. Otras, reproducen durante extensos períodos los mismos modelos y tienden a encapsularse en determinados espacios. De todas ellas, solamente la tradición historiográfica occidental alcanza una proyección verdaderamente mundial, y genera un modelo de historiografía científico-social, cultivado profesionalmente en ámbitos académicos universitarios, y adoptado por las restantes tradiciones (Wang, Iggers, 2002). Podría ser esta constatación el resultado de una perspectiva eurocéntrica renovada, pero en cualquier caso cuenta con una sólida base empírica que la avala.

El estudio sistémico de los espacios diferenciados que emergen en el seno de cada tradición historiográfica

Las tradiciones historiográficas, especialmente la occidental, generan trayectorias múltiples dentro de su propio cauce. Las confrontaciones políticas, las luchas religiosas, las diferencias lingüísticas y culturales motivan que, a partir de una tradición historiográfica compartida, nazcan expresiones relativamente autónomas (Woolf, 2007). Surgen, así, espacios historiográficos delimitados (Haapala, Jalava y Larrson, 2017) por múltiples fronteras: las institucionales, las geolingüísticas, las geoculturales y las disciplinarias.

Las fronteras institucionales establecen, en algunas ocasiones, obstáculos para los intercambios entre colegas que pertenecen a un mismo país. Las fronteras geopolíticas (en particular cuando resultan conflictivas en el presente o cuando lo fueron en el pasado) también dificultan los intercambios y la circulación de la producción historiográfica.

Las fronteras geolingüísticas plantean varios desafíos. Para que una obra historiográfica se proyecte más allá del ámbito en que se produce, debe redactarse en alguna de las lenguas universales o traducirse a una de ellas. No siempre esto es posible: obras valiosas resultan ignoradas por no haberse escrito o traducido a una lengua de proyección mundial. Por otra parte, las traducciones a veces resultan azarosas y ocurre que algunos autores son conocidos por obras menores mientras que se desconocen sus obras principales. A ello se agrega hecho de que, en el ámbito académico historio-

gráfico, las lenguas universales no se encuentran en pie de igualdad. El idioma inglés prevalece sobre el francés y ambos sobre las restantes. Las fronteras geoculturales no resultan menos relevantes. En muchas ocasiones, la lengua une, pero las tradiciones culturales y las distancias geográficas separan. A modo de ejemplo, el español y el portugués unen a Iberoamérica como región, pero una historia de tradiciones locales y particularismos, así como de mercados editoriales estrechos, dificulta la circulación de la producción historiográfica publicada en una misma lengua o en una lengua próxima a la de los lectores (el portugués para los hispanoamericanos y el español para los brasileños).

Tampoco pueden ser ignoradas las fronteras que crean las especializaciones disciplinarias. Si bien los historiadores comparten una formación disciplinaria básica, las especializaciones que cultivan los congregan en comunidades que tienden a encapsularse y dialogar escasamente con las restantes. Por otra parte, los espacios historiográficos diferenciados que nacen dentro de una misma tradición, la diversifican de manera notable.

En la Europa de la Época Contemporánea, la consolidación de los Estados nacionales motiva la aparición de algunas historiografías nacionales que aspiran a constituirse en modelos universales (Berger, 2009). En tal sentido, la influencia que tienen la historiografía alemana, francesa e inglesa sobre las restantes de la historiografía occidental, no es equiparable a la de ninguna otra. Sin embargo, esa influencia resulta cambiante y dista mucho de resultar homogénea. Las asimetrías referidas plantean el tema del nacimiento de centros y periferias en el marco de una misma tradición historiográfica (Dos Santos, Lima Nicodemo y De Faria Pereira, 2017). En los últimos doscientos años, la configuración de unos y otras se modifica, en la medida en que determinados centros adquieren gravitación mientras que otros la pierden. También se transforman las relaciones entre los centros y las periferias, al punto tal que ciertos vínculos se relativizan y otros se acentúan. Por último, cabe señalar que las relaciones entre las periferias también sufren modificaciones en tiempos recientes, como resultado de los procesos de globalización.

El análisis de las redes transversales que vinculan a los espacios historiográficos y las tradiciones historiográficas

Las tradiciones historiográficas no se conciben como sistemas cerrados, sino como sistemas relativamente autónomos: a lo largo de los siglos experimentan intercambios que introducen transformaciones recíprocas (Fuchs y Stuchtey, 2002). Así, por ejemplo, los espacios de coexistencia entre el Islam y la Cristiandad Occidental, tanto en la región del Levante como en la Península Ibérica, crean las condiciones propicias para los intercambios historiográficos (Marsham, 2012). A su vez, la conquista de las civilizaciones indoamericanas pone a disposición de los europeos expresiones originales del pensamiento histórico precolombino (Hill Bone, 2012; Julien, 2012), mientras que las misiones católicas en China y Japón facilitan un conocimiento inicial por parte de los europeos de la historiografía del Asia Oriental (Lehner, 2011; Stanziani, 2018). Por

último, la expansión colonial occidental que se inicia en el primer tercio del siglo XIX y culmina en el último tercio del siglo XX, universaliza el cultivo de una historiografía profesional que se construye como un saber científico (Wang e Iggers, 2002).

Estas historias conectadas de la historiografía se potencian en las décadas finales del siglo pasado (Sachsenmaier, 2011). Al respecto, es posible constatar:

(i) La influencia de la globalización en dos procesos simultáneos y aparentemente contradictorios: la relativización de las fronteras lingüísticas en el ámbito historiográfico[47] y, al mismo tiempo, la potenciación de espacios lingüísticos específicos[48].
(ii) El impacto de las nuevas tecnologías a través de la combinación armónica de vínculos presenciales y virtuales, la formación de redes internacionales, la integración de grupos interdisciplinarios y la adopción de nuevos formatos comunicativos[49].
(iii) La gravitación específica de cuatro clases de desplazamientos en los espacios de la comunidad historiográfica global: los formativos, los investigativos, los académicos y los profesionales (Merkel y Braudel, 2017).
(iv) La incidencia, en la dinámica global historiográfica, de tres modalidades de circulación: la de los investigadores, la de los productos de investigación y la de las innovaciones teórico-metodológicas (Hoyland, 2011; Arellano, Arvanitis y Vinck, 2012).

Estos aportes no agotan el campo de la historia global de la historiografía, tan solo ponen de manifiesto algunas de las áreas sobre las que se ha investigado hasta el momento. En el ámbito de la historia de la historiografía latinoamericana, su posible desarrollo ya conoce algunas experiencias iniciales. Los historiadores brasileños Rafael Marquese y João Paulo Pimenta publican en 2005 un artículo en el que investigan las tradiciones de historia global en la región. Por su parte, un equipo internacional integrado por dos historiadores chilenos (Catalina Balmaceda y Felipe Soza), un historiador español (Jaume Aurell) y un historiador británico (Peter Burke) presentan en 2013 un manual de historia de la historiografía que incorpora una perspectiva global. A su vez, el historiador brasileño Jurandir Malerba (2016), en su crítica de algunas obras de historia global de la historiografía y en un artículo reciente (2019) en el que

47 Véase el caso de la *Global History Network*. En línea. Disponible en Internet en http://www.globalhistorynetwork.com/ Se trata de una red que vincula a universidades de China, Japón, Francia, España y México, y que utiliza el inglés como lengua vehicular.

48 Véase, a modo de ejemplo, la conformación y proyección, en el mundo académico hispanohablante de la red *Historia a Debate*. En línea. Disponible en Internet en: https://h-debate.com/.

49 Véase *Global Perspectives on Digital History*. En línea. Disponible en Internet en: http://gpdh.org/about/

analiza las obras de Woolf, Iggers y Wang, efectúa un estudio valioso de las posibilidades y limitaciones de esta corriente.

Cuestionamientos a una Historia global de la Historiografía

En su análisis sobre las características de esta corriente, Malerba formula diversas críticas relacionadas con problemas teórico-metodológicos fundamentales. La primera refiere a la dificultad que realizar una historia global de aquella historiografía que se desarrolla antes de la globalización. Este autor sostiene que la decisión de Iggers y de Wang de centrarse en una historia global de la historiografía moderna no es casual, ya que se dificulta indagar, desde una perspectiva global, producciones surgidas en contextos en que la globalización no existe, en el sentido actual del término (Malerba, 2019, p. 467). Este señalamiento crítico ha sido discutido intensamente en el ámbito de la historia global. Si bien la globalización, en un sentido estricto, surge en el último tercio del siglo XIX, procesos que generan interdependencias macrohistóricas se constatan en períodos anteriores (Gunder Frank y Gills. 1997). Por ello, para los planteos más restrictivos, una historia global de la historiografía no resultaría posible antes de la primera expansión ultramarina europea, mientras que, para las posiciones más flexibles, no habría razones para negar esa posibilidad, en épocas previas.

El segundo cuestionamiento que formula Malerba se sintetiza en esta cita:

> As histórias globais pós-hegelianas, mesmo que bem-estruturadas, como as de Woolf, inevitavelmente lidam com material muito abundante, díspar e complexo demais para suportar um argumento coerente, que não dão conta de narrar e expor uma história compreensível com começo meio e fim. [...] Escrever um livro que é mais do que a soma de suas partes não é uma tarefa fácil, e a história global de qualquer tema/objeto terá de enfrentar essa dificuldade. (Malerba, 2019, pp. 457-472)

Se trata de una apreciación acertada. Sin embargo, el problema que se identifica no resulta exclusivo de la historia global de la historiografía, sino a que se encuentra presente en cualquier historia general de ella, en particular, las más tradicionales. Lo mismo puede afirmarse con relación al tercer cuestionamiento. Malerba (2019) constata que quienes emprenden la tarea de producir una historia global de los estudios históricos, apenas dominan un limitado campo de ese vasto universo. Señala, así, que Woolf es experto en historia intelectual francesa moderna, Wang, especialista en historiografía china del siglo XIX, e Iggers (ya fallecido) lo fue en historiografía alemana contemporánea. Sostiene Malerba que cuando abandonan sus especialidades, estos autores deben recurrir a "fuentes secundarias" para elaborar una historia global, o contar con el asesoramiento de numerosos expertos. Si bien la observación es atinada, no plantea un problema inherente a la historia global de la historiografía, sino a cualquier investigación histórica que supere los estrechos marcos espacio-temporales de un trabajo monográfico. Por tal motivo, buena parte de las publicaciones de la historia global de la historiografía nacen de la cooperación de uno o de varios equipos editoriales.

En su cuarto señalamiento crítico, Malerba refiere un argumento que Jeremy Adelman formula en este texto:

> It is hard not to conclude that global history is another Anglospheric invention to integrate the Other into a cosmopolitan narrative on our terms, in our tongues… It privileged motion over place, *histoires qui bougent* (stories that move) over tales of those who got left behind, narratives about others for the selves who felt some connection – of shared self-interest or empathy – between far-flung neighbours of the global cosmopolis. (Adelman, 2017)

Estas afirmaciones aluden a todo que, en principio, la historia global excluye:

(i) Al elaborar un relato que ofrece una visión coherente del desarrollo sincrónico de las principales tradiciones historiográficas, deja de lado las contradicciones e inconsistencias; de hecho, las invisibiliza.
(ii) Al enfatizar los intercambios y las conexiones que existen entre esas tradiciones, excluye las desconexiones y los encapsulamientos.
(iii) Al combatir el eurocentrismo, impulsa proyectos concebidos y coordinados por historiadores occidentales, en los que los historiadores no occidentales participan como colaboradores, adhiriendo al modelo que le proponen sus directores.

Estas observaciones admiten matices. La coherencia a la que apuntan determinadas obras, en particular las sintéticas, obedece a un esfuerzo por sistematizar y esclarecer ciertos desarrollos historiográficos cuando se presentan a un nivel inicial, como ocurre con los textos más recientes de Woolf. Sin embargo, las obras que profundizan en aspectos variados de los estudios historiográficos (como las que publica la Universidad de Oxford, y que coordina el propio Woolf) no ocultan las inconsistencias de determinadas periodizaciones y abordan, en muchos casos, procesos que no son generalizables. A ello, hay que agregar que una verdadera historia global no solo considera las convergencias y los encuentros, sino también las divergencias y los desencuentros. Existen ejemplos de obras que tratan a ambos aspectos por igual (Wang e Iggers, 2002; Wang, 2007). Finalmente, cabe señalar algo que se mencionó en la sección anterior: en el emprendimiento de grandes proyectos historiográficos, la lengua inglesa puede servir de instrumento que potencia asimetrías, pero cuanto se utiliza como idioma vehicular puede permitir formas de transversalidad que no resultarían factibles de otro modo.

Conclusiones

Si bien la historia global de la historiografía no tiene más de veinte años, su desarrollo alienta una producción voluminosa (por las publicaciones que incluye), original (por los aspectos teóricos y metodológicos que introduce) y significativa (por el modo en que se proyecta más allá de los ámbitos académicos específicos de los que procede).

Así como la historia de la historiografía es una creación occidental, también lo es la historia global de la historiografía. Al respecto, cabe señalar que presenta las mismas asimetrías que la historia global en la que se inspira: sus publicaciones proceden mayoritariamente del mundo académico anglosajón, aunque refieran a la historiografía china, árabe o india. Estas asimetrías (que reflejan las del propio sistema mundial) plantean dilemas que no admiten una única solución. Sin embargo, la participación de historiadores no occidentales en las principales obras colectivas que se han citado, permite constatar una tendencia que resulta novedosa.

La magnitud del esfuerzo de quienes impulsan esta corriente se pone de manifiesto a través de sus diversos resultados: ensayos introductorios, obras de referencia (tales como atlas e enciclopedias), historias generales, compilaciones de textos motivados por debates puntuales, y numerosos artículos de corte monográfico. Se trata de una producción que, desde una perspectiva teórica, no reniega de los asuntos que han interesado a la historia de la historiografía en los últimos ciento cincuenta años: los historiadores y sus obras, la escritura y el pensamiento históricos, las configuraciones discursivas y los paradigmas historiográficos, la institucionalización y la profesionalización del saber histórico, los condicionamientos político-ideológicos y las autonomías disciplinarias, la proyección social de los estudios del pasado y sus distintos usos. Sin embargo, estas preocupaciones se despliegan a partir de la identificación de cuatro grandes tradiciones historiográficas, que experimentan transformaciones sucesivas en sus configuraciones epistémicas, y que se relacionan, en distintos períodos históricos, mediante redes transversales por las que circulan aportes de procedencias variadas. Desde un punto de vista metodológico, la innovación primordial de esta corriente no consiste en introducir un nuevo enfoque, sino en combinar perspectivas analíticas preexistentes (análisis sistémico, análisis comparativo y análisis de redes) en un abordaje macrohistórico aplicado a objetos originales.

En síntesis, la historia global de la historiografía se presenta como una modalidad que no aspira a ser rupturista ni revolucionaria, sino a conciliar los aportes más innovadores con las prácticas más clásicas, en el cultivo de una especialización disciplinaria que no les cierra las puertas a otras formas alternativas, sino que se las abre. Por ello, las limitaciones que la afectan en el transcurso de su breve existencia, lejos de condicionar su potencial, constituyen desafíos que pueden ser superados en un futuro próximo, si se profundiza en la consecución de los objetivos que la inspiran.

Referencias bibliográficas

Adelman, J. (2017). What is Global History Now?. *Aeon*, 2. En línea. Disponible en Internet en: https://aeon.co/essays/is-global-history-still-possible-or-has-it-had-its-moment

Alagoa, E. J. (2006). *The Practice of History in Africa. A History of African Historiography*. Research Publications.

Al-Azmeh, A. (2006). *The Times of History. Universal Topics in Islamic Historiography*. Central European University Press.

Arellano, A.; Arvanitis, R. y Vinck, D. (2012). Circulación y conexión mundial de saberes. Elementos de Antropología de los conocimientos. *América Latina en Revue d'Anthropologie des connaissances, 6*(2), i-xxviii.
Aurell, J.; Balmaceda, C.; Burke, P. y Soza, F. (2013). *Comprender el pasado. Una Historia de la escritura y el pensamiento histórico.* Akal.
Avis, P. D. L. (1986). *Foundations of Modern Historical Thought. From Machiavelli to Vico.* Croom Hell.
Barnes, H. E. (1938). *A History of Historical Writing.* University of Oklahoma Press.
Bentley, M. (Ed.) (1997). *Companion to Historiography*. Routledge.
Berger, S. (2009). The Comparative History of National Historiographies in Europe. Some Methodological Reflections and Preliminary Results. En Carvalho, S. y Gemenne, F. (eds). *Nations and their Histories. Constructions and Representations* (pp. 29-45). Palgrave Macmillan.
Bourdé, G. y Martin, H. (1983). *Les Écoles historiques.* Éditions du Seuil.
Boyd, K. (Ed.) (1999). *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*. Fritzroy Dearborn Publishers. 2 vols.
Braudel, F. (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme: XVe—XVIIIe siècle.* Armand Colin. 3 vols.
Breisach, E. (1983). *Historiography. Ancient, Medieval Cand Modern.* The University of Chicago Press.
Burke, P. (Ed.) (1969). *The Renaissance Sense of the Past*. Edward Arnold.
Burke, P. (1991). *New Perspectives on Historical Writing*. Cambridge Polity Press. 1991.
Burrow, J. (2007). *A History of Histories. Epics, Chronicles, Romances and Inquiries from Herodotus and Thucydides to the Twentieth Century*. Allen Lane.
Butterfield, H. (1931). The *Whig Interpretation of History*. Londres Bell & Sons.
Carbonell, C. O. (1981). L'*Historiographie*. Presses Universitaires des Frances.
Certeau, M. (1975). *L'Écriture de l'Histoire*. Gallimard.
Chakrabarty, D. (2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference.* Princeton.
Chen, E. K. M. (2012). *Historiography. An Introductory Guide*. Bloomsbury Publishing.
Church, W. F. (1976). *Louis XIV in Historical Thought. From Voltaire to the Annales School.* Norton.
Collingwood, R. (1946). *The Idea of History.* Oxford University Press.
Conrad, S. (2003). *Globalgeschichte. Eine Einführung.* C. H. Beck.
Corcuera, S. (1997). *Voces y silencios en la Historia. Siglos XIX y XX.* Fondo de Cultura Económica.
Croce, B. (1915). *Zur Theorie und Geschichte der Historiographie.* Mohr.
Croce, B. (1917). *Teoria e storia de la Storiografia.* Laterza & Figli. Bari.
Crossley, P. (2008). *What is Global History,* Cambridge Polity Press.
Daileadr, P. y Whalen, P. (2010). *French Historians (1900-2000).* Wiley-Blackwell.
Dos Santos, P. A. C.; Lima Nicodemo, T. y De Faria Pereira, M.H. (2017). Historiografias periféricas em perspectiva global ou transnacional: eurocentrismo em questão. *Revista Estudos Históricos, vol. 30* (n° 60), 161-186.
Duara, P.; Murth, V. y Sartori, A. (eds.) (2014). *A Companion to Global Historical Thought*. John Wiley & Sons.

Engler Cury, C.; Chaves Flores, E.; Barboso Cordeiro, R. (2010). *Cultura histórica e historiografia: legados e contribuições do século 20.* Editora Universitária UFPB.
Fazio, H. (2003). *Escenarios globales. El lugar de América Latina*. Universidad de los Andes.
Fazio, H. (2008). *La historia y el presente en el espejo de la globalización*. Universidad de los Andes.
Fazio, H. (2013). *El mundo global. Una historia*. Universidad de los Andes
Ferguson, W. K. (1948). *The Renaissance in Historical Thought. Five Centuries of Interpretation.* Houghton Mifflin.
Fontana, J. (1982). *Análisis del pasado y proyecto social*. Crítica.
Fontana, J. (2001). *La Historia de los hombres*. Critica.
Fuchs, E.; Stuchtey, B. (2002). *Across Cultural Borders. Historiography in Global Perspective.* Rowman & Littlefield Publishers,
Fueter, E. (1911). *Geschichte der neuren Historiographie*. R. Oldernbourgh.
Gadoffre, G. y Chaunu, P. (1987). *Certitudes et incertitudes de l'Histoire. Trois colloques sur l'Histoire de l'Institute collégial européen*. Press Universitaire de France.
Gooch, G. P. (1912). *History and the Historians in the Nineteenth Century.* Longmans, Green, and Company.
Gubernatis, A. (1884). De *Storia della Storia.* U. Hoepli.
Guha, R. (1988). *An Indian Historiography of India. A Nineteenth-Century Agenda and Its Implications*. Center for Studies in Social Sciences.
Gunder Frank, A. y Gills, B. (eds.) (1997). *The World System. Five Hundreds or Five Thousands Years?*. Routledge.
Haapala, P.; Jalava, M. y Larrson, S. (2017). *Making Nordic Historiography. Connections, Tensions and Methodology, 1850 - 1970*. Berghahn Books.
Handley, S.; Mcwilliam, R. y Noakes, L. (2018). *New Directions in Social and Cultural History*. Bloomsbury Academic.
Hernández Sandoica, H. (2004). *Tendencias historiográficas actuales. Escribir Historia hoy*. Akal.
Hoyland, R. G. (2011). Theophilus of Edessa's Chronicle and the circulation of historical knowledge in late antiquity and early Islam. Liverpool University Press.
Huang, C.C.; Rüsen, J. (2015). *Chinese Historical Thinking. An Intercultural Discussion.* Vandenhoeck & Ruprecht.
Hubbard, W. H. (Ed.) (1995). *Making a Historical Culture. Historiography in Norway*. Scandinavian University Press.
Iggers, G. G. (1975). *New Directions in European Historiography.* Methuen. Londres.
Iggers, G. G. (1984). Geschichtswissenschaft *im 20. Jahrhundert. Ein kritischer Überblick im internationalen Zusammenhang.* Vandenhoeck & Ruprecht. Gottinga.
Iggers, G. G. (1997). *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Wesleyan University Press.
Iggers, G. G.; Wang, E. Q. y Mukherjee, S. (2008). *A Global History of Modern Historiography.* Taylor & Francis.
Jatmoko, S. (2007). *An Introduction to Indonesian Historiography*. Equinox Publishing.
Kelley, D. R. (1970). *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the French Renaissance.* Columbia University Press.
Kelley, D. R. (1991). *Versions of History. From Antiquity to Enlightenment.* Yale University Press.

Kelley, D. R. (1997). *History and the Disciplines. The Reclassification of Knowledge in the Early Modern Europe.* The University of Rochester Press.
Kelley, D. R. (1998). *Faces of History. Historical Inquiry from Herodotus to Herder.* Yale University Press.
Kelley, D. R. (2003). *Fortunes of History. Historical Inquiry from Herder to Huizinga.* Yale University Press. New Haven; Londres. 2003
Kelley, D. R. (2006). *Frontiers of History. Historical Inquiry in the Twentieth Century.* Yale University Press.
Kemp, A. (1991). *The Estrangement of the Past. A Study in the Origins of Modern Historical Consciousness.* Oxford University Press.
Kocka, J.; Mommsem, W. y Bländsford, A. (2005). *Toward a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Commettee of Historical Sciences.* Berghahn Books.
Kramer, L. y Maza, S. (Eds.) (2002). *A Companion to Western Historical Thought*. Blackwell Publishers.
Kraus, C. S.; Marincola, J. y Pelling, C. (2010). *Ancient Historiography and its Contexts. Studies in Honour of A.J. Woodman*. Oxford University Press.
Lambert, P. y Weiler, B. (Eds.) (2017). *How the Past was Used: Historical Cultures c. 750–2000*. Oxford University Press.
Lehner, G. (2011). *China in European Encyclopedias, 1700-1850*. Brill.
Lefebvre, G. (1971). *La naissance de l'Historiographie moderne*. Flammarion.
Li, W.Y. (2007). *The Readability of the Past in Early Chinese Historiography.* Harvard University Press.
Lorenz, C. (1999). Comparative Historiography. Problems and Perspectives. *History and Theory, 38*(1), 25-39.
Malerba, J. (2009). *A História na América Latina. Ensaio di crítica historiográfica*. Editoria FGV.
Malerba, J. (2016). History of Historiography from a Slighty Cosmopolitan Point of View en *History and Theory*, *55*(2), 282-289.
Malerba, J. (2019). História da Historiografia em perspectiva global. Um diálogo possivel?. *Esboços.* Florianópolis, *vol. 26*(n° 43), 457-472.
Manning, P. (2003). *Navigating World History. (Historians create a Global Past.* Palgrave Macmillan.
Marquese, R.; Pimenta, J. P. (2005). Tradições de *história global* na América Latina e no Caribe. *História da Historiografia, n° 17*, 30-49.
Martin, T. R. (2010). *Herodotus and Sima Qian: The First Great Historians of Greece and China, A Brief History with Documents*. Bedford/St. Martin's.
Mazlish, B. y Buultjens, R. (1993). *Conceptualizing Global History*. Westview Press.
Momigliano, A. (1966). *Studies in Historiography.* Weindenfeld and Nicolson.
Momigliano, A. (1977). *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Wesleyan University Press.
Munro, D. y Reid, J. G. (Eds.) (2017). *Clio's Lives. Biographies and Autobiographies of Historians.* Australian National University Press.
Munslow, A. (2012). *A History of History.* Routledge.
Ng, O. (2005). *Mirroring the Past: The Writing and Use of History in Imperial China.* University of Hawaii Press.

Osterhammel, J. (2009). *Die Verwandlung der Welt: eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*. C. H. Beck.
Parker, C. (2010). *Global Interactions in the Early Modern Age, 1400-1800*. Cambridge University Press.
Pinal, K. A. (2016). *Vivir para historiar, historia para vivir. La profesionalización de la Historiografía en México: una propuesta revisionista, 1850-1950*. Universidad de Guadalajara.
Porciani, I. y Raphael, L. (2010). *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession 1800-2005*. Palgrave Macmillan.
Rahmman, M. M. (2005). *An Encyclopedia of Historiography*. Ammol Publications. 5 volúmenes.
Raphael, L. (2003). *Geschichtswissenschaft im Zeitalter der Extreme. Theorien, Methoden, Tendenzen von 1900 bis zur Gegenwart.* Beck.
Rípodas, D. (1968). Notas para una Propedéutica de la Historia de la Historiografía. *Trabajos y Comunicaciones, 18*, 213-214.
Rosa, G. (1865). *Storia generale delle storie*. Editori della Biblioteca utile.
Rosenthal, F. (1968). *A History of Muslim Historiography*. Brill.
Rüdiger, F. (2010). *Paradigmas do estudo da História. Os modelos de compreensão da ciência da história no pensamento moderno.* Gatopardo.
Rüsen, J. (ed.) (1996). Some Theoretical Approaches to Intercultural Comparative Historiography. *History and Theory*, *35*(4), 5-22.
Rüsen, J. (2002). *Western Historical Thinking: An Intercultural Debate*. Berghahn Books.
Sachsenmaier, D. (2011). *Global Perspectives on Global History. Theories and Approaches in a Connected World*. Cambridge University Press.
Samuels, W. J.; Biddle, J. E. y Davis, John B. (2003). *A Companion to the History of Economic Thought*. Blackwell.
Sánchez, M. F. (2012). *Las huellas del futuro. Historiografía y cultura histórica en el siglo XX*. Edicions de la Universitat de Barcelona.
Sharma, T. R. (2005). *Historiography. A History of Historical Writing*. Concept Publishing Company.
Schaberg, D. (2001). *A Patterned Past: Form and Thought in Early Chinese Historiography*. Harvard University Press.
Schmidt-Glintzer, H.; Mittag, A. y Rüsen, J. (Eds.) (2005). *Historical Truth, Historical Criticism and Ideology. Chinese Historiography and Historical Cultural from a Comparative Perspective*. Brill. 2 volúmenes.
Schiffman, Z. S. (2011). *The Birth of the Past*. The Johns Hopkins University Press.
Shotwell, J. T. (1922). *An Introduction to the History of History*. Columbia University Press.
Stanziani, A. (2018). Connected Historiographies in an Expanding World. En Stanzini, A. *Eurocentrism and the Politics of Global History* (pp. 21-58). Palgrave Macmillan.
Testot, L. (2008). *Histoire globale. Un nouveau regard sur le monde*. Auxerre: Sciences Humaines.
Thompson, J. W. (1942). *A History of Historical Writing*. The Macmillan Company. 2 vols.
Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System*. New York Academic Press.
Wang, Q. E. (2001). *Inventing China Through History. The May Fourth Approach to Historiography*. The New York State University Press.
Wang, Q. E.; Iggers, G. G. (Eds.) (2002). *Turning Points in Historiography. A Cross-Cultural Perspective*. The University of Rochester Press.

Wang, Q. E. (2007). *The Many Faces of Clio. Cross-Cultural Approaches to Historiography; Essays in Honor of Georg G. Iggers*. Berghahn Books.
Wang, Q. E. ; Iggers, G. G. (Eds.) (2016). *Marxist Historiographies. A Global Perspective.* Routledge.
Westfall Thompson, J. (1942). *A History of Historical Writing.* The Macmillan Company.
White, H. (1973). *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe.* Johns Hopkins University Press.
White, H. (1987). *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Johns Hopkins University Press.
Woolf, D. R. (1998). *A Global Encyclopedia of Historical Writing*. Garland. 2 volúmenes.
Woolf, D. R. (2003). *The Social Circulation of the Past. English Historical Culture, 1500-1730*. Oxford University Press.
Woolf, D. R. (2005). From Histories to the Historical. Five Transitions in Thinking about the Past, 1500-1700. *Huntington Library Quarterly*, *68*(1-2), 33-70.
Woolf, D. R. (2005). Historiography. En M.C. Horowitz (ed.). *New Dictionary of the History of Ideas* (vol. 1, pp. XXXV-LXXXVIII). Scribners.
Woolf, D. R. (2011). *A Global History of History*. Cambridge University Press.
Woolf, D. R. (2012). *The Oxford History of Historical Writing*. Oxford University Press. 5 volúmenes.
Woolf, D. R. (2019). *A Concise History of History. Global Historiography from Antiquity to the Present*. Cambridge University Press.
Wright, D. (2005). *The Professionalization of History in English Canada*. University of Toronto Press.

¿GRAMSCI ES UN MITO ACADÉMICO O REVOLUCIONARIO?

Arturo Luis Alonzo Padilla
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Introducción

Antonio Gramsci es sin duda un referente al que acuden diferentes estudiosos en nuestra sociedad. Por un lado, los académicos de las universidades, que ven en él una especie de gran epistemólogo, para descubrir elementos sociales y culturales. Para ellos es un autor académico a la altura de Levi Strauss o Roger Chartier y sería como un antropólogo o un historiador de la cultura. Por otro lado, para otros es el gran filósofo de la política a la altura de Marx, Bobbio o Giovanni Sartori. En ese sentido, sería como un teórico innovador del marxismo del siglo XXI y la llave para entender el papel del Estado y la democracia. Esta última versión ha sido promovida por una gran agencia en los años setenta del siglo XX, el eurocomunismo y sus militantes. En México, *Los Cuadernos de la Cárcel* nos eran recomendados por profesores como Rafael Cordera o Adolfo Gilly en materias de sociología política en la UNAM, para debatir ideas del Estado y la hegemonía política o el bloque histórico[50]

Ya desde los ochenta del siglo pasado, con una mayor información, sobre todo cuando tomé contacto con los textos de la izquierda comunista italiana, saltaba uno de los razonamientos críticos más escandalosos de Gramsci. Era su apoyo a la participación de Italia en la primera guerra mundial, cosa que en el mundo universitario puede pasar desapercibida, pero no a quién se dedique a estudiar las oleadas revolucionarias de 1917-1921 en Europa. La guerra, para quienes no están inmersos en las discusiones de la revolución a principios del siglo XX, fue el punto de definición entre la izquierda de la socialdemocracia mundial y las posiciones de centro y derecha de esta. Para decirlo de manera sencilla, es el punto de ruptura entre los revolucionarios y los que traicionaron a la revolución en ese periodo. Puesto de esa manera, Antonio Gramsci no formaba parte de las fuerzas revolucionarias del proletariado, sino que por el contrario jugó al principio con las posiciones derechistas, que más tarde se pasaron al fascismo. Estaba en el mismo plano político que Andreas Amílcare Benito Mussolini, quien llamó a la guerra desde lo que se conoció en Italia como el Abstencionismo activo.

Llamo la atención de este hecho histórico, porque tomar a Gramsci como un teórico social abstracto que postula verdades generales o universales es exactamente trabajar en sentido inverso a lo que es la operación de un análisis histórico intelectual, hermenéutico, en donde un autor procede de un contexto histórico, social y cultural específico; de un tiempo determinado y que su pensamiento responde a ese momento. Su comprensión e interpretación correcta depende de su adecuada lectura en las discusiones políticas de esa coyuntura histórica. No fue un académico de una universidad italiana que creó una nueva metodología, y, como veremos tampoco fue un revolucionario que empujaba la revolución proletaria. Fue más bien un militante del Partido

---

50 En mi paso por la Facultad de Economía en la UNAM en los años 70, era un libro especialmente recomendado por la llamada, en ese entonces, Nueva Izquierda. Adolfo Gilly terminaría pasándose del trotskismo al cardenismo.

Comunista que se vio favorecido por el cambio de viento a favor de la contrarrevolución estalinista.

Pero aquí en este punto debemos preguntarnos. ¿Por qué hay tanta gloria y mito académico o revolucionario en un personaje que no fue ni un académico de la sociología y tampoco un marxista revolucionario? Para resolver este asunto tan complicado se requiere de la reconstrucción historiográfica y de la historia intelectual. El objetivo es desvelar la identidad de quienes lo convirtieron en el paladín de la ciencia de la cultura; cuando en 1926 era la pieza de ajedrez que permitió a los bolcheviques de centro, primero[51], y a los estalinistas, después, combatir a los revolucionarios que lucharon por el socialismo entre 1917 y 1923 en Italia, tal como sucedió en Rusia durante las purgas de 1933. Ya no hay tanto silencio si consideramos los trabajos de John Chiaradia (2012) y su texto *Amadeo Bordiga y el mito de Antonio Gramsci*. Y el excelente texto del mismo autor titulado *The spectral figure of Amadeo Bordiga. A case study in the decline of Marxism in the west* (Chiaradia, 1974). Ambos libros, son una crítica que desmonta el mito de Gramsci como el demócrata no descubierto y antiestalinista. Este trabajo, entonces, no sólo es historiográfico y de historia intelectual, es también un trabajo de recuperación de la memoria histórica reclamando la verdad, la justicia y la reparación de quienes han sido víctimas de la difamación, la falsificación y la operación de olvido.

Dificultades históricas para la comprensión de la discusión.

Entender la discusión entre Gramsci y la Izquierda comunista italiana exige trabajar no sólo con los acontecimientos, sino con las discusiones que se ponen a la orden del día del comunismo italiano en la segunda década del siglo XX. Un tema muy especializado que demanda una comprensión profunda de la revolución italiana y de sus problemas en el contexto mundial de ese momento. La revolución italiana es mucho menos conocida que la revolución rusa de 1917 o la revolución alemana entre 1918-21. En Italia el proceso revolucionario arranca de manera tardía en 1919 con el bienio rojo y desemboca en el triunfo de la fracción abstencionista (que no es lo mismo que el abstencionismo activo de guerra) antecedente de la formación del Partido Comunista de Italia como parte de la Internacional Comunista. En estos tópicos vienen problemas de discusión política e histórica. Son complejos; como lo es el papel de la democracia, de la socialdemocracia o el advenimiento del fascismo. Es un punto complicado, pero también privilegiado para entender el sentido de las discusiones que definieron las posiciones de salida en ese momento revolucionario.

---

51 Figuras como Zinoviev y Kamenef que eran centristas en la Internacional Comunista y posteriormente a Bujarin quién postulo la tesis del *Socialismo en un solo país*. Posición que como sabemos fue la posición que el propio Stalin apoyó.

Estos debates que no sólo se dieron en Italia y cristalizaron las "Tesis de Roma", sino que comprenden la discusión activa de los comunistas en el mundo entre 1919-1926. Las mismas abarcan las propias actas de los Congreso I, II, III, IV, V y VI de la Komintern. Y aún documentos poco conocidos como las reuniones del Ejecutivo ampliado de la Internacional, publicados en medios no convencionales, más bien marginales. La discusión es densa, compleja, candente. Involucra argumentos como la revolución permanente o el socialismo en un solo país o la noción del internacionalismo. Así como la visión del socialismo nacional, el antifascismo y la política del frente popular a partir del VII Congreso. Es un punto histórico complejo, pero rico en contenido porque nos permite valorar las disyuntivas en juego dentro de este periodo.

Frente a esta dificultad, tenemos además la construcción de una historia oficial apoyada desde lo que fue el medio del Partido Comunista Italiano de la posguerra, en el que se transforma a un Gramsci estalinista y anti trotskista en el paladín de la creación del Partido Comunista. Sería el marxista leninista, el más leninista de Italia en los 30, al supuesto crítico del estalinismo y autor crítico intelectual de un "marxismo dogmático". Esta operación de falsificación es sobre todo construida por el eurocomunismo que, queriendo borrar el pasado estalinista, ahora recurre a la estratagema de convertir a Gramsci en un paladín de la democracia en el partido, un presunto visionario sobre la necesidad de intervenir en la transformación democrática. La falsificación sirvió para justificar y tratar de legitimar por qué los partidos comunistas pro-URSS viraron hacia la formación de partidos electorales nacionales, borrando a la larga la palabra comunismo de sus propios nombres.

Si partimos de que su objetivo se orientó al comunismo; el partido en la conducción de Gramsci desapareció de la historia y se convirtió en lo que son hoy muchos de esos partidos electorales nacionales alejados de la lucha contra el sistema capitalista que decían combatir. Aún más extraña es la operación universitaria de un activista como Antonio Gramsci convertido ahora en el intérprete metódico y profundo de la cultura y el Estado. El principio de que entre más ambiguo es un texto y menos precisión tienen sus postulados, la libertad para crear especulaciones abre su abanico para construir una sobreinterpretación en el texto (Eco, 2017), en la que incluso se puede abandonar el texto y construir un palimpsesto.

Uno de los ejes que soportan el discurso crítico comunista es la columna de la crítica de la economía política. Este es un marco preciso que es determinante para establecer quién pertenece o no al mismo. Hoy está muy de moda hablar del "determinismo económico" o de que no todo está en el factor económico. Esta operación es extraña y representa una visión revisionista del marxismo, puesto que constituye una visión reduccionista y sociológica de la vida en el capital. Es extraña, para la revolución proletaria. Karl Korsch, el marxista revolucionario alemán escribe contundente en su obra Karl Marx:

> El proletariado no puede saltarse las formas conceptuales de la *economía política* históricamente existentes, del mismo modo que en su práctica materialista

> no puede ignorar la existencia del moderno modo de producción capitalista. Lo único que puede hacer es superar, a lo largo de una verdadera crítica práctica y teórica, que recorrerá varias fases junto con la transformación de las relaciones materiales de producción, también a las formas sociales de la consciencia. (Korsch, 1975, p. 52)

La operación resulta útil para un eurocomunista cuya misión dista de transformar las relaciones capitalistas de producción. Bien al contrario, busca preservar el capitalismo enfocando sus propuestas a la transformación política y pretendidamente social de una sociedad que se construye con base al valor y al proceso de valorización del capital. No intento aquí decir que son o no legítimas, subrayo que hay una diferencia entre una y la otra.

Operación de construcción historiográfica, Gramsci bajo patrocinio

Desestalinización y eurocomunismo

No es casual que la obra de Antonio Gramsci sea más conocida que la de Amadeo Bordiga, el verdadero fundador del PCI y que la operación historiográfica del Partido Comunista de Italia se haya centrado en borrar la imagen del fundador del partido para poner en su lugar al estalinista. Entonces era menester como en los evangelios por parte del catolicismo, borrar los acontecimientos que contrastaran el origen contradictorio de Gramsci, para ponerlo como el lúcido artífice creador del PC de Italia[52] (Togliatti, 1971, pp. 46-63). Para eso se publicó su obra, sobre todo de los *Cuadernos de la Cárcel,* que fueron editados en varios volúmenes para el mercado. Al inicio, revisionistas proestalinistas como Palmiro Togliatti, el gran compañero de Gramsci en la dirección después de 1926, y posteriormente Paolo Spriano (1997), Giorgio Galli (1976), Giuseppe Vaca y Giuseppe Fiori (1976), que bajo el auspicio de la reunión de los archivos en el *Instituto Gramsci,* constituyeron la historia oficial de ese partido. Fue una visión sesgada e interesada. Los archivos dificultaron la entrada al historiador John Chiaradia (1974), porque la intención suya fue el trabajo crítico fuera de la versión del Instituto. De los autores clásicos del "gramscianismo" se ha producido una especie de efecto dominó en el que de manera sucesiva historiadores como Donald Sasson (1996), Milosh Hayek (1983, pp. 507-526), Clark y Cortesi (1977) e inclusive Eric Hobsbawm (1994) reproducen las afirmaciones de Spriano o Fiori sin ninguna

52 Dice al respecto Togliatti en "El leninismo en el pensamiento y en la acción de Antonio Gramsci" escrito de 1958 en el *Convegno di studi gramsciani*: "El tema de este informe es de tal naturaleza que existe un tratamiento en muchos aspectos diferente al de los otros temas de la reunión. Estudiar la relación de Gramsci con el leninismo es, en efecto, investigar no sólo las posiciones elaboradas y sostenidas por Gramsci en la discusión filosófica y doctrinal, sino su vida como hombre político, fundador y dirigente del partido de vanguardia de la clase obrera italiana".

investigación y sin constatar de manera documental los acontecimientos que dieron origen al Partido Comunista de Italia.

Dos son las necesidades coyunturales. La primera responde a la adaptación que persigue Palmiro Togliatti tras el proceso de desestalinización, que viene del XX Congreso del PCUS. En este periodo se prefabrica al Gramsci crítico del estalinismo, falsificando su papel de "fundador" del PCI (Togliatti, 1971, pp. 46-63) y ocultando su posición de alineamiento a Moscú. Como Chiarada nos va mostrando documentalmente, no existe evidencia de que Gramsci haya variado sus posiciones en relación con la postura del "socialismo en un solo país" o contra la revolución permanente o el propio Trotski, ni siquiera en los *Cuadernos de la Cárcel*. Así como se prefabrica el papel protagonista de Gramsci en la fundación del PC de I cuando los documentos muestran no sólo que mantuvo confusiones serias acerca de la guerra y el militarismo a principios de 1914, sino que su intervención en la fracción abstencionista[53] entre 1919 y 1921 fue irrelevante.

En un segundo momento, rumbo a la disolución del PCI como partido comunista a partido electoral nacional, por el eurocomunismo, se refuerza la figura de Gramsci como el creador de la concepción de la sociedad civil y la hegemonía de la sociedad política. Después del XX Congreso del PCUS el autor de los *Cuadernos de la cárcel* fue recuperado por Togliatti[54] e incluso que fue presentado como un activo antiestalinista. El Gramsci de la hegemonía de una sociedad civil, que no es otra cosa que la democracia popular, fue la operación para maquillar la adhesión del PCI a la posición estalinista del Frente Popular.

Recuperación de Gramsci por los teóricos de la cultura popular

Como si se tratara de un sociólogo al estilo de Pierre Bourdieu, algunos académicos abstraen los conceptos de los *Cuadernos de la cárcel* para acomodarlos a sus intereses en el estudio de la cultura popular. Una especie de palimpsesto en el que la historia de las sociedades hasta nuestros días es la historia de las distintas luchas culturales y sociales de los pobres contra los ricos. Es curioso que el concepto clases subalternas se mencione sólo treinta y cinco veces en todos los cuadernos de la cárcel, sobre todo como título para enunciar problemas específicos en sectores de la sociedad, se contrapone al concepto de lucha de clases en Marx. La cultura popular para algunos colegas es interpretada como cultura "alternativa" versus la cultura dominante. La fabrica-

---

53 La fracción abstencionista del PSI después de 1919 fue el núcleo de formación de Partido Comunista en el famoso grupo de la renovación, del que se prefabricó una supuesta relevancia de que Gramsci lo fundó, cuando éste no estuvo, puesto que vivió en ese tiempo en la URSS.

54 En su tesis doctoral Chiaradia menciona que durante su estancia en la secretaria general entre 1926 y 1924 el ex agente de la NKVD se dedica a acabar con el recuerdo de Bordiga y a desprestigiar su contribución, es la razón por la cual Bordiga será expulsado de la anales del PCI y de la IC,

ción de conceptos que van más allá del mismo contexto de la discusión, de la obra de Gramsci, que fue estirada para el interés sociológico de revisar fenómenos como la cultura cotidiana, el micropoder y las expresiones de los modos culturales en los estratos sociales.

No es que estos temas no sean importantes, pero el contexto de las discusiones de la sociología cultural y la actuación de Gramsci en los 20 no tienen relación entre sí. Las bases de Gramsci no son las preocupaciones de un Massimo Modonesi sino los temas que se discuten en la revolución entre los 20 y los 30. Temas tales como el papel del partido, el socialismo en un solo país y el Estado proletario que subyace en su planteamiento. Gramsci no se adelanta y expone los problemas de la cultura y la vida cotidiana que tratan los intelectuales franceses, se encuentra más bien en diálogo con su presente (hoy pasado) y no con el futuro. Por eso, recoge los conceptos y las preocupaciones, los conceptos por la formación de un Estado nacional que él cree que es proletario y que viene esbozando en sus escritos previos como "La Conquista del Estado" en el que confunde los consejos de fábrica como elementos futuros del Estado socialista (Gramsci, 1973, pp. 26-34). Las conexiones no existen, las han fabricado algunos académicos contemporáneos y no tienen que ver entre sí. Una carencia absoluta de trabajo hermenéutico y una aplicación mecánica y mítica de conceptos que no guardan relación. Un problema de crítica de fuentes.

Gramsci en su contexto histórico entre 1914 y 1924

La relación de sentido en la obra de Gramsci es expresión del proceso de bolchevización y estalinización de los Partidos Comunistas entre 1923 y 1927. No tiene que ver ni con la desestalinización después de 1956, a la muerte de Stalin, y mucho menos con un tipo de sociología del poder, la democracia y la vida cotidiana. Es más bien un escritor con una posición política en el contexto de la acción de un partido y se encuentra inserto en una coyuntura que mira la realidad desde una concepción del mundo que debate con otras concepciones a las que se contrapone, entre ellas la de Trotsky y la izquierda comunista italiana con Amadeo Bordiga a la cabeza.

Del Gramsci pretendidamente democrático al Gramsci manipulador

La revisión de la coyuntura entre 1923 y 1924 nos muestra una cara totalmente distinta. Lejos del Gramsci "democrático" la lectura paranoica[55] de los burócratas de los

---

55 Lo digo en el sentido que utiliza Eco en su *Interpretación y sobreinterpretación*, que establece que la lectura también tiene un espacio de posibilidades. Leer más allá de esas posibilidades es sobre interpretar los textos. Tal es el caso de Gramsci cuyo enfoque es el Estado y la cultura como el motor de este de la fusión de la sociedad política y la sociedad civil en el bloque histórico.

partidos de Izquierda electoral o los adictos al culturalismo, nos revela por el contrario una lucha en medio de una revolución social en la que lo que se juega es la toma del poder por la clase obrera en ese periodo. Para quién no está informado de las estaciones históricas de las revoluciones italianas, eclipsadas en ocasiones por la propia historia del fascismo, hay que recorrer algunos momentos; las confusiones sobre la guerra.

Los errores de percepción de Gramsci no provienen sólo de su inexperiencia. Las personas a pesar de enrolarse en movimientos tienen una ontología que persiste a lo largo del tiempo. Son quiénes son. Si no existen las posiciones claras sobre el internacionalismo proletario y una comprensión sobre el capitalismo, es muy fácil perderse en las formas superficiales de la sociedad. La incomprensión del Estado nacional y la guerra no es un asunto menor. Gramsci no concibe el capitalismo como un sistema de explotación económica y cree que el problema es la hegemonía de determinados grupos dentro del Estado y la sociedad. Reduce su comprensión a las formas políticas, sin entender que el funcionamiento del capital es sobre todo un proceso material e histórico que se basa en el dominio de los sistemas de trabajo por el capital[56] y que eso es lo que le da soporte al dominio social.

Para establecer un ejemplo o analogía, es como si quisiéramos explicar la evolución de los organismos vivos y la variabilidad omitiendo la tesis de la sobrevivencia del más apto. Para el capitalismo, es ineludible la problemática del valor y la subordinación del proceso de trabajo al capital. No hay capital, si no hay extracción de plusvalía. Simplemente lo que no se amolde a esto, no es marxista. No es un asunto menor. La guerra no se puede entender en este sistema como un acto meramente político o violento; es necesario entender que a los problemas de la guerra se agrega el interés de los nuevos mercados, el dominio de estos y la necesidad de superar las contradicciones internas del capital, mediante la conquista y la competencia entre potencias. Para Rosa Luxemburg era claro, para Gramsci tomar partido en la guerra se producía por su posición inherente de apoyar la idea de un estado nacional como indispensable. Más adelante no tendría problemas para aceptar la posición estalinista del socialismo en un solo país.

La pregunta central a *Los cuadernos de la cárcel* no ronda en el papel de los intelectuales orgánicos, sino en la visión histórica e interpretación correcta de si estos corresponden y se acoplan a la visión que Gramsci tiene del socialismo nacional, una visión estatizada donde el modo de producción capitalista aparece intocado, porque

---

56 Su concepto de hegemonía no tiene que ver con el concepto dominación utilizado por Marx. Para Marx el capitalismo es explotación en el proceso de trabajo, extracción de valor y plusvalor y por lo tanto creación de capitalismo. Para Gramsci el enfoque es la hegemonía de las "clases dominantes" sobre las *clases subalternas*, es decir una noción mucho más sociológica y por cierto no está definida con claridad. En la mesa redonda que dio origen a este artículo Sobre Gramsci y la izquierda mexicana llevado a cabo en el Museo León Trotski de la Ciudad de México en 2018 quedó muy evidente que algunas de las fuentes de Gramsci son Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto. La atracción que sienten los partidos neoestalinistas no es gratuito.

sencillamente no se atacan en ninguna parte las relaciones de producción capitalista y por otra parte, pretende construir como socialista una sociedad en la que el Estado está constituido bajo la hegemonía del pueblo. Muy parecida a la democracia popular estalinista. Pero el lenguaje se desambigua cuando tenemos los contextos históricos y culturales. Hoy podemos entender las fantasías del eurocomunismo de una sociedad democrática y de un Gramsci que propone la hegemonía de la sociedad civil sobre la sociedad política, para crear, lo que ellos dicen, un Estado democrático. Y eso es ya de por sí una confesión cínica de quiénes ya no aspiran a la construcción, ni siquiera del socialismo nacional, sino que desean integrarse a la sociedad italiana como su clase política.

Sin embargo, no hay que ser tan optimistas. ¿No fue Hitler y el nacional socialismo el que logró la hegemonía de las masas sobre el Estado para lograr el proyecto de lo que él define como Alemania? ¿Se puede dudar que en 1936 Hitler tenía el "consenso" de las mismas? O qué José Stalin no presentaba el mismo cuadro en la Unión Soviética. ¿Pensaría Antonio Gramsci la hegemonía de la sociedad civil sobre la sociedad política como la sociedad francesa al triunfo del Partido Socialista Francés? No, o quizás no se imaginó la formación de lo que se dio a llamar "las democracias populares en los países del este".

En los *Cuadernos de la cárcel* no se observa ningún deslinde de Gramsci alrededor de la URSS, de la política estalinista del PCUS o de su rol como secretario de un PCI que representaba la política de la III Internacional en Italia en 1924. Lo que tenemos son un conjunto de disquisiciones sobre el funcionamiento cultural de la sociedad y el Estado, y el propósito de que el Estado sea conquistado por las masas del pueblo, léase clases subalternas. Pero se abstrae de la columna vertebral del funcionamiento del capitalismo, la teoría del valor. Da la impresión de que no leyó *El Capital* y que lo menospreciaba. Se podrá decir que la represión fascista condicionó las reflexiones de Gramsci y que los *Cuadernos de la cárcel* representan un acto de contrición en torno a la derrota. Sin embargo, los *Cuadernos de la Cárcel* son una construcción ambigua que han tenido la función de servir para todo[57].

Gramsci no supo descifrar tampoco la realidad de su momento histórico, a diferencia de la izquierda comunista y Bordiga, jamás previó el término en 1945 con la caída del régimen fascista derrotado por las potencias occidentales, de la continuidad capitalista. Parece paradójico, pero el teórico de la realidad social término sus días excarcelado por su salud y sin renunciar a la Secretaría General del PCI, suplicando que lo regresaran a Rusia. Como en la Europa previa a 1914, los partidos socialistas debatían la expectativa de una guerra mundial capitalista que ya se encontraba en la puerta. Como en el resto de occidente, la socialdemocracia se dividió frente a esta

---

57 Al respecto, Eco nos menciona que el texto puede ser un artefacto incontrolable. Lo produce el autor, pero no sabe exactamente qué ocurrirá con él o como será leído. El objetivo de sus textos no fueron algún proyecto para el futuro, sino una revisión teórica de su pasado.

cuestión y el revisionismo terminó transitando al apoyo descarado de sus respectivos Estados nacionales; desde los parlamentos en favor de la guerra.

Quienes resistieron contra el militarismo y se opusieron a la guerra, al mismo tiempo reivindicaron la necesidad de la toma del poder y la vigencia del programa revolucionario y se opusieron al revisionismo del marxismo. En muchos casos eran minorías que fueron marginadas, perseguidas y encarceladas durante la guerra. Fue el sello de fuego de quiénes pertenecían a uno y otro bando y está asociada con nombres como el de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Antón Pannekoek, Vladimir Ilich Ulianof (Lenin), Clara Zetkin, Lev Davidovich Braunstein (Trotski), John Reed y el propio Amadeo Bordiga en Italia. Un movimiento social que formó un frente de defensa del marxismo y las posiciones proletarias frente a la guerra.

En Italia, el Partido Socialista era mayoritariamente antibelicista, aunque la mayoría del partido era también profundamente reformista. La izquierda socialista en Italia se formó también de una manera tardía y surgió en el sur, en la sección de jóvenes socialistas de Nápoles encabezado por Amadeo Bordiga (Bourrinet. 2020). Un sector minoritario del PSI apoyó la entrada de Italia a la guerra, financiados por el Partido Socialista Francés. Este hecho está ligado a la defenestración de Benito Mussolini como director de "Il Avanti" y del propio Partido Socialista por la publicación del artículo "De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operativa". En el mismo periodo Gramsci asume una posición similar:

> La tarea del partido italiano no era diferente del búlgaro, del alemán, o del ruso, al cual debe ser agregada una consulta. Es el papel del partido para ganar la nación, una superestructura política necesaria para la legitimación y la defensa del gobierno burgués exitoso e intereses en los que se encuentran gobernantes y clases explotadas;[...] el partido aclara para la clase obrera el conflicto irreconciliable subyacente la clase en lucha y trae perspectiva de largo plazo a esas luchas rondan: el conocimiento de un socialismo que trasciende las líneas nacionales, la razón por la que Marx recalca desde el principio la similitud supranacional de los intereses de la clase obrera?. Significativamente, decir eso es no mencionar por Gramsci, como estos "italianos" y sus "características nacionales " encajan con la obligación internacional del partido socialista en ese punto de la guerra internacional y la crisis socialista. (Chiaradia, 1974, p. 45)

La neutralidad activa conlleva el apoyo a la Entente y eso a la larga se demostró como un apoyo a la guerra. Pero más allá de este desliz temprano del joven Antonio que lo acomoda en la vía del apoyo al Estado nacional italiano y con ello su coqueteo con el nacionalismo y con la postura de Mussolini, persistirá desde luego en sus escritos posteriores. Si bien con más precaución y barroquismo, sus posiciones no variaron demasiado. Nacionalismo y apego al Estado son posiciones que se construyen desde una concepción idealista que rechaza la concepción materialista de la historia y cuya confusión lo llevó al apoyo de los intervencionistas en la guerra de 1914. Más adelante,

la acción de Gramsci en el periodo revolucionario no tuvo el peso que los revolucionarios italianos si tuvieron. Si bien el ordovinismo estuvo presente en las discusiones, sus posiciones se salían del cuadro revolucionario. Apegado al parlamentarismo, al sindicalismo revolucionario de Georges Sorel, al reformismo y a una visión confusa sobre el Estado nacional y la guerra.

En la reconstrucción histórica encontramos de manera descarnada al Gramsci estalinista, manipulador, autoritario y contrarrevolucionario que la literatura revisionista ha querido presentar como lo contrario. El autor milanés, configuraba la minoría entre 1921 y 1922 mientras que la "siniestra comunista", la Izquierda, es claramente el grupo mayoritario. La acción de Gramsci fue su colaboración para reducir y expulsar a los comunistas del Partido controlándolo finalmente en el Congreso de Lyon en 1924. El contexto no se puede evadir. La defenestración de Trotski del Partido en Rusia, la condena y persecución contra la oposición a Stalin y la homogenización de los Partidos Comunistas al PC ruso. Para ello, a su regreso de Rusia, aprovechando el encarcelamiento de Bordiga, ocupó la dirigencia del Partido y desde ella expulsó con métodos estalinistas a toda la oposición de izquierda que no se alineaba a la bolchevización rusa. Fue la forma de preparar la celebración del Congreso de Lyon desde donde vino el proceso de depuración.

La acción, como hemos establecido no fue aislada, estaba sucediendo en todos los partidos comunistas y representó el momento histórico en el que, ante la expectativa de que la revolución mundial se encontraba en reflujo, la discusión volvió a un tema central como aquél que hemos referido en el asunto de la guerra. ¿Qué hacer frente a las condiciones mundiales?

La discusión de la "revolución permanente" o de la ruptura con el marxismo es el tema central en ese momento. En 1920 se había cerrado el corredor de Rusia a Alemania a través de Varsovia y en 1921 la jornada de marzo había cancelado la posibilidad de triunfo en la revolución en Alemania. En Italia, un país con menores posibilidades, la contrarrevolución había desarmado prácticamente la respuesta proletaria y preparaba el camino para consolidar el fascismo tras la muerte del diputado Matteotti.

Se enfrentaron en ese momento dos campos y concepciones contrapuestas. La posición revolucionaria de la "revolución permanente" que venía desde Marx[58] y que consiste en que el proletariado puede asumir las funciones que la burguesía abandonó de consolidar la supresión del Estado feudal, pasar a la democracia liberal y continuar hacia la construcción del socialismo. Y la concepción contraria defendida primero por Bujarin y posteriormente por Stalin de construir un socialismo aislado y por lo tanto nacional. Trotski mismo es agudo al señalarlo:

---

58 Existe diferencia entre la revolución en permanencia que platea Marx en el 18 Brumario y la Guerra civil en Francia y el planteamiento de Trotsky en la revolución permanente. No es el tema central aquí, pero lo desarrollaré más adelante en otro trabajo.

> Este viraje de espaldas al marxismo de la "escuela" de Stalin ante los problemas de la edificación socialista no es menos completo y radical en el terreno de los principios de lo que fije, por ejemplo, la ruptura con la socialdemocracia alemana con el patriotismo en el otoño de 1914; es decir, diez años justos antes del cambio de frente operado por Stalin. Y la comparación no es casual, ni mucho menos. El "error" de Stalin tiene exactamente el mismo nombre que el de la socialdemocracia alemana: se llama socialismo nacionalista.
> El marxismo parte del concepto de la economía mundial, no como amalgama de partículas nacionales, sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, que impera en los tiempos que corremos sobre los mercados nacionales. (Trotski, 1972, p. 12)

Como hemos leído en los primeros escritos de Gramsci sobre sus posturas en torno a la neutralidad activa y operante, lo que se trasluce es una visión estatalista de un socialismo nacional, que es totalmente alejada a la forma como el discurso crítico comunista ha venido planteando la problemática. Así que no es casual el encuentro de Gramsci con los portavoces de ese socialismo nacional aglutinado en torno al llamado grupo centrista en el que participaba Bujarín y Kamenef y al que se sumaría más tarde Stalin:

> La política del "socialismo en un país" llevaba similitud y era probablemente tomado como confirmación de su propia inclinación anterior a una identidad nacionalsocialista. "En la historia de la tercera internacional", señaló Riechers, "las tesis de Lyon fueron uno de los primeros documentos de un camino nacional al socialismo."[254] Ernesto Ragionieri observó la afinidad al afirmar el "apoyo incuestionable" de Gramsci a la política de Stalin: "la política del socialismo en un país era complementaria (Perfettamente aderente) a las necesidades de la historia de entrar en la fase fuera de una guerra de posición [...]". Cortési fue más allá: "el concepto de hegemonía, central a la elaboración de Gramsci [...] se unió al estalinismo, convirtiéndose en un corpus en la reevaluación del papel Nacional de la clase obrera, la fuerza motriz (filo conduttore) in gramscismo y el pensamiento de Gramsci". (Chiaradia, 1974, pp. 254-255)

La imposición de Antonio Gramsci como secretario general del Partido Comunista de Italia no fue sólo un conjunto de maniobras apoyadas desde Moscú y el grupo centrista de la Internacional; fue parte del proceso de bolchevización y estalinización de los partidos. Por eso, en la historia de la revolución italiana aparece un Antonio sin relevancia y confuso, un vacío que la historiografía debía llenar para vincularlo con la mentira de que fue el artífice de la creación del partido y no quién puso al partido en manos del estalinismo:

> En el curso de 1923 Gramsci se alineó políticamente con los líderes soviéticos triunfantes. Puede que haya empezado con Zinoviev, pero terminó con Stalin.

> Este abrazo marcó el inicio del movimiento PC de I a la derecha, el cambio de sus tácticas políticas, sobre la evisceración de su ideología. Como se indicó anteriormente, no hay evidencia escrita clara de que Gramsci haya roto alguna vez con Stalin, entonces o en sus últimos años. (Chiaradia, 1974, pp. 254-255)

Y lo hizo de la peor manera. Entre 1923 y 1924, Gramsci no actuó muy diferente al estalinismo soviético. Pero esta parte de la historia ha sido maquillada por el historiador Boggs y por Luigi Femia (Chiaradia, 1974, pp. 254-255) al querer empatar la posición de Gramsci que se oponía a la subordinación de las organizaciones económicas al partido, por la posición bordiguista del partido como dirigente de las organizaciones económicas (Togliatti, 1971, pp. 46-63). El desplazamiento para llegar a Lyon bajo el estilo estalinista, nos muestra una cara realmente diferente, carente de escrúpulos. Expulsiones, maniobras de anulación, omisión de credencializar delegados, supresión de los adversarios mediante campañas de difamación y calumnias. El resultado fue que al arribo del Congreso de Lyon en el que la "democracia" estalinista triunfó, suprimiendo a los que no deberían votar.

Aprovechando el encarcelamiento de Bordiga desde 1923, el ataque después del Congreso de Lyon fue acusarlo de trotskista. Acusaciones que como en la España del PCE al POUM pasaron a la absurda de colaborar con el fascismo[59]. Andreu Nin siguió el mismo recorrido y recordamos del papel que Togliatti tuvo en España como agente de la NKVD. Resaltamos que Gramsci jamás rectificó sus posiciones anti-Trotski, porque es evidente la fuente de donde provenía su posición de secretario general. Estos ataques continuaron antes del proceso de desestalinización del XX Congreso del PCUS.

Conclusiones: Incomprensiones comunes por falta de contexto histórico-cultural

Expondré algunas de las dificultades para leer a Gramsci en algunos de sus temas más aludidos con los *Cuadernos de la Cárcel*, que han sido hermenéuticamente mal trabajados y que constituyen una lectura de sobreinterpretación en muchos casos. El primer tema se refiere a la discusión de los Consejos Obreros, que nada tienen que ver con los Sóviets rusos. El segundo la forma como Gramsci concibe la acción política de masas y la incidencia social de transformación.

---

59 Togliatti tras la muerte de Gramsci se esfuerza por acusarlo de colaborador de los fascistas. "Bordiga vive tranquilo en Italia, es un policía protegido por el fascismo, secundó al trotskismo y traicionó a los trabajadores que le odian".

Gramsci como sindicalista revolucionario

Una de las discusiones centrales en los años 20 fue el asunto ante los consejos obreros. La literatura y el propio Gramsci tienden a confundir los consejos de fábrica, con los consejos obreros de Rusia los Sóviets. La interpretación de las nociones de Gramsci en torno a las organizaciones de fábrica debe entenderse en el antecedente de las cámaras del trabajo; organizaciones gremiales por oficio u profesión. Son organizaciones económicas más bien destinadas a la defensa de un núcleo de trabajadores y sus intereses laborales[60]. Esa noción limitada, sindicalista revolucionaria, no puede compararse con el movimiento que se produjo en Rusia con los Sóviets o Consejos Obreros. Los Sóviets fueron un movimiento social que articuló a la clase en su conjunto y que aspiró a la toma del poder político y la dirección de la sociedad y que se pone por encima de los intereses particulares de una rama u oficio.

El primer problema que tiene Gramsci es que ve en las organizaciones de fábrica el puntal de la revolución, una noción totalmente contraria a la formación de un poder obrero como es el de los Sóviets. La segunda cosa es que para Gramsci el partido comunista tenía un papel secundario y se tenía que subordinar a las organizaciones económicas, es decir a los sindicatos.

La respuesta de Bordiga a esta propuesta es:

> El verdadero instrumento de la lucha por la liberación del proletariado y particularmente para la conquista del poder político es el partido de clase, comunista. En el poder burgués los consejos obreros sólo pueden ser organismos dentro de los cuales trabaja el partido comunista, que es el motor de la revolución.

Decir que los consejos son los órganos de liberación del proletariado, sin hablar de la función del partido, como lo hace el programa del Congreso de Bolonia, nos parece un error.

> Defender, como los camaradas de *L'Ordine Nuovo* de Turín, que antes de la caída de la burguesía, los consejos obreros son ya no sólo órganos de lucha política sino de la configuración económico-técnica del sistema comunista, es un retorno puro y simple al gradualismo socialista. Este gradualismo, llámese reformismo o sindicalismo, este marcado por el error de que el proletariado puede emanciparse ganando terreno en las relaciones económicas cuando todavía el capitalismo detenta, mediante el Estado. El poder político. (1977, p. 99)

---

60 Se traducen más bien como comisiones bilaterales en las que patrones y trabajadores negocian por el contrario a los consejos obreros rusos que son organizaciones sociales y militares de defensa, coordinación y representación territoriales.

Gramsci creyó que los organismos de fábrica, comisiones bilaterales, eran en sí mismos la estructura social que podría dar soporte a la revolución socialista. Su confusión consistió en que no entendió la importancia del programa y del partido para la toma del poder por parte de los trabajadores, un programa político de transformación que sólo es posible con el partido de la clase obrera. La confusión consiste en que Gramsci piensa que solo es posible con una coalición de fuerzas democráticas, sin cambiar profundamente la sociedad a través de la toma del poder. Es adherente al frentismo y el interclasismo propio del estalinismo.

El problema de la acción política

Cuando se concibe la acción política y al Estado como un socialismo nacional, el idealismo aflora. No es un problema de que Gramsci no fuese inteligente o que fuese simplemente un oportunista. Chiaradia lo refiere así:

> Sería crudamente simplista ver a Gramsci como un mero "oportunista "que se deslizó en el vacío dejado por la renuncia de Bordiga un factor decididamente contributivo fue la coincidencia en el pensamiento entre Gramsci y el nuevo grupo líder en Moscú. La política del "socialismo en un país" llevaba similitud y era probablemente tomado como confirmación de su propia inclinación anterior a una identidad nacional-socialista. "En la historia de la tercera internacional", señaló Riechers, "las tesis de Lyon fue uno de los primeros documentos de un camino nacional al socialismo". (1974, p. 156)

Es decir, no era confuso o no inteligente, simplemente no es un comunista en un sentido internacionalista y por lo tanto acaricia las ideas del nacionalismo socialista con mucha naturalidad. La acción política de clase entonces es sólo de forma y no esencialmente objetiva sino es un conjunto de ideas que subyacen en la cabeza de los intelectuales y la cultura.

El presente trabajo no busca resolver estas cuestiones sino abrir a la discusión pasajes historiográficos que la historia considera cerrados y que constituyen un reto al pensamiento crítico y a la reconstrucción histórica.

Referencias bibliográficas:

Philippe Bourrinet (2020). *La Izquierda Comunista de Italia (1919-1999). Historia de la corriente "bordiguista"*. Left Dis. https://www.left-dis.nl/e/gci/gci-e.pdf

Chiarada, J. (2012). *Amadeo Bordiga y el mito de Antonio Gramsci*. Columbia versión electrónica. https://libcom.org/library/amadeo-bordiga-myth-antonio-gramsci-john-chiaradia

Chiaradia, J. (1974). *La Espectral figura de Amadeo Bordiga. Un estudio de caso en el declinar del marxismo en occidente* [Tesis doctoral, Universidad de Nueva York].

Cortesi, L. (1971). *I primi dici anni di PCI*. Bateza.
Eco, U. (2017). *La sobreinterpetación de los textos*. Cambridge University Press.
Fiori, G. (1976). *Vida de Antonio Gramsci.* Ediciones Península.
Galli, G. (1976). *La storia del PCI*. Tasabali Bonpiani.
Gramsci, A. (1973). *Consejos de Fábrica y Estado de la clase obrera* (Vol. 16). Roca.
Hayek, M. (1983). El comunismo de izquierda. En E. Hobsbawm (dir.), *Historia del marxismo. La época de la III Internacional* (pp. 507-526). Editorial Bruguera.
Hobsbawm, E. (1994). *La era de ellos extremos.* Pantheon Books.
Korsch, K. (1975). *Karl Marx* (vol. 100). Editorial Ariel.
Sasson, D. (1996). *Cien años de socialismo.* Editorial EDHASA
Spriano, P. (1997). *De Bordiga a Gramsci*. Einaudi
Togliatti, P (1971). El leninismo en el pensamiento y la acción de Antonio Gramsci. En A. Rossi (trad.), *Escritos Políticos* (pp. 46-63). Era.
Trotsky, L. (1972). *La revolución permanente*. Juan Pablos.

REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS
LAS TRAMPAS DE LA HISTORIOGRAFÍA NEOCONSERVADORA

Juan Manuel Santana Pérez
José Manuel Rodríguez Pellejero
Universidad de las Palmas de Gran Canaria

Hoy en día funcionan dos grandes conceptos-palabras míticos: globalización y civilización, cuyas características reales son el global totalitarismo cultural y el supuesto triunfo indiscutible del capitalismo. Pero como nos previne Gusdorf (1957, p. 98): "los problemas de vocabulario son demasiado serios para ser abandonados a la competencia de los lingüistas únicamente"

La política económica de los Estados ha dado un giro histórico que ha cambiado diametralmente su sentido, es un giro histórico de alcances profundos y grandes consecuencias (Echeverría, 1995, p. 40). Se trata de todo un modelo económico y una base ideológica que lo justifica, que viene a ser una reedición de los intentos de perpetuación y de justificación de las relaciones de dependencia entre los países ricos y los países pobres que genera una línea divisoria entre unas naciones y otras que aumenta cada día, con la definitiva conversión de las instituciones internacionales en meros instrumentos de ratificación de las políticas del capital. Estas relaciones han desgarrado el tejido político, cultural y económico de las sociedades nacionales, ha asimilado a unos pocos y ha explotado a la mayoría (Petras, 1997, p 79).

La globalización se nos presenta como la única perspectiva científica posible, lo que ha llevado consigo una reorientación de todas las ciencias sociales en general y, particularmente, de la historia. Este nuevo escenario caracterizado por la hegemonía del capital financiero y especulativo no es cuestionado por nadie, al contrario, se presenta como la panacea deseable, en medio de un proceso caracterizado por la intensa ampliación de las áreas geográficas de libre intervención del capital. En opinión de Eduardo Devés (2017, p. 601) el tema de la globalización es el más importante que ha sido ampliamente pensado en la periferia después de la caída del muro de Berlín.

Ya algunos historiadores han señalado con gran acierto que la intensificación del proceso de globalización hace necesario que estemos alerta ante la fría lógica de dominación impuesta por los centros hegemónicos del capital. No es sólo la sumisión económica que está en juego, sino también se trata de la masificación de la cultura, que niega las diferencias en nombre de un proceso globalizador, en el cual las diferencias de unos pocos se imponen para muchos (Zarth, 1996, p. 3).

Paradójicamente, unido a ese discurso de la globalización, los argumentos filosóficos oficialistas de la década de los noventa del siglo XX han ido en un camino desintegrador que intenta acabar con cualquier proyecto de trasformación de las relaciones desiguales tanto en el marco europeo, con dos velocidades distintas en el presunto desarrollo y en el espacio americano con dos mundos interdependientes, pero con los beneficios focalizados en los países del norte. Algunos historiadores de gran prestigio y que defienden posturas políticas supuestamente socializantes, como Santos Juliá, están defendiendo estos mismos presupuestos que niegan cualquier posibilidad de reconstrucción de una historia total, al tiempo que pronostica que el futuro de nuestra profesión está en el abandono de las interpretaciones coherentes de una totalidad, debiendo contentarnos con razones parciales (Juliá, 1990, pp. 25-29; Barros, 1996, p. 69). Creemos necesario recuperar el sentido de globalidad interpretativa, son necesarias las interpretaciones globales que expliquen el mundo en su conjunto, porque si no resulta inaprehensible (Santana Pérez, 2004), pp. 107-127).

Probablemente los temas-problemas que han sido afectados por la globalización, junto al de la economía, han sido los de la educación, la ciencia, la tecnología y la universidad. La globalización es un fenómeno económico, pero es principalmente un hecho que atañe al conocimiento y a la circulación de la información, con esto, el tema de la globalización ha hecho patente el problema de las identidades (Devés Valdés, 2004, pp. 192-197).

Las teorías neoconservadoras que consagran el sistema capitalista y la democracia representativa han irrumpido en el siglo XXI como una nueva ideología. La historiografía mundial había estado marcada por los influjos de teorías historiográficas de lugares más pujantes, con énfasis en aspectos sociales y económicos, principalmente Francia a través de *Ecole des Hautes Études des Sciences Sociales,* y Gran Bretaña en torno a posturas cercanas al materialismo histórico.

En el plano histórico asistimos a la vuelta del protagonismo de los acontecimientos y de los cambios realizados en el día a día, incrementado tras nuevos sucesos (Sanmartín, 2007, p. 293), todo transcurre mucho más deprisa de lo que resulta factible controlar.

La teoría del fin de la historia de Fukuyama, puso de relieve la acción de los hombres orientada a ser reconocidos, respetados como seres humanos y sociales, sin necesidad de someterse ni de someter a nadie al dominio de algo o de alguien en contra de su voluntad. Para él, la democracia burguesa es el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, la forma final de gobierno, y, en consecuencia, marca el fin de la Historia (Fukuyama, 1989; Fukuyama, 1992; Fukuyama, 1989b, Sanmartín, 2004). Según Fukuyama, el reconocimiento ha sido el motor de la historia, y no la lucha de clases, como lo afirma el marxismo; para este autor los hombres luchan por ser valorados, respetados por lo que son y no por lo que representan o tienen, esta sería la clave del reconocimiento en su sentido moderno (estado social o de derecho), muy distinto a aquel que existía en los principios de la humanidad (estado natural). Lo que nos interesa, realmente, no es la tesis particular de Fukuyama, sino de la situación y la práctica académica en nuestra disciplina y del papel de los historiadores en la creación del discurso público y el pensamiento político.

Este esquema no era novedoso, ya en el positivismo, y concretamente en Comte, se piensa en el fin de la historia vinculado al triunfo del libre mercado. La causalidad estructural y la atribución del curso de la historia a colectividades, cada vez más, va dejando paso a sujetos individuales, sus acciones quedan patentes en las manifestaciones culturales. Todo esto se expresa en un retorno de las biografías, en muchas ocasiones, sin ser sometidas a una actualización historiográfica, sin menospreciar algunos trabajos bien elaborados (Dosse, 2007).

En el libro de Fukuyama, así como en su posterior apología, observamos una notable influencia del pensamiento hegeliano, sobre todo, en su punto de llegada. Fukuyama habló de *El fin de la Historia y el último hombre*, con un discurso hegeliano, pero cuando aún las imprentas de su libro todavía estaban calientes, la historia se acelera con los enfrentamientos entre el Imperio americano y los países subdesarrollados, empieza la Guerra del Golfo de 1991.

Como decimos, la filosofía implícita en la obra de Fukuyama es claramente hegeliana (Ryam, 1992), mientras que el postmodernismo está más emparentado a Nietzche. Podemos ver una crítica a esa postura en Joschka Fischer quien se basa en Hegel para decirnos que proporciona más satisfacción aprender de la realidad que adoctrinarla, dado que la realidad no es exclusivamente lo fáctico ni se reduce a lo actualmente posible, la obra de J. Fischer, es al mismo tiempo, una declaración a favor de mantener la capacidad de sorpresa porque el futuro todavía puede sorprendernos (Fischer, 2006).

Asumir con Fukuyama que sólo hay un sistema de Estado que continuará dominando la política mundial (el del Occidente que se autodenomina liberal y democrático) y el fin de las guerras, resultaba cada vez más difícil a tenor de los numerosos casos de agresión contra la gran potencia occidental que se sucedían incluso después de la caída del muro:

Esos hechos hacen que haya sido cuestionada la idea del fin de la Historia, esto es, el fin de las guerras y la existencia de un único sistema de Estado.

Si los casos de agresión contra el imperio (Hardt y Negri, 2004) ponen en entredicho la teoría del fin de la Historia y la hegemonía del Estado democrático y liberal de Occidente, los acontecimientos desencadenados a partir de los ataques[61] a las Torres Gemelas y al Pentágono realizados el 11 de septiembre de 2001 han provocado, al menos en apariencia, un sorpresivo e inédito vuelco en el escenario internacional y en la concepción del nuevo orden mundial. Tras el atentado se produjo un cambio en las relaciones internacionales, que no se había producido desde la caída del Muro de Berlín. Este nuevo hito histórico conlleva la necesidad de un nuevo paradigma explicativo y es cuando el pensamiento de Samuel Huntington (1993 y 1997) y su teoría del choque de civilizaciones son rescatados, debido a su aparente clarividencia.

El 13 de septiembre, tras los atentados de 2001, en un artículo publicado en *Financial Times*, Dominique Moise, del Institut Francais des Relations Internationales, decía que la "oscura" predicción de Huntington "suena repentinamente menos extrema, menos abstracta y más plausible". Los terroristas habían logrado que Occidente recuperara el sentido de solidaridad debilitado después de la Guerra Fría. El mejor ejemplo era la afirmación "todos somos americanos" que había elegido como titular de su primera plana el diario *Le Monde*, una publicación, señalaba Moise, "bien conocida en los cincuenta por sus puntos de vista neutrales y, más recientemente, por sus posiciones a menudo antiamericanas"[62].

---

61 Ataque *versus* Atentado son utilizados como sinónimos en este caso, pero las connotaciones del primero hacen referencia a la idea de guerra, mientras que el segundo concepto tiene referencias al terrorismo. Es de resaltar el uso que se hace de cada término en función del momento histórico y de las intenciones del hablante.

62 Extraído de la Web htpp://www.espinoso.org/biblioteca/choquecivilizaciones.htm (por José Eduardo Jorge. Editado por Cambio Cultural y Filópolis

Además, debemos tener en cuenta que las teorías del fin de la Historia se fundamentan en una concepción teórica propia del siglo XIX, de la llamada escuela histórica alemana o escuela historicista, con Leopold von Ranke a la cabeza, dado que consideraba que el sujeto de la historia eran los Estados a los que identificaba con el concepto decimonónico de nación. En esta concepción los Estados tenían una personalidad propia y una idea guiaba sus acciones y su desarrollo. Como individuo, se interrelacionaba con otros Estados. De aquí se deduce que la política exterior de los países y, en consecuencia, las relaciones internacionales constituyen la parte fundamental de la historia y el aspecto que determina el movimiento histórico. En este sentido el militarismo es uno de los aspectos más importantes de las sociedades y las guerras devienen el motor de la historia (Santana Pérez, 2005).

El dato más espectacular que hará reflexionar a los historiadores del futuro es que, con los mismos inicios de la campaña bélica, suben las bolsas, eso es sintomático, *business are business*. Actualmente, sufrimos una propaganda de guerra, por ello la contribución de los historiadores a la paz, debe ser difundiendo estos contramensajes antipensamiento único, tal como decía Julio Cortázar "mientras dure el tiempo de la máscara, todos somos judíos alemanes".

Seguimos descreyendo de las viejas pedagogías que indican que la letra con sangre entra, a través del conocimiento histórico sabemos que no es necesario matar para imponer la paz y la armonía entre Oriente y Occidente y que el fin no justifica los medios.

Cuando muchos insistieron en retomar a Hegel para proclamar "el fin de la historia", nos encontramos no con el enfrentamiento clases ricas-clases pobres, sino con el denominado conflicto Norte-Sur, o más propiamente, países ricos-países pobres. No hay que olvidar en que zona se están desarrollando los combates, en la mayor bolsa de petróleo del mundo. Sin embargo, la visión de la historia que se nos trasmite a través de las teorías implícitas y explícitas acerca del desencadenante de la guerra es lineal, personalizada y ahistórica. Todo es reducido a los devaneos de un supuesto loco sanguinario, Sadam Husein, Muamar Gadafi, seguirán metamorfoseando a antiguos héroes convertidos en nuevos villanos. Debemos partir de que en una guerra hay más de un responsable. Es preciso huir de análisis maniqueistas.

Siempre que estudiamos una guerra en historia, hablamos del desencadenante formal y de las causas profundas, pues bien, con los siglos, esto no ha cambiado mucho. Samuel Huntington y su *Choque de civilizaciones* ya había pronosticado que los enfrentamientos vendrían de las diferencias culturales, religiosas y étnicas, principalmente el enfrentamiento entre Occidente y el mundo musulmán, así sustituía la poco creíble y menos rentable teoría del *Fin de la Historia* de Francis Fukuyama. Esto fue desmontado e ironizado por Edward Said que lo calificó de "choque de ignorancias", diciendo que primero hay civilizar la economía global para civilizar después la sociedad, así como que el Oriente es una representación, un discurso particular construido por Occidente, que nunca existió sino en la mente de los occidentales. Edward Said (2001) ofrece una réplica directa al concepto de choque de civilizaciones en un artículo que el diario *El País* publicó bajo el título de "El choque de ignorancias". Allí lamen-

taba que "el espantoso atentado suicida cometido por un pequeño grupo de militantes trastornados y llenos de motivaciones patológicas se ha utilizado como prueba de la tesis de Huntington".

Todo esto conecta en el mundo anglosajón con una corriente de pensamiento que imprime mayor importancia social y política a los fenómenos culturales, para ellos el individuo en la sociedad actual se encuentra inmerso en las contradicciones culturales del capitalismo, en el que se han conformado tres lógicas antinómicas: hedonismo, eficacia e igualdad. La única salida posible es el recurso a la tradición desechada, la única que puede dar al individuo la seguridad existencial de la que ahora carece.

La invasión de Irak por parte de las tropas angloamericanas, en un primer momento con apoyo del Gobierno español marcó un nuevo orden internacional que viene a ser la extensión de lo que ya se había venido practicando en el siglo XX en América Latina y que ahora con el "mundo globalizado" se extiende a todo el planeta.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que estas ideas del fin de la historia son poco rentables para las industrias relacionadas con las guerras, no exclusivamente las armamentistas, sino de todas aquellas que se benefician con los enfrentamientos bélicos. La "creación de enemigos" es un verdadero mercado.

Las misiones militares de Estados Unidos en el mundo se han multiplicado desde la caída del Muro de Berlín, es decir, antes del 11 de septiembre, después las razones justificativas han sido mayores ante una opinión pública maleable. La economía norteamericana creció con las guerras y su peor década fue cuando detuvo la carrera armamentista. A partir de la nueva estrategia la economía estadounidense mejoró su productividad en un 1,9 % frente al 1,3 % de Europa (Kozuloj, 2005, p. 143). Con la Administración Clinton asistíamos a una especie de *Pax Romana*, su política exterior hallaba legitimación a través de instituciones internacionales como la ONU o la OTAN, pero con el Partido Republicano en el poder se ha apostado por las guerras de "puntos calientes" (Rodríguez Pellejero, 2011).

Huntington vino a contradecir la idea del fin de la historia, trató de ordenar el caos del denominado nuevo orden internacional, buscando la clave de todo en las civilizaciones, para él una civilización es una entidad cultural: pueblos, regiones, grupos étnicos, nacionalidades, grupos religiosos, todos tienen distintos niveles de heterogeneidad cultural (Goberna Falqué, 1999, pp. 261-262). El concepto de civilización se refiere a hechos muy diversos, pero como ha señalado Norbert Elías (1993, p. 57), podemos llegar a la conclusión que este concepto expresa la autoconciencia de Occidente, es decir, resume todo aquello que la sociedad occidental de los últimos dos o tres siglos cree llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas "más primitivas".

Huntington planteó que el mundo del siglo XXI sería mucho más multipolar de lo que algunos pensaban. Otras civilizaciones no sólo habían dejado de sentirse inferiores a Occidente. Con su creciente poder económico, militar y demográfico, empezaban a sentirse seguras de la superioridad de su cultura. Pero el pensamiento de Huntington contrasta, solo parcialmente, con las ideas de Fukuyama. Para Huntington, la dinámica del mundo está marcada por "el choque", el enfrentamiento; pero no

entre clases sociales, no entre Estados, sino entre pueblos, culturas o, como él dice, entre civilizaciones, es decir, se mueve en el esquema de la dialéctica hegeliana, al igual que hemos visto en Fukuyama. Las causas de estos nuevos enfrentamientos están fundamentadas en aspectos muy distintos a los que conocimos durante la mayor parte del siglo XX, que en general fueron causas políticas, militares, económicas e ideológicas. En esta teoría el nuevo estilo de conflicto está basado en las diferencias entre los pueblos y no entre Estados: "En el mundo de la posguerra fría, las banderas son importantes, y también otros símbolos de identidad cultural, entre ellos las cruces, las medias lunas, e incluso los modos de cubrirse la cabeza, porque la cultura tiene importancia, y la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente" (Huntington, 1993, p. 25). Argumenta el mismo autor (1993, p. 39). que serán los pueblos los que originen estos enfrentamientos y los gobiernos seguirán a sus pueblos por luchas de tipo cultural o religiosas. "En el mundo de la posguerra fría, las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales".

La raíz de este pensamiento está en Leo Strauss, quien fue profesor de la Universidad de Chicago entre 1949 y 1969 y por cuyas clases pasaron algunas personas con alta capacidad de decisión en la Administración George W. Bush. Strauss, basándose en Platón, pensaba que, dentro de la sociedad, algunos son aptos para dirigir y otros para ser dirigidos, pero en sus escritos se esconde un interés económico. Decía que "la paz lleva a la decadencia" por lo que recomendaba la "guerra perpetua" (Strauss, 2006), ironizando frente a *La Paz Perpetua* de Kant. Otro de sus antecesores es Bloom, quien en su *best-seller* de 1987 *The Closing of American Mind* recomendaba la eliminación de las políticas de discriminación positivas de las minorías. El término choque de civilizaciones fue acuñado por primera vez por el orientalista Bernard Lewis en un artículo de 1990.

Con base al concepto de civilizaciones, el autor ofrece una clasificación bastante general, de lo que él llama las siete civilizaciones, que serían: la occidental, confuciana (que posteriormente denominó "sínica"), japonesa, islámica, hindú, latinoamericana y africana.

Por otro lado, esta ideología se fundamenta en el miedo al enemigo. La historiografía se ha ocupado de examinar el miedo en general, sobre todo a partir de lo que podemos denominar la tercera generación de *Annales*, en los años 70, cuando aparecieron más investigaciones sobre la realidad cultural, centrado el foco de análisis en este aspecto que tuvo grandes avances tanto en estudios de la Edad Media con J. Le Goff o G. Duby, como en la Edad Moderna con los trabajos de Lefebvre y Delumeau. Bajo la hegemonía del historicismo-positivismo el miedo no tenía cabida en la historia, porque se trataba de buscar ejemplos heroicos de valentía, mientras que los miedos eran el reflejo de la cobardía.

En este marco teórico general hallamos investigaciones clásicas sobre el miedo en la historia, la primera más relevante y la que ha irradiado más en la historiografía fue *La Grande Peur* de 1789 escrito por Georges Lefebvre (1986). El miedo aparece como un elemento dentro del conjunto social, con gran importancia en la mentalidad

colectiva que es la única que permite conocer bien el efecto. Focaliza su análisis en el gran pánico que se vivió en el año que comenzó la revolución francesa y que fue un detonante destacado, muestra que las concentraciones que determinan el estado de las masas únicamente se pueden comprender si penetramos en la conciencia del grupo: voluntad punitiva o reacción defensiva.

También es destacable un artículo publicado por Lucien Febvre (1956, pp. 244-247). en la revista *Annales*, donde se refiere a la necesidad de seguridad relacionado con los temores y el intento por teorizar sobre el papel en la historia de los miedos. Pero la obra de referencia para el estudio del miedo en el antiguo régimen es la que escribió Delumeau en 1978 bajo el título *La peur en Occident*. Hace un análisis desde el siglo XIV hasta el XVIII, profundizando en su tipología y el impacto del pánico de los miedos en la sociedad, la economía y la política (Delumeau, 1989).

El miedo humano, hijo de nuestra imaginación, no es uno, sino múltiples; no es fijo, sino cambiante. Delumeau (1989, p.41) nos ofrece una división de los tipos de temores: los miedos espontáneos y los miedos reflejos. En nuestro análisis nos interesan los miedos espontáneos, aquellos que afectaban a la gran mayoría de la población, nacen de las personas y su imaginación. Los miedos espontáneos pueden ser a su vez permanentes, aquellos que siempre están presente, o cíclicos, porque no solo los individuos tenían miedo, sino también las colectividades. Debemos establecer relaciones entre historia y psicología para abordar este fenómeno relacionado con distintos tipos de subversiones. Otros autores también han investigado sobre el miedo en la historia y han dejado influencias notorias en América Latina como Georges Duby (1998, 2005), Michel Vovelle (1974 y 1979), Philippe Ariès (1983), Tenentti (1989) o Robert Darnton (1987) entre otros.

Todo este pensamiento está sustentado en las identidades de los unos frente a los "otros", lo que da lugar a una suerte de xenofobia. Las bases filosóficas del racismo las podemos observar explícitamente en el pensamiento de Aristóteles. Este filósofo decía que el hombre para hacer grandes obras debía ser superior a la mujer, al niño y al esclavo. En los dos primeros casos está plasmada la discriminación de la mujer y de los jóvenes. En cuanto a los esclavos, debemos ver que estos en Grecia eran los extranjeros, al igual que en Roma, y, en la sociedad occidental eran mayoritariamente de otras razas. Por tanto, en ese pensamiento están expuestas las justificaciones del racismo y de la sociedad de clases, ya que predomina el modo de producción esclavista en el que los esclavos desarrollaban la mayor parte del trabajo.

La corriente de pensamiento a la que nos referimos tiene una formulación intelectual en el inicio de nuestra cultura. El sentimiento del extranjero, del "otro" en relación a una existencia comunitaria, es de los de más antigua raíz en los orígenes históricos de la cultura europea. Su presencia en los libros bíblicos es bien patente y luego lo vemos desde Grecia y Roma (el que era de otro lugar era bárbaro y esclavo) en círculos de diferente radio a los que se refiere el concepto de extranjero que se conservarán en Europa.

Pero será en los orígenes de la modernidad cuando se configure y se inserte en las mentalidades colectivas este razonamiento. La presencia del "otro" no europeo fue

siempre decisiva en la construcción de las identidades europeas desde el siglo XVI en adelante. Esta formación de identidades se produjo en oposición a ciertos "otros", sobre todo a partir de la aparición de realidades distintas con la exploración de América, África y Asia. La oposición parece estar centrada en el concepto de racionalidad, la "otredad" aumenta en la dimensión espacial, en los que pertenecen afuera, por lo cual los factores étnicos tendrán gran importancia en la concepción del otro.

Se irán configurando las entidades "protonacionales" en oposición a ciertos "otros", nuevos grupos que aparecen en Europa y que son los inmigrantes de hoy. Las manifestaciones de un temprano sentimiento político denotan que la comunidad protonacional se desarrolla en un entorno conflictivo, en el que se levantan fuertes tensiones, en relación con las cuales se ha formado una nueva realidad política. La nación supone una dualidad, en cierto modo existencial: la nación y lo que no es la nación, es decir, el extranjero. La guerra y los enemigos externos es fundamental en el desarrollo de las identidades nacionales. El cierre ante el extraño es una actitud elemental humana que fomenta la primitiva e irracional creencia en la superioridad del propio lugar respecto a cualquier otro de la tierra, es el mito del "ombligo del mundo". Hay una imposición de lo propio como universal.

La activación del miedo, es decir, la construcción del "otro" como enemigo es de gran utilidad para el poder, porque la amenaza conlleva un fuerte respaldo a la autoridad, con unos sistemas democráticos formales fuertemente cuestionados, cuya canalización de esos descontentos han empezado a aparecer con el movimiento de los "indignados" (Hessel, 2011); con modelo de representación en crisis, la fuerza legitimadora se da en nombre de la seguridad nacional y de la paz. Así cualquier forma de resistencia al poder es presentada como un acto de terrorismo. Vivimos con la sensación ilusoria de que participamos en todo, pero la realidad es que todo es virtual, hasta las formas de protestar.

Huntington dice que el enemigo es el Islam militante y el 11 de Septiembre ha devuelto el sentimiento de identidad nacional americana. Esto tiene que ver con la doctrina del shock, es decir, que el Estado aprovecha fenómenos naturales o artificiales de gran impacto en la población para desarrollar políticas que coartan la libertad y de imposición económica (Klein, 2010). El enemigo aparece como un monstruo de mil caras: explosión demográfica, droga, mafias, fanatismos étnicos, crimen organizado, fundamentalismo islámico, efecto invernadero, grandes migraciones.

Ahora el enemigo pierde concreción, gana movilidad, es indefinido. Esto es, cualquiera que esté contra el desarrollo inexorable del capitalismo es enemigo, es el otro. De este modo, África, Asia y América Latina son territorios despreciados o exóticos; son el otro, no avanzan en el capitalismo. El Islam no es el capitalismo; es anarquía, barbarie, tinieblas, tercermundismo, feudalismo, Edad Media. Frente a eso, Occidente es paz, civilización, humanidad, democracia, progreso.

Hay una nueva cultura global del miedo que se vincula a la xenofobia, como creando un nuevo apartheid global. Se hacen sobregeneralizaciones etnocéntricas de las imágenes del otro. Predomina un pensamiento monocultural, simplista, que minimiza la pluralidad que acentúa las diferencias intergrupales.

Huntington crea la hipótesis de la guerra entre civilizaciones, pensando que será consecuencia de movimientos populares, que luchan por ser reconocidos como diferentes y únicos, o, tal vez, con la misión de "convertir" a otros pueblos. Lo relevante de las ideas de Huntington está en ese papel protagonista que le da al pueblo, a la gente en la lucha por las tradiciones o religiones. Por otro lado, la tesis del choque de civilizaciones de Huntington no solo pretende explicar el panorama posterior a la guerra fría, además aventura futuros acontecimientos: "Es probable que en el futuro los choques más peligrosos surjan de la interacción de la arrogancia occidental, la intolerancia islámica y la autoafirmación sínica" (Buresi, 2005, pp. 291-321).

Huntington escribe otro libro en 2004 donde habla del "credo americano", que es un término creado por Gunnar Myrdal (1944, p. 125), en los años 40, para describir las creencias políticas básicas de los estadounidenses, diciendo que "el credo americano es el cemento en la estructura de esta gran y disparatada nación". Se queja de que los hispanos (sobre todo hace referencia a los mexicanos, pero aquí engloba a todos los hispanos) no pueden ser asimilados en Estados Unidos, según él por distinciones culturales fundamentales. Anteriormente los inmigrantes se veían atraídos por el credo y creían en él, pero los hispanos mantienen lazos estrechos con sus países de origen, van y vuelven, y por eso es diferente a las oleadas de inmigración en USA anteriores. Además, oferta algunos datos ciertos estadísticos como que el 36 % de estudiantes hispanos de secundaria en Estados Unidos no terminan sus estudios, frente al 16 % de afrodescendientes y el 8 % de blancos: pero no lo atribuye a razones económicas, sino a motivos culturales, es decir, a ellos no les gusta estudiar. Del mismo modo, la creencia de que un joven de 16 años tiene que ayudar a su familia, no es una cuestión económica sino cultural. Le suma que tienen una tasa de fertilidad muy alta, siempre por razones culturales. Para todo esto cree que la expansión de la religión evangélica entre hispanos podría ayudar a ser asimilados en los valores de Estados Unidos y lo califica de fenómeno fascinante, que también se da en los países de Latinoamérica (Huntington, 2004).

Por tanto, existe una clara divergencia entre Fukuyama y Huntington. Para el primero, tras la guerra fría, llega el fin de las guerras y de "las revoluciones sangrientas"; los hombres pueden satisfacer sus necesidades a través de la actividad económica sin tener que arriesgar sus vidas en ese tipo de batallas. Para Huntington el rechazo a la democracia liberal occidental resurge después de la guerra fría como un rechazo cultural, frente a los valores e instituciones de Occidente, de este modo, la historia continúa.

Pero mantener el análisis y la discusión en la posible existencia de un choque de civilizaciones o en el posible fin de la historia puede no ser más que otra forma de mantener la discusión dentro de los límites establecidos generando una falsa conciencia de libertad de pensamiento.

Fukuyama y Huntington coinciden en que la cultura y las civilizaciones son claves para entender y explicar el nuevo orden mundial, coincidiendo también en la importancia de "la búsqueda de reconocimiento", ya que esto parece ser lo que reclaman unas civilizaciones frente a las otras. Del mismo modo, coinciden al minimizar otros

factores determinantes, como por ejemplo la creciente franja entre pobres y ricos, o incluidos y excluidos sociales.

Los atentados del Trade World Center se convirtieron en la prueba de la presunta validez de esa tesis; es la profecía autocumplida, que deja de ser sólo teórica y pasa a tener fuerte arraigo mediático, aunque con poco rigor científico. Además "el choque" lingüístico se convirtió en un choque real de aviones contra dos edificios que representan el capitalismo neoliberal, por estar dedicado al comercio internacional y, al mismo tiempo, exponente de los logros tecnológicos de Occidente, dado que era uno de los edificios más altos del planeta.

Para los neoconservadores la clave es cultural; la principal contradicción en el mundo es la cultura, que es asimilada a la civilizatoria, por tanto, los enfrentamientos pasados y futuros se deben a motivos culturales, religiosos y étnicos. Eso ha llevado a algunos investigadores a indagar en aspectos de la realidad cultural que antes quedaban abandonados por no estar en la esencia de la infraestructura, ahora se han sumado a la curiosidad histórica. De este modo, en no pocos casos, lo escabroso y lo lúdico se han incorporado avasalladoramente a la historia, pero constreñidos por una serie de limitaciones epistemológicas que las más de las veces los reducen a la condición de amena recuperación de las curiosidades del pasado para disfrute masivo de la sociedad de consumo (Santana Pérez, 2013).

También hay historiadores que nos dicen que la historia es un discurso, y sólo se puede entender conociendo la lengua en la que la gente piensa, habla y toma decisiones; con lo que el discurso sustituye a la investigación. Entre los historiadores tentados por lo que han llamado el giro lingüístico los hay incluso que argumentan que son las ideas y conceptos expresados en los términos característicos de una época los que explican lo que sucedió y por qué. Pero a menos que cambien los propios hechos, los cambios en las palabras utilizadas para describirlos no bastarán para modificarlos (Hobsbawm, 2009).

Algunos mandatarios internacionales como el expresidente de Italia, Berlusconi, secundaron esta idea. Recurrió a Huntington para sentenciar sobre la supuesta superioridad de Occidente: "Nosotros tenemos a Mozart y a Miguel Ángel y ellos no", "no podemos poner en el mismo plano a todas las civilizaciones, hay que ser conscientes de nuestra supremacía, de la superioridad de la civilización occidental". Por su parte, el entonces presidente de España, Aznar, el 11 de marzo de 2004, interpretó los atentados de trenes en Madrid como represalias de "los moros" por la Reconquista cristiana en la Edad Media. Editoriales de periódicos, televisiones y revistas de Estados Unidos y de Europa han contribuido a ese vocabulario apocalíptico y a inflamar la indignación de los lectores frente a los árabes.

Spengler y Toynbee habían hablado de civilizaciones y las crisis las explicaban por la corrupción de las civilizaciones al entrar en contacto con otras. Del mismo modo, Lucien Febvre (1930, pp. 244-247) ya trabajó las primeras etapas de la palabra "civilización". Estamos completamente de acuerdo con Juan Goberna (2011, pp. 191-216) cuando afirma que la idea de civilización ha venido desarrollando una espectacular mascarada desde mediados del siglo XVIII. "Civilización" es un término noble,

una palabra prestigiosa que a la vez seduce e intimida, es una palabra importante en el léxico moderno, pero ha perdido claridad en la proporción que ha ganado en audiencia; hoy es un término móvil, ambiguo e inseguro. Las palabras son víctimas de su éxito en ocasiones, como ésta. "Civilización" no describe un proceso, sino un estado de la cultura y de equipamiento material.

Incluso F. Braudel (1966, pp. 127-130) en la década de los sesenta se permitía aconsejar al "Tercer Mundo" qué políticas seguir; mantenía que el camino hacia la civilización necesariamente pasaba por la industrialización y la modernización, lo que debía implicar el abandono de determinadas tradiciones.

En el siglo XXI nos hallamos con una multicultura de egocentrismo y etnocentrismo, con un mundo espectáculo, donde la televisión banaliza todo y se apodera de debates públicos. Lo escrito va perdiendo sacralidad por lo oral y lo visual. El texto y la palabra se suicidan; son sustituidas por la imagen. Lo que se ha suicidado es la curiosidad. En esta nueva realidad se produce un auge de la historia oral, sin restarle valor como fuente histórica, pero muchos historiadores se lanzan sobre ella hasta convertirla en una forma de hacer historia. Este enfoque se alinea con el pensamiento posmoderno, que cuestiona la existencia de una verdad histórica única y tiende a confundir o equiparar memoria e historia.

Solo desde una perspectiva histórica se puede alcanzar la certeza de que la identidad colectiva de una sociedad, al igual que la personalidad de los individuos, se va definiendo progresivamente, tanto por el conocimiento o reconocimiento de las características propias de la colectividad, como por la contrastación con el entorno físico y social externo a la misma. Así pues, la historia nos muestra como las civilizaciones pueden superponerse como placas tectónicas sin necesidad de un choque.

Las civilizaciones como bloques compactos no existen, en el seno de cada civilización hay realidades y experiencias muy distintas. El Norte ha penetrado en el Sur, y el Sur es parte del Norte geopolítico. Hay muchas interconexiones entre las distintas culturas. La tesis del choque de civilizaciones es un truco como el de los efectos especiales de una película, útil para reforzar el orgullo defensivo más que para dar una interpretación crítica de la desconcertante interdependencia de nuestra época. Desde los países pobres no hay un verdadero rechazo a las culturas del mundo occidental sino que se oponen a la imposición del modelo americano como única forma de vida (Klein, 2001).

La recuperación de la historia resulta necesaria para manejar las claves explicativas que nos guíen hacia el conocimiento y la proyección de futuros acontecimientos, solo la historia, y especialmente una historia que combine adecuadamente los elementos objetivos con las subjetividades, puede servir para analizar teorías explicativas del orden mundial basadas en la historia, como las del fin de la historia y el choque de civilizaciones.

El pasado como referente se encuentra puesto entre paréntesis, y finalmente ausente, sin dejarnos otra cosa que textos (Jameson, 1995, p. 46); sin embargo, hoy en día surgen más preguntas sobre el futuro y resurge el pasado, y se crean museos por todas partes. El pasado, simplemente se ha vuelto polémico.

En definitiva, aún no ha aparecido una visión de conjunto para interpretar la historia mejor que una historia integral, por eso sigue siendo un referente necesario. Las alternativas de los neoconservadores pasan por sostener que las contradicciones mundiales son civilizatorias (que ellos la asimilan a culturales). Implícitamente ese sería para ellos el motor de la historia; incluso desde la socialdemocracia han tratado de ofertar una salida humanizada con el proyecto "alianza de civilizaciones", pero aquí participan del mismo discurso; de este modo, se hace una relectura de la historia buscando la clave civilización-cultura para reinterpretar el pasado.

De esta forma, determinados aspectos de la historia pasan a un primer plano, un ejemplo de ello es el interés por las cruzadas u otros temas de enfrentamientos entre el mundo occidental y el mundo musulmán. Un ejemplo sintomático es el ensayo-novela de divulgación del historiador británico Anthony Padgen, profesor de Historia en la Universidad de California; que hace un recorrido por la historia universal, poniendo el énfasis en las Guerra Médicas, las invasiones de Alejandro, la conquista de Roma, la entrada del sultán Mehmet en Constantinopla, la expedición de Napoleón a Egipto, la colonización europea, la caída del imperio otomano, las dos guerras mundiales y el nacimiento del radicalismo musulmán. La conclusión es que a lo largo de toda la historia, los países de Occidente y de Oriente Próximo han estado avocados a una difícil coexistencia (Padgen, 2011). Con respecto a la coincidencia en un mismo tiempo y espacio entre las comunidades cristiana, musulmana y judía, podemos detectar que la historiografía norteamericana mayoritariamente pone el énfasis en la violencia entre esos grupos, mientras que los estudios europeos resaltan mayoritariamente la convivencia.

Afirmar que la historia de la humanidad es la historia de las civilizaciones es la manifestación de un gran cambio teórico que comenzó por criticar el simplismo economicista de un materialismo histórico dogmágtico que afirmaba que la economía por si sola explicaba el conjunto de la realidad. Esto fue cuestionado desde diversos ámbitos, incluyendo otras lecturas y desarrollos de otros materialismo históricos que admitían la complejidad y la influencia de la cultura, como en Marvin Harris con su "materialismo cultural", o con las aportaciones de E.P. Thompson. De aquí se llegó a darle la primacía a la cultura o civilización, que aparecen como sinónimos hasta desembocar en la negación no ya de la economía, sino de las relaciones sociales de producción, que desaparecen de la interpretación del mundo; así queda todo reducido a una culturalidad desvinculada del conjunto de la realidad y enmascara los aspectos sociales.

Esa dialéctica choque/alianza de civilizaciones no sirve. Creemos que los conflictos no son civilizatorios; no existen problemas de Europa y Estados Unidos ni con judíos, ni con árabes ricos, el problema es el mismo de siempre entre ricos y pobres. Noam Chomsky señalaba con acierto que "Uno de los Estados árabes más fundamentalistas del mundo, como es Arabia Saudí, es el aliado más importante de USA, ¿no hay choque de Civilizaciones aquí? Todo es una nueva excusa para justificar atrocidades". Estamos convencidos de que hoy, igual que a lo largo de la historia de la humanidad, la principal contradicción ha sido y es entre explotadores y explotados.

Referencias bibliográficas

Ariès, P. (1983). *El hombre ante la muerte*. Taurus.

Bloom, A. D. (1987). *The Closing of American Mind: How Higher Education has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students*. Simon & Schuster.

Braudel, F. (1966). *Las civilizaciones actuales*. Tecnos.

Buresi, P. (2005). *Géo-hisoire de l'Islam*. Belin

Darnton, R. (1987). *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica.

Devés Valdés, E. (2017). *Pensamiento periférico. Una tesis interpretativa global*. Idea-USACH.

Devés Valdés, E. (2004). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad,*T. III, Biblos.

Delumeau, J. (1989). *El miedo en Occidente*. Taurus.

Dosse, F. (2007). *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Universitat de Valencia.

Duby, G. (1998). *El año 1000*. Gedisa.

Duby, G. (2005). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*. Andrés Bello.

Echeverría, B. (1995). *Las ilusiones de la Modernidad*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Elías, N. (1993). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

Fischer, J. (2006). *El retorno de la Historia: La renovación de Occidente*. Espasa.

Febvre, L. (1930). Civilisation. Histoire d'un mot et d'un groupe de ideé. En L. Febvre, É. Tonnelat, M. Mauss, A. Niceforo, L. Weber, *Civilisation, le mot et l'idée* (pp. 244-247). La Renaissance du livre.

Febvre, L. (1956). Por l'histoire d'un sentiment: le besoin de sécurité. *Annales. Economies, Societés, Civilizations*, *11* (2), 244-247.

Fukuyama, F. (1989). The End of History?. *The National Interest*, 16 (verano 1989), 3-18.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta

Fukuyama, F. (1989, 21 de diciembre). Respuesta a mis críticos. *El País* (3-6 Suplemento).

Goberna Falqué, J. R. (1999). *Civilización. Historia de una idea. Santiago de Compostela*, Universidad de Santiago de Compostela.

Goberna Falqué, J. R. (2011). ¿De qué estamos hablando? Las civilizaciones y su desenmascaramiento. En R. Ávila (coord.), Miradas a los otros. Dioses, culturas y civilizaciones (pp. 191-216). Arena.

Gusdorf, G. (1957). *La palabra*. Galatea-Nueva Visión.

Hardt, M. y Negri, A. (2004) *Multitud: guerra y democracia en la era del Impero*. Debate.

Hessel, S. (2011). *Indignaos. Un alegato contra la insurrección pacífica*. Destino.

Huntington, S. P. (1993) The Clash of Civilization? *Foreign Affairs*, 72 (3), 22-49

Huntington, S. P. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós.

Huntington, S. P. (2004). *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. Simon & Schuster.

Jameson, F. (1995).*El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.

Juliá, S. (1990). "El historiador escéptico". En J. M. Azcona (coord.), *Debates por una historia* viva (pp. 25-29). Universidad de Deusto.

Klein, N. (2010). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós.

Klein, N. (2001). *No logos. El poder de las marcas*. Paidós.

Kozuloj, R. (2005) ¿Choque de civilizaciones o crisis de la civilización global? Problemática, desafíos y escenarios futuros. Miño y Dávila.
Lefebvre, G. (1986). *El gran pánico de 1789. La revolución francesa y los campesinos*. Paidós
Lewis, B. (1990). The roots of Muslim Rage. *The Montly Atlantic*, 266 (3), 47- 60.
Myrdal, G. (1944). *The American Dilemma*. Harper & Brothers Publishers.
Padgen, A. (2011). *Mundos en guerra. 2500 años de conflicto entre Oriente y Occidente*. RBA.
Petras, J. (1997). La izquierda devuelve el golpe. *Ajoblanco*, 4 (Especial Latinoamérica), 79.
Rodríguez Pellejero, J.M. (2011). *El uso del lenguaje en la construcción del pensamiento. La creencia en el choque de civilizaciones* [Tesis Doctoral, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria]. Acceda-CRIS. https://accedacris.ulpgc.es/bitstream/10553/17029/1/0658655_00000_0000.pdf
Ryam, A. (26 de marzo de 1992). Professor Hegel goes to Washintong, *The New York Review of Books* (pp. 7-13).
Sanmartín Barros, I. (2007). *Entre dos siglos. Globalización y pensamiento único*. Akal
Sanmartín Barros, I. (2004). The End of History: Looking Back and Thinking Ahead. En Carlos Barros y Lawrence J. McCrank (coord.). *History underDebate. Internacional Reflection on the Discipline* (pp. 239-263). The Haworth Press.
Santana Pérez, J. M. (2004). Globalization and Historiography. En C. Barros y L. J. McCrank (coords). *History Under Debate. International Reflection of the Discipline* (pp. 107-127). The Haworth Press.
Santana Pérez, J. M (2005). *Paradigmas historiográficos contemporáneos*. Fundación Buría.
Santana Pérez, J. M. (2013). *La Historia contrataca*. Fundación Buría.
Strauss, L. (2006). *La ciudad y el hombre*. Katz.
Tenentti, A. (1989). *Il senso della norte e l'amore della vita nel Rinascimento*. Giulio Einaudi Editores.
Vovelle, M. (1974). *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*. Guillamard-Julliard.
Vovelle, G. y Vovelle, M. (1979). *Vision de la mort et de l'au delà en Provence du XVe XIXe*. Armand Colin.
Zarth, A. P. (1996). Apresentaçao. *Regionalizaçao e Globalizaçao*. Ijuí-Río Grande do Sul.

EL MARXISMO EN LA IZQUIERDA Y EN LA DERECHA A FINALES DEL SIGLO XX

Israel Sanmartín
Universidad de Santiago de Compostela

El objetivo de este trabajo es mostrar una panorámica general del marxismo después del fin de la Guerra Fría en 1989. En ese momento localizamos un maridaje extraño. El que llevaron a cabo la derecha y el propio marxismo, específicamente a partir de autores como Alexandre Kojève y Francis Fukuyama. Alexandre Kojève fue un intérprete hegeliano de la Francia de posguerra quien predijo aunque se desdijo en diferentes ocasiones, el "fin de la Historia" con la paulatina extensión de la democracia liberal y el capitalismo. Esas ideas fueron reutilizadas en 1989 por Francis Fukuyama y discutidas internacionalmente hasta hoy en día. Si bien en Kojève es más evidente, ambos han sido asociados en círculos intelectuales a un cierto "marxismo", debido en parte a su matriz hegeliana. Los dos ofrecen un marxismo que llamaremos "invertido", puesto que en ambos casos su análisis más o menos marxista lleva a la realización de una "utopía" liberal. En un caso (el de Fukuyama) porque utiliza el argumento marxista para explicar la tendencia de la historia universal hacia la democracia liberal, y en otra oportunidad (la de Kojève) porque después de defender un fin de la Historia marxista durante muchos años, varió ese fin por uno liberal cuando lo consideró oportuno, especialmente después de la segunda guerra mundial.

Con esta premisa trataremos de mostrar el contexto que afrontan la izquierda y el marxismo después de 1989. Profundizaremos en los diferentes marxismos y en las alternativas que planteó la izquierda en ese fin de siglo. A continuación, estudiaremos, las relaciones del neoconservadurismo con el marxismo, en un intento de ver cómo las diferentes corrientes de pensamiento pueden converger de forma dialógica. Para ello nos pararemos en analizar tanto a Kojève como a Fukuyama.

El marxismo y la izquierda

A partir de los años treinta del siglo XX fueron habituales los anuncios de la muerte del socialismo y por su extensión del marxismo. Eso se acrecentó tras los sucesos de 1989 con la caída del socialismo real y de la URSS. Así surgieron teorías como la de Francis Fukuyama sobre el "fin de la Historia" que hacía alusión al fin ideológico de la humanidad con el triunfo de capitalismo. Esta interpretación produjo diferentes reacciones argumentales:

(i) Los que pensaban que a la izquierda le era ajena toda idea de fin del socialismo (Azcárate, 1992). Esa idea se complementaba con el fortalecimiento de la creencia en el comunismo (García Del Campo, 2001, p. 4).

(ii) Los que pretendían reformular el socialismo soviético (Davies, 1990). Para ellos el comunismo todavía estaba bien visto en Cuba y China (Filitov, 1992).

(iii) Los que certificaban que las revoluciones de 1989-91 era la ocasión de liberar al socialismo del estalinismo (Boehnke y Rippl, 1995). Así, una editorial de la revista *Mientras Tanto* se limitaba a argumentar que era el fin de una historia concreta y no el descrédito del socialismo. Igualmente, muchos otros comentaristas declaraban que era el fin del "socialismo irreal" y de la relación

del socialismo con la economía planificada (Tello, 1990). El propio Gorbachov anunciaba que lo que había fracasado era el modelo estalinista (Heller, 1992), mientras que otros manifestaban que el colapso de la ideología marxista sucedió primero en 1917 y después con el pacto Hitler Stalin (Mortimer, 1989). Todas estas opiniones se completaban con la de aquellos que anunciaban la vuelta del comunismo. En ese sentido, Callinicos (1991) reflexionaba que hasta ese momento había dos formas de socialismo: la ortodoxa o marxista-leninista y la estalinista, de la cual surgió en los 70 una corriente llamada marxista y las políticas socialdemócratas. A estas dos, les añadía una tercera, que es era la propuesta revolucionaria de Marx y Engels, continuada por Lenin, que era la que proponía él. Por otro lado, otros autores ofrecían una versión más tibia e incidían en la idea de que no fue el socialismo lo que se derrumbó, sino una de sus posibles variantes (Schaff, 1993).

(iv) Un grupo de pensadores pensaban que el socialismo nunca había sido aplicado a ninguna realidad. Una buena parte de ellos denominaban al socialismo "capitalismo de estado". Asimismo, otros precisaban que la palabra "comunismo" corría el riesgo de pagar lo que se hizo en su nombre, y afirmaban que ahora por fin era posible (Labica, 1990). En la misma línea, Michael Löwy (1991) mantenía que el socialismo no había muerto porque todavía no había nacido, y que lo que se llamaba muerte del marxismo era la crisis del régimen autoritario y burocrático asentado en la URSS. Muy cercano a la misma postura, Daniels (1993) cercioraba que el marxismo nunca se había realizado, y argumentaba que el marxismo fracasó en la URSS de una forma superficial y simbólica ya que el estalinismo tenía poco de Marx. No podía faltar Adam Schaff, quien opinaba que el "socialismo real" era una aplicación falsa del marxismo, y recordaba que cuando en Ciencias Naturales se quiere verificar una hipótesis no se hace un único ensayo, sino cientos (Montalbán, Azcárate, Schaff y Sotelo, 1990).

(v) También tenían su voz los que sostenían que el colapso de la Unión Soviética no era el fracaso del comunismo, sino su triunfo, porque quedaba en Occidente como una estrategia de modernización, y entendían que el marxismo que emergería del capitalismo sería distinto del actual (Jameson, 1996).

(vi) Otros autores profundizaban más y valoraban el triunfo del liberalismo como el triunfo del socialismo, precisaban que el liberalismo que había triunfado era parte del legado de Marx, De tal forma, explicaban que muchos de los logros del liberalismo como la jornada de ocho horas, la igualdad sexual o la seguridad social, eran prácticas de la Rusia postrevolucionaria, y desvelaban que cuando se conoció la victoria del liberalismo muchos autores soviéticos pensaron en el triunfo de las ideas básicas del socialismo (Trofimenko, 1990).

(vii) Una serie de académicos consideraban que eran posibles otros socialismos. De alguna forma eran todas versiones sofisticadas del siguiente axioma: la caída del socialismo real no era la muerte del marxismo (John, 1993, pp.84 86). Para Hobsbawm (1995, p. 494), el fracaso del socialismo soviético no empeñaba la posibilidad de otros tipos de socialismo, puesto que el comunismo seguía vivo

> como motivación, pero no como programa, y denunciaba que había una "conspiración silenciosa" para no reconocer la catástrofe social, económica y cultural que había sido para los países de la vieja Unión Soviética el fin del comunismo. Desde una postura distante, otros defendían que nada hacía pensar que el socialismo se había acabado y que sólo se debían modificar pequeñas cuestiones, como la economía (Heilbroner, 1989). En otro sentido, no faltaban los que pensaban que el socialismo y otras ideologías podían tener una nueva oportunidad (Suárez Fernández, 1996, p. 316). Para Fernández Buey (1992, pp. 88-89) el problema no era la cuestión de la crisis marxista. Para él habría que preguntarse porqué a pesar de tanta evidencia y tanta razón, tantos hombres en tantos lugares del mundo siguen planteándose (en forma marxista o en otra) todavía la misma meta tantas veces fracasada o derrotada, y tantas otras reinventada.

Estas eran algunas reacciones sobre el marxismo en relación a los acontecimientos de 1989 con el fin del comunismo. Pero estas explicaciones no deben eliminar la bruma de un debate que llevaba un tiempo en la agenda de los teóricos del propio marxismo. Veámoslo.

El marxismo a debate

Todo este debate sobre el fin del proyecto socialista después de 1989 salpicó al marxismo, que no debe ser tratado dogmáticamente puesto que proporciona a la historia una teoría de la historia. En el marxismo tenemos primero los escritos de Marx, que tiene diferentes interpretaciones, como por ejemplo Althusser y Zeleny, quienes sostienen que hay una ruptura en la visión marxista que centran en *El capital* y la *Ideología Alemana*. Sin embargo, además de Marx están Engels, Kautsky, Lenin, Plekhanov, Bucknarin y Gramsci. Por otro lado, existió una interpretación estalinista y otra maoísta (Loone, 1992, pp. XIII-XVII). Concretando un poco más, existen diferentes tipos de marxismos: el marxismo de la socialdemocracia alemana, el marxismo crítico y revolucionario leninista, el marxismo doctrinario y retórico del socialismo burocrático, y el marxismo académico y filosófico occidental (Jerez Mir, 1991). Centrémonos en este último, que, como el resto de los marxismos, vivió un momento de crisis tras la caída del Muro de Berlín. En ese momento se intentó un diálogo entre la nueva situación y lo que había sucedido desde los años sesenta en las siguientes orientaciones (Chilcote y Chilcote, 1992):

(i) La revitalización *althusseriana* de Marx (Harnecker, 1996). En noviembre de 1977, en Venecia, Althusser proclamó la crisis del marxismo, que representó un declive en el marxismo *althuseriano* en su forma estructuralista, en el marxismo-leninismo, en la variante maoista y estalinista, y en el eurocomunismo (Althusser, 1987, 34-35). Esa crisis del marxismo simbolizó el repudio del marxismo por generaciones viejas y jóvenes del marxismo. En Francia se provocó un gran rechazo del estalinismo y la apertura del discurso marxista en nuevas

direcciones. Por un lado, Sartre y Althusser propusieron su versión superando dos de las líneas de la teoría marxista: el economicismo (versión marxista del determinismo tecnológico) y el humanismo e historicismo que llevó al socialismo utópico y a su retorno a Hegel. La revitalización inglesa fue estimulada por el trabajo de Althusser en la *New Left Review* y criticado por E. P. Thompson en *The Poverty of Theory*.

(ii) El postmarxismo. A él pertenecen algunos autores como André Gorz y Rudolf Bahro, y constituyen una base para un mundo más igualitario y democrático. Fred Bleck prevé un Estado constituido por jerarquías menos tradiciones; Samule Bowles y Herbert Gintis una síntesis de democracia radical; y Ernesto Laclau y Chantal Mouffe se basan en un proyecto de democracia radical. Sostienen que el modelo de clase debe ser repudiado porque las clases trabajadoras no pudieron responder a las expectativas revolucionarias, y el modelo de lucha debe incorporar numerosos intereses de varios estratos, grupos y movimientos sociales. Estas ideas se expandieron especialmente en América Latina (Argentina y Chile). En otro sentido, las raíces del pensamiento postmarxista pueden ser encontradas en el desenvolvimiento del eurocomunismo y el eurosocialismo de los 70 y 80. Pretendían la retirada del análisis de clases del proyecto socialista, puesto que sus intereses económicos son relativamente independientes de la ideología y de la política. Los postmarxistas evitan analizar las relaciones de explotación entre el capital y el trabajo como esencia del capitalismo como modo de producción. Así, las clases y sus luchas son sustituidas por un énfasis en el pluralismo político. El postmarxismo hace hincapié en la autonomía de lo político y lo ideológico frente al reduccionismo economicista y de clase. Los postmarxistas defienden; :1) el fracaso del movimiento obrero como fuerza política revolucionaria en los países capitalistas avanzados; 2) una autonomía relativa de la política y de la economía en las relaciones de clase; 3) los fines del socialismo son de carácter universal y trascienden los objetivos de las clases, por tanto se deben de conseguir en los planos político e ideológico; 4) la pluralidad es el centro del proyecto socialista al no haber antagonismo de clases en la constitución de un nuevo proyecto socialista. De tal forma, el análisis postmarxista ha tenido dos consecuencias: a) el proyecto socialista no puede identificarse en la desaparición de las clases; b) la economía ha dejado de ser el criterio constitutivo de la realidad social, que ahora se basa en elementos políticos o ideológicos. Como consecuencia, nos encontramos en un proceso de disolución de la realidad social en el lenguaje o ante una elevación del discurso como principio determinante de la realidad social. (Martínez y Valencia, 1992; Mclennan, 1996).

(iii) El marximo analítico (Paramio, 1990). Se llaman también el "grupo de septiembre marxista" de decisión racional o los marxistas subjetivos (Loone, 1992). Son autores como John Roemer, Jon Elster, G. A. Cohen (Cohen, 1978), Eirk Olin Wright, Adam Przeworski o Praban Pardhan (Callinicos, 1989). Es un marxismo único; y es semejante al postmarxino en su determinación de trascender a las formulaciones rígidas del marxismo de Lenin, Stalin y Althusser. Las premi-

sas de este pensamiento se encuentran en Elster y Roemer. Elster se concentra en la decisión individual y Romer en la dotación no equitativa de recursos. El marxismo analítico se concentra en cuatro áreas principales: decisión racional, dotación desigual de recursos, problemas de acción colectiva y teoría de la historia. Este marxismo analítico es una corriente fuerte y en crecimiento, como evidencian Carling, Mayer, Wood y Wright. Esta forma de marxismo agrada a los académicos por sus semejanzas con la economía neoclásica y el énfasis en la aplicación estadística y en las fórmulas matemáticas. Elster argumenta que los marxistas debían de adaptarse a los progresos de la teoría social. Así, adoptaron algunas de las palabras clave del marxismo y transformaron su significado, especialmente los términos de "explotación" y "clase". La "explotación" es vista como una manifestación de relaciones desiguales de recursos y no como una extracción de una parte del día del trabajador. En otro sentido, la "clase" ya no caracteriza el proceso según el cual las personas se diferencian a través del proceso de trabajo sino en grupos de personas o unidades colectivas con las mismas dotaciones de recursos. Como vemos, el sistema adoptado por estos intelectuales se concentra en el comportamiento racional de los individuos. (Teira, 1995; Kirkpatrick, 1994; Carling, 1995; Gray, 1988; Kieve, 1990-1991; Mayer, 1989).

(iv) Los nuevos marxistas estructurales, se concentran más en lo que rodea al individuo que en él en sí. Las personas son vistas más como un producto de su medio social ya que las estructuras impuestas por el sistema reprimen los impulsos positivos y creativos del hombre; el estructuralismo es un método de análisis que tienta a transcender el individuo y a evaluar una estructura relacional del sistema. El método estructuralista concibe que los individuos no pueden se concebidos fuera de todo, y que las estructuras afectan al individuo y a cómo se comporta para tomar decisiones. Toma el sistema como principal objeto de investigación y considera que los hechos y comportamientos no pueden ser considerados aisladamente (utilizan la "clase" y la "producción" como punto de partida). Hay una larga tradición de estructuralismo: Marx, Althusser, Foucault y Lacan. Gramsci, como Marx y Engels, establecieron la distinción entre Estado y sociedad civil, que influenció el pensamiento posterior. Althusser identificó los aparejos del Estado (represivos, e ideológicos) que permiten a las clases dominantes controlar y explorar a la clase trabajadora. También proveyó a la literatura sobre el subdesarrollo y dependencia representada por Amin, Wallerstein, Hidness, Hirst, y otros. Un paso más allá, el marxismo neoestructuralista incorpora teorías diversas y contradictorias. Se esfuerza por superar las limitaciones de las formulaciones teóricas rígidas, reduccionistas e intransigente. Sus premisas son: críticas de las formulaciones clásicas de la historia, la problemática de la clase y los dilemas a ella asociados. Por tanto, la clase es también un pivote central de los nuevos estructuralistas. Se centra en sus propiedades estructurales y en las condiciones de su formación y dinámica de sus luchas. Algunos de sus autores son Wright,

Wolff, Resnick, Isaac y Burawoy.

(v) También hay que identificar la presencia de un pseudomarxismo surgido a raíz de las interpretaciones ortodoxas del pensamiento marxista que implica una concepción petrificada y fosilizada de los conceptos marxianos. Se ha calificado como una forma de fetichismo que reclamala vuelta a una consideración histórica de los conceptos que es la propia de Marx y que llevó a esquemas mecanicistas y una visión unilineal de la historia (Fontana, 1992, pp. 10-16).

(vi) Tras la caída del Muro de Berlín hubo un gran debate en torno al marxismo, que ha cristalizado en diferentes propuestas. Por ejemplo, ha surgido una nueva sociedad civil global que ha dado lugar a un movimiento altermundista y a un pensamiento crítico que sirvió, al menos, para realizar nuevas revisitaciones sobre el marxismo (Therborn, 1996).

En definitiva, en los años 60 y 70 Althusser resucitó el marxismo al demostrar cómo se puede trascender el estalinismo tomando con base en el pensamiento de madurez de Marx. Sin embargo, los cambios tanto en la teoría como en la práctica del capitalismo y del socialismo provocaron desilusión y llevaron al eclipse de Althusser. En los años 80 se desarrollaron varias corrientes dentro de la tradición *althusseriana*. Hubo una regresión a las viejas prácticas intransigentes del marxismo ortodoxo y estalinista, pero también se impulsaron reflexiones en busca de una nueva democracia, de un nuevo socialismo, o de un nuevo marxismo. Dentro de estas tendencias encontramos el marxismo analítico que se adapta a los métodos cuantitativos de las ciencias sociales positivistas y al nuevo marxismo estructuralista, e intenta superar las deficiencias de las fórmulas deterministas y reduccionistas del pasado. Al mismo tiempo, podemos identificar a los postmarxistas que quieren una sociedad envuelta en democracia representativa y socialismo pluralista (Chilcote y Chilcote, 1992). Muchos de estos autores se trataron de oponer de alguna forma al número infinito de autores que se limitan a repetir que el fracaso de los regímenes del Este europeo demuestra la caducidad del pensamiento marxista (Blackburn, 1990). Y el marxismo se siguió discutiendo, como hemos visto, después de 1989.

La defensa del marxismo

Para algunos intelectuales el problema del legado del marxismo fue la excesiva sobrevaloración de la economía para la interpretación de cualquier acontecimiento, ya sea histórico, político o social. En ese contexto y tras la caída del llamado "socialismo real", el marxismo se revolvió sobre sí mismo y fueron muchos los conceptos que se discutieron o intentaron reformular y descartar. Hablar de la muerte del marxismo como teoría social después del derrumbamiento del Muro de Berlín es excesivo, aunque sí que tuvo sus repercusiones en determinados círculos académicos.

De todas formas, cabe recordar que el legado de Marx ha sido negado anteriormente en numerosas ocasiones por diferentes razones: 1) la confusión de marxismo con el marxismo-leninismo; 2) la discusión sobre su solvencia como economista e his-

toriador; 3) su reduccionismo al explicar la Historia mediante un único "motor" de la historia (Gaddis, 1994; Kiernan, 1994).

Después de 1989, se desplegó un fértil y complejo debate sobre la vigencia y crítica del marxismo en el que cabía de todo (Miliband, 1995; Aronson, 1995; Wallis, 1996). Algunas de las cuestiones en las que se profundizaron se refirieron a la relación de Marx y la planificación central (Arnold, 1989; Ghorashi, 1995), el tema de la base/superestructura (Wright, Levine y Sober, 1992, p. 89), los conceptos de "clase" (Grusky y Sorensen, 1998; Lovell, 1994) y revolución (Brogan, 1994); así como la "universalidad" de su enfoque, la idea de progreso y, su etnocentrismo, e incluso de su comunismo (Goldner, 1990). Sin salir de lo mismo, el concepto de explotación también formó parte de la discusión, sobre todo para afirmar que seguía siendo operativo en el capitalismo (Berzosa y Santos, 2000). Para completar este elenco, tampoco faltaban en la discusión el materialismo histórico (Rigby, 1994; Wellmer, 1990) e incluso la filosofía de la historia (Blackburn, 1990).

Además de todas estas cuestiones, un grupo de pensadores intentaban deshacer las acusaciones más habituales al pensamiento de Marx.

(i) El reduccionismo económico y el relato monocausal del desarrollo histórico son acusaciones habituales que recaen sobre el al marxismo y. Frente a eso, podemos recurrir al propio Marx para encontrar una crítica del determinismo económico. Veamos algunos casos: 1) Marx no creía que la historia era estructuralmente limitada y que era inevitable. 2) Marx cree no era así, sostenía que el hombre hace su propia historia. 3). Marx sostenía dice que la política es reflejo de la estaba en relación con la economía. Es difícil pensar que Marx no viera el rol de la política en la transición al capitalismo ya que el comunismo es un sistema social y económico en el cual todos los medios de producción están concentrados en manos de la comunidad y del Estado. Así, el comunismo ha significado un ideal, un movimiento político, un método de análisis y un modo de vida. Como ideal promete una sociedad igualitaria con una producción orientada a las necesidades en la que se realizará el sueño de la abundancia. Como movimiento político representa la organización de hombres y mujeres en su lucha por alcanzar la libertad. Como método de análisis expone proposiciones que explican el pasado y señalan el futuro desarrollo de nuestras sociedades. Y como modo de vida retrata un nuevo tipo de ciudadano para el que los atributos comunitarios y sociales tendrán ascendencia sobre el egoísmo y el interés privado. Por tanto, adopta la forma del imperativo moral de crear una ética colectiva y social que anule el interés personal y que acabe con los demonios del lucro y la propiedad privada, que son considerados la causa del sometimiento de la mayoría por parte de unos pocos.

(ii) Otra acusación a Marx es que sentía desprecio por los aspectos democráticos de la vida social de la época, es decir, que no era un demócrata (García San Miguel, 1989). Fernández Buey apreciaba que hay que evitar este equívoco sostenido en que Marx no era un demócrata sino un revolucionario, y como tal no era

demócratas: “desde luego no lo eran en el sentido que hoy damos a las palabras demócrata y democracia, pero Marx sintió simpatía por las democracias que se aproximaban a la idea de igualdad, libertad y fraternidad” (Fernández Buey, 2000).

(iii) En cuanto a tachar a Marx de totalitario, sólo podemos decir lo que pensaba por su actuación durante la revolución alemana en 1848, por sus juicios sobre la Comuna de París, por su actuación en la I Internacional y por los pocos textos que escribió sobre el Estado y su posible extinción en el comunismo. Con todo esto podemos concluir que era una persona totalizadora pero no totalitario.

(iv) En relación con la asociación del marxismo con la muerte del “socialismo real” (McCarney, 1989), hay que recordar que dentro de las víctimas del estalinismo hubo muchos comunistas: “deben de separar a Marx de los ´ismos´ posteriores ya que Marx se quejó en vida de lo que iban a ser los marxismos, e incluso criticó varias tendencias” (Bertham, 1993). Por ejemplo, Callinicos argumentaba que había un marxismo más allá de la socialdemocracia y del estalinismo, y se centraba en una izquierda socialista revolucionaria fundada por Marx y Engels, y continuada por Lenin, los bolcheviques, Trotsky, Luxemburgo y Gramsci. Para Callinicos no podía haber ningún marxismo renovado sin un análisis pormenorizado de las causas de la derrota en el plano social: “De todas formas, con el final del llamado socialismo real se han terminado los dos mayores cánceres de lo que se llamaba marxismo en aquella época: el dogmatismo de los intelectuales marxistas sin vivencia de lo pobre y el oportunismo instrumentalizador de tantos funcionarios de aparatos políticos” (Fernández Buey, 1994, pp 57-65).

(v) En cuanto a la relación de Marx con el capitalismo, hay que recordar que aquel es uno de los mejores pensadores del capitalismo (Durand, 1997). Este particular era reforzado por algunos autores que añadían que el capitalismo había llegado a su límite y que sólo el marxismo ofrecía un plan para el futuro (Woods y Grant, 1995). En ese sentido, otros pensadores aprovechaban para denunciar que la revolución de Thatcher/Reagan serviría para validar a Marx sobre el capitalismo (Levin, 1997), sin olvidar que en el capitalismo el concepto de consumo es un término de destrucción (Blackburn, 1990). Con todo esto, no podemos olvidar algunos problemas: 1) el marxismo ha anunciado la muerte del capitalismo en base a contradicciones; 2) el capitalismo y la regulación no son opuestos; 3) el capitalismo no es algo homogéneo en todo el mundo (Held, 1993). Pese a todo esto, cabe recordar que Marx entiende el desarrollo que guía a la sociedad del capitalismo al comunismo como propio de los seres humanos (Chitty, 1994, pp. 124-126).

(vi) En relación a la teoría del conocimiento marxista, Marx y Engels no escribieron ningún tratado sobre conocimiento humano. Esta ha sido creada por filósofos soviéticos y europeos de Este después de Stalin. La evolución del marxismo se podría resumir en: 1) empezó como un estudio serio de la historia económica; 2) formuló concepciones de mutuas relaciones entre diferentes partes de la sociedad; 3) cambió las diferentes formas que son parte fundamental de los

estados (Loone, 1992, p. 80).

(vii) Otra cuestión es la relativa a las predicciones de Marx, para quien los capitalistas librarían una batalla interna que terminaría por poner los medios de producción en unas pocas manos. Por otra parte, los pequeños propietarios y trabajadores independientes pasarían a engrosar las filas del proletariado. Así se llegaría a una minoría que concentraría en sus manos la propiedad y una mayoría proletarizada obligada a vivir en un nivel de subsistencia, con lo que la mayoría proletarizada terminaría por asaltar la fortaleza capitalista. En base a esto, podemos considerar que hay varias tendencias que confirman las apreciaciones de Marx y los marxistas: 1) mundialización del sistema económico y su conversión acelerada en sistema-mundo; 2) la concentración de capitales y el impulso histórico hacia formas monopolistas alternantes con las guerras comerciales; 3) el papel del complejo científico-técnico en el proceso productivo del capitalismo desarrollado; 4) el proceso de oligarquización de las democracias como consecuencia de la mercantilización creciente de todas las relaciones entre los hombres; 5) la persistencia del trabajo alienado más allá de la reducción de la jornada de trabajo; 6) la evolución de la mercancía y en particular de la mercancía-hombre en el proceso de asalarización del trabajo; 7) aumento de las diferencias sociales en el ámbito mundial; 8) la importancia de las crisis de sobreproducción en el sistema capitalismo mundial; y 9) la necesidad de intervención estatal para corregir las fluctuaciones anárquicas de la sociedad (Fernández Buey, 1994).

Pese a esto, la historia de los últimos setenta y cinco años ha puesto de manifiesto que Marx estaba equivocado en otras cosas: a) en que las contradicciones entre apropiación privada de los medios de producción y el crecimiento de las fuerzas productivas empuja hacia el socialismo (frente a esto hoy habría que decir: "no sólo"); b) en su caracterización de la sociedad alternativa como un reino de la libertad en el que serían satisfechas todas las necesidades de la humanidad, en las que hoy habría que añadir que con escasa atención al expolio de la naturaleza y a la distribución intergeneracional de los recursos escasos no renovables; c) el error en la caracterización del Estado. Algunos autores, como Fernández Buey, agregaban a esto que el marxismo es reconocido por su carácter crítico, por ejemplo en lo que en los países latinoamericanos llaman filosofía de la liberación o en su funcionamiento como un interlocutor constante en el seno de los principales movimientos sociales alternativos que existen en países desarrollados.

Más allá de todas estas cuestiones, el marxismo sigue siendo una herramienta útil como conciencia crítica y como instrumento para profundizar en cuestiones tanto epistemológicas y teóricas como políticas. De tal forma, el materialismo histórico no debemos de abandonado ni rechazado en cuatro cuestiones: a) las condiciones necesarias para el cambio; b) la dirección del cambio; c) el significado a través del cual el cambio es logrado; y d) las condiciones significativas para el cambio (Olin Wright, Levine y Sober, 1992, p. 89). Y en cuanto a su dimensión metodológica puede ser uti-

lizado de las formas siguientes (Mazrui, 1991): a) como una ética de la distribución para reducir sus desigualdades; b) como una metodología de análisis, para estudiar e interpretar la sociedad, de interpretar la sociedad, de investigar la sociedad y extraer conclusiones; c) como una ideología del desarrollo (Mazrui, 1993).

El marxismo y la derecha

El origen marxista del pensamiento de la derecha neoconservarora se encuentra en Alexandre Kojève, un filósofo ruso emigrado a París y especialista en Hegel. Este autor privilegia tres elementos: a) la dialéctica del amo y del esclavo como motor de la Historia; b) el deseo de reconocimiento como gasolina de ese motor; c) el fin de la Historia como consumación de esa dialéctica con la satisfacción del deseo de reconocimiento en el estado homogéneo universal

Kojève defendía que el estalinismo representaba el estado homogéneo universal y el fin de la Historia en los años treinta, apreciación que cambió desde 1945 cuando llegó a la conclusión de que EE.UU y su modo de vida representaban el auténtico estado homogéneo universal y se podía considerar el fin de la Historia entendido en sentido hegeliano-marxista, aunque se mostraba crítico con él puesto que representaba el regreso del hombre a su animalidad. Esta afirmación la volvió a rectificar en 1959 cuando pudo constatar que el esnobismo japonés y la forma de vida que allí se realizaba era el verdadero sentido del fin de la Historia, puesto que el hombre en esa sociedad no se comportaba como un animal.

Todo este razonamiento conviene tenerlo en cuenta para cualquier aproximación en profundidad que se pueda hacer al pensamiento de Kojève, pero cuáles son los auténticos vínculos de Kojève con Marx, o, dicho de otra forma, qué les acercaba. Vayamos por partes. La primera cuestión que los aproxima es su defensa del comunismo en su juventud, sus declaraciones favorables al estalinismo y la utilización de elementos marxistas en toda su argumentación sobre el fin de la Historia. La segunda influencia marxista en Kojève se puede apreciar gracias a la presencia del pensamiento oriental en su ascendencia intelectual, y en particular de Soloviev, a cuyo estudio dedicó su tesis doctoral y de quien aprendió la influencia del sujeto individual y colectivo en la acción del mundo, es decir, en la historia.

La tercera aproximación al marxismo se constata en que el filósofo de origen ruso defendió durante muchos años que el estado socialista mundial y homogéneo era el auténtico Estado Homogéneo Universal. Kojève perseguía la idea de Marx de predecir el advenimiento de un Estado Universal de igualdad, y era muy contumaz al defender que el Estado soviético tenía características posthistóricas. La cuarta idea que acerca a ambos autores está en relación con Hegel. Kojève coincide con éste en que Jena es un logro del desarrollo moderno, pero matiza que Hegel no está en lo correcto ya que el fin de la Historia incluye a los burgueses pero excluye a los trabajadores, con lo que continúa la lucha entre amos y esclavos. Para Kojève el que logra la superación

de la dialéctica es el Napoleón del siglo XX, es decir, Stalin, que es el agente del bolcheviquismo.

Kojève, como Marx, creía que la conquista de la tecnología llevaría a una edad de prosperidad e ideas, valores y cultura homogéneos. Para el autor de origen ruso, no había nada por lo que luchar al fin de la Historia, puesto que representaba una paz global. Bien es cierto que, en apartes de su obra, sobre todo después de 1945, deja muy claro que no comparte el sueño comunista de Marx, ya que consideraba que el capitalismo y el modo de vida americano resultaron los valores en los que se encarnó el fin de la Historia, y que se desarrollaron gracias a la aceptación de la gente. Según Kojève, Marx no había previsto que la meta de la Historia se pudiera alcanzar de una forma pacífica y democrática lejos de los métodos revolucionarios. Fiel a estas ideas, se dedicó a la política y al estado homogéneo universal surgido con el final de la Historia capitalista de la posguerra y abandonó su labor filosófica al considerar que ya no tenía sentido puesto que había alcanzado su pleno desarrollo y que ya no habría novedades ni evolución teóricas.

Pese a lo anterior, en una nota de la *Introduction à la Lecture de Hegel*, subrayaba que el triunfo de los EE.UU y de su modo de vida era en cierto sentido la victoria de la animalización del hombre, aunque como hemos visto más arriba, esa idea la modificó en 1959 con su visita a Japón, en la que encontró el triunfo del fin de la Historia postmoderno sostenido en el esnobismo y en una vida llena de ritualidades y cuestiones aparentes y formales.

Kojève sigue a Hegel en que ve la historia como una lucha por el reconocimiento, pero siguiendo a Heidegger y no a Hegel, mantiene que la actitud ante la muerte diferencia a hombres de animales, es decir, admira al amo y cree que este conjuga la celebración heideggeriana de ser hacia la muerte. Para el filósofo de origen ruso, el amo es superior porque arriesga su vida por la muerte y el esclavo es cobarde porque elige sobrevivir. Estas ideas violentas y de exaltación sin tapujos de la guerra son una de las claves en la construcción su pensamiento.

Kojève introduce el reconocimiento entre amos y el fin de la Historia como el triunfo del esclavo sobre el amo, que es la conquista de la cobardía, la bajeza y lo animal, frente a lo noble y lo aristocrático. Se posiciona así del lado de los amos frente a los esclavos, puesto que incluso ve el fin de la Historia como la vuelta de la animalización del hombre con todos esos valores de "esclavo" citados. En ese sentido, puso al Estado soviético como vanguardia de la Historia. En 1943 publica *Enquisse de une phenomenologie du droit*, en la que desarrolla un código civil del estado universal y homogéneo que denominó "Imperio socialista" donde acababa la Historia. Kojève es fundamental en la idea de entender el desencanto postmoderno con la modernidad porque sus admiradores postmodernos vieron en él un perfecto estudio de cómo la razón es homogeneizadora, totalizante y opresiva.

Kojève lee a Hegel con lentes de Marx y Heidegger, y, como Marx cree que la humanidad mueve las fuerzas de la historia, y como Heidegger entiende al hombre en términos de ser hacia la muerte. En la misma línea, como en Marx, la lectura de Hegel es secular, humanista y antiteológica. Kojève sugiere a Marx en la idea de que la histo-

ria la hacen los hombres y no el espíritu. En realidad se separa de la idea teológica de separar al hombre de Dios. En el fin de la Historia, defiende que el hombre reconoce a Dios como obra suya, escenificando una suerte de "marxismo humanista".

Kojève defendía la muerte del hombre en el sentido de que al fin de la Historia era una vuelta a la animalidad. Para desarrollar estas ideas se basaba en Nietzsche vía Leo Strauss, quienes le llevaban a defender la desaparición de la virilidad en la Historia, en una suerte del peor machismo del siglo XX. Esta cuestión no es una novedad puesto que todos los autores y defensores de tesis teleológicas sobre el fin de la Historia suelen estar asociados a un machismo recalcitrante. Kojève dejó una fuerte impronta en Francia con Raymond Queneau en la moral, en Bataille en la sociología, en Foucault, así como en EE.UU con su gran influencia sobre Leo Strauss, Allam Bloom y Francis Fukuyama.

Después de todas estas vueltas y precisiones, pasemos a certificar el "marxismo invertido" de Kojève. Se empieza a observar a partir del fin de la segunda Guerra Mundial y con su entrada a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. Concretamente, ese "marxismo invertido" se puede encontrar en el año 1957 en la Segunda edición de la *Introduction à la Lecture de Hegel*, donde en una nota reconoce que el auténtico fin de la Historia estaba representado por el capitalismo y no por el comunismo, aunque suponía la animalización del hombre y la generalización del estado homogéneo universal con las ideas de EE.UU y el modo de vida americano como modelos. Por tanto, estamos ante la aplicación de una argumentación marxista para una conclusión liberal. Ahí está el "marxismo invertido" de Kojève.

La absorción neoconservadora del marxismo

Fukuyama, el famoso pensador que justificó el fin del comunismo como el último estadio de la evolución ideológica de la humanidad, está íntimamente relacionado con Kojève. Fukuyama es deudor de su tesis sobre el fin de la Historia, donde defiende que el capitalismo y la democracia liberal corresponden a la conclusión de la evolución ideológica de la humanidad. Aunque bueno es matizar que Fukuyama conoce a Kojève mediante Bloom y Strauss.

Para Fukuyama, tras el fiasco de la profecía marxista, la verdadera historia universal es la de Hegel vía Kojéve. Según Fukuyama, Marx es el gran intérprete de Hegel en el siglo XIX y Kojève es el gran exégeta de Hegel en el siglo XX. Fukuyama defendía que el pensador de origen ruso estaba en lo cierto al asegurar que la Historia había terminado en 1806. Para Fukuyama detrás de eso estaba el triunfo del estado homogéneo universal, y la generalización de la libertad y la igualdad. A pesar de esto, la verdadera intención de Fukuyama es la muerte del marxismo, aunque construye su historia universal, el estado homogéneo universal y el fin de la Historia sobre la economía y tecnología (Marx) y sobre el reconocimiento (Hegel). Fukuyama recoge de Kojève la idea de que EE.UU había alcanzado el estadio final del comunismo marxista y lo expresaba con la universalización de la democracia liberal.

El "marxismo invertido" de Fukuyama

Fukuyama utiliza a Marx para explicar la historia y reconoce que uno de los motores de la historia es la economía y la tecnología. Para él, el fin de la lucha de clases no se daría en una sociedad comunista sino en democracias liberales. Por tanto, usa una dialéctica determinista de Marx para llegar a un fin donde se superan todas las contradicciones de la historia.

El argumento marxista de Fukuyama fue muy apreciado en los marxistas ingleses relacionados con la revista *The New Left Review*. Así, marxistas como Fred Halliday, Joseph Mccarney o Perry Anderson dijeron que Fukuyama era "el último marxista", por entender la historia como un proceso, con una dirección y con un entendimiento teleológico. Otros autores señalaban que Fukuyama defendía la conexión materialista de Hegel. Desde coordenadas intelectuales bastante más conservadoras, Samuel Huntington observaba que Fukuyama representaba la persistencia del marxismo ya que la idea de fin de la Historia está extraída de Marx. Según Huntingon, Fukuyama hablaba de estado homogéneo universal y Marx de sociedad sin clases ni conflictos.

En resumen, el "marxismo invertido" de Fukuyama utiliza la dialéctica determinista de Marx para llegar a una conclusión donde se superan todas las contradicciones de la historia, pero no en una sociedad comunista sino en una democracia liberal y en el capitalismo. En otro sentido, el "marxismo invertido" de Fukuyama representa una victoria de Hegel sobre Marx, y un ataque abierto y claro ataque contra el marxismo, además de una lectura vulgar de Marx, ya que se sostiene en una lectura según la cual la historia sería un proceso dialéctico que avanza hacia un fin, aunque en Marx no es *apriorístico* sino que se concluye en él. Es, por tanto, una tesis vulgar en terminología, en teoría y en política, que persigue la disolución definitiva del socialismo y el marxismo.

Fukuyama, pese a sus relaciones evidentes con Marx y con el marxismo, es un gran negador de ambos, aunque llega a Marx mediante Kojève y S. Alvineri. Hay que dejar claro, previamente, que Marx no veían la superación del capitalismo como "fin de la Historia" sino como fin de la prehistoria. Por otro lado, Marx entendía el desarrollo histórico como el desarrollo de los poderes humanos sobre la naturaleza, y reconocía la importancia del hombre en la sociedad.

Fukuyama no es marxista en un sentido superficial. Fukuyama se basa en Marx sólo para explicar parte de su argumentación, concretamente la creencia la parte de la direccionalidad de la Historia gracias a la ciencia. Sin embargo, en un sentido profundo, podemos leer a Fukuyama como marxista y como si lo tratara para explicar la totalidad de su teoría, en parte porque compara la sociedad liberal del fin de la Historia con el fin de la lucha de clases y el reinado de la igualdad. Fukuyama era un simple consumidor del marxismo de Kojève. Sin embargo, del debate sobre el marxismo de Fukuyama salieron las críticas con más mordiente y que ayudaron a poner la tesis de Fukuyama patas arriba. En cierto sentido, Fukuyama es una reivindicación de Hegel a través del marxismo de Kojève (Nayar, 1992). En un nivel filosófico, reivindicaba

más el materialismo de Marx que el idealismo de Hegel y anteponía Marx a un Hegel descontextualizado.

Como hemos dicho, Marx, al contrario de lo que afirmaba Fukuyama no hablaba de fin de la Historia sino de fin de la prehistoria (Lamo De Espinosa, pp. 252-253) y aunque contemplaba un fin de la Historia no hablaba de su realización (Thompson, 1990). Fukuyama señalaba que Marx fuera el gran difusor del concepto de fin de la Historia, aunque Marx no habló refiriéndose al estado final del fin de la Historia, sino de fin de la prehistoria de la humanidad. Hay que considerar que el fin de la prehistoria sería un fin interno y negativo (el término de la dialéctica de la lucha de clases con el agotamiento del modo de producción capitalista) pero requeriría su transformación en fin positivo, que podría tener lugar gracias a la ciencia de la historia como ciencia de la revolución (Bueno, 1992).

El fin de la Historia de Marx no coincidiría con el de Fukuyama. Como hemos dicho, Marx explicaba que la emergencia de la sociedad comunista sería el fin de la prehistoria y el principio de la historia propiamente dicha, que constituiría cuando los seres humanos controlan su propio destino. Sin embargo, en algunos aspectos Fukuyama y Marx están muy cerca. En *Economic and Philosofphic Manuscripts of 1844*, Marx expresa que el comunismo es un modelo necesario, pero el comunismo no es la meta del desarrollo humano, con lo que el comunismo representa el desarrollo de la historia pero sólo "por ahora" (Williams, Sullivan y Matthews, 1997, pp. 50-66).

Fukuyama convierte a Marx en un materialista y determinista a quien sólo le importaría la esfera económica, de la que derivaría predicciones fabulosas. Una de las enseñanzas de todo este debate es que la historia nunca está escrita antes de que suceda; es una creación continua debida a los hombres y mujeres a lo largo del tiempo y en la naturaleza (Jowitt, 1993, p. 247). Otra de las conclusiones que se pueden sacar de todo este debate es que la historia sólo puede discurrir zigzagueante y no linealmente, y muchos de sus resultados no son planeados ni requeridos por nadie (Kiernan, 1994, p. 55).

En otro sentido, en apariencia Fukuyama elabora un proyecto moderno, es decir, basado en la historia total, universal, y en la historia unitaria y progresiva iniciada por los historiadores cristianos y culminada por Hegel y Marx. Con lo cual, en una primera aproximación, Fukuyama recurre a un gran relato y su argumentación no parece parte del pensamiento postmoderno, aunque no hay unanimidad al respecto y se puede pensar que era un postmoderno al hablar de interpretaciones y no de realidades. A pesar de esto, Fukuyama ve en Marx el principio de la idea hegeliana de una historia universal. También, muchos llamaron a Fukuyama el "último marxista" (Thompson, 1994). Fukuyama era consciente del reduccionismo económico de Marx y se daba cuenta de que muchas personas en tantos lugares del mundo siguen plateándose todavía la misma meta tantas veces fracasada o derrotada y tantas otras reinventada. En otro sentido, muchas de las ideas que Fukuyama asociada a Marx nada tienen que ver con él como la cuestión de la igualdad en la sociedad estadounidense o la presentación de un cierto "idealismo" marxista (Fukuyama entiende las ideas marxistas asociadas a

las ideas y no a la sociedad), despreciando así la verdadera esencia de su pensamiento de (Graham, 1994, pp. 82-83). Ideas todas "agarradas" desde el marxismo kojèviano.

Fukuyama y Kojève

En este apartado vamos a analizar la utilización que realizó Fukuyama de las ideas de Kojève. En cuanto a la concepción del fin de la Historia, la tesis de Fukuyama tiene su origen en Hegel y en Kojève, quien en sus conferencias en la EHESS de París manifestaba que con la victoria de los franceses sobre los prusianos en Jena se había terminado la Historia, puesto que se universalizaron los principios de libertad e igualdad. Siguiendo al filósofo de origen ruso, Fukuyama incidía en que la batalla de Jena suponía el fin de la Historia porque fue el punto donde la vanguardia de la humanidad (un término familiar para los marxistas) actualizaba los principios de la revolución francesa, con lo que estarían resueltas todas las contradicciones, y por lo tanto no habría más que hacer. Fukuyama estimaba que la sociedad sin clases era un logro del liberalismo y que al alcanzarse el fin de la Historia el drama de la Historia había sido resuelto. Reconocimiento, riesgo, ideología e imaginación, términos centrales en el vocabulario hegeliano, desaparecen tras el fin de la Historia puesto que es un periodo donde desaparece la lucha ideológica.

Una de las ideas claves en Kojève es la evolución hacia la sociedad sin clases, es decir, la transición de la aristocracia hacia el igualitarismo, que representaría, además, un abandono de la violencia. Estaba planteando la victoria de una ideología igualitaria sobre una no igualitaria. Muy al contrario de Kojève, Fukuyama planteaba el triunfo de una ideología igualitaria sobre otra igualitaria. Es verdad que el comunismo y el liberalismo dan respuestas diferentes a importantes preguntas, pero más allá de sus contrastes, el liberalismo y el comunismo muestran presupuestos igualitarios y cosmopolitas. Ambos favorecen en principio la emancipación del individuo; las dos son seculares (el comunismo desea erradicar la religión, el liberalismo despolitizarlo); y una y la otra admiran el avance técnico y el crecimiento económico.

La lectura *kojèviana* de Fukuyama sobre Hegel masca un impulso neoconservador para reconstruir las dinámicas utópicas presentes. Fukuyama había llegado a Hegel a través de Kojève aunque precisaba que Allan Bloom, un destacado neoconservador, enseñó a Fukuyama el Kojéve de la *Fenomenología*, de hecho la edición inglesa de *Introduction to the Reading of Hegel* fue editada con una introducción de Allan Bloom y traducida por James H. Nichols (Bloom, 1969). Fukuyama percibió, así, a Kojève como una forma de ofrecer un correctivo a los marxistas y reivindicar a Hegel (Schoroeder, 1992), quien en sus palabras habría sido "distorsionado" en su entendimiento de la historia.

Sea como fuere, lo cierto es que el atractivo de Fukuyama es que se reafirma en la creencia neoconservadora del triunfo del capitalismo en la batalla contra el comunismo. Es, por tanto, un intelectual vinculado con la derecha. La democracia liberal sería la victoria de la batalla entre sociedades y representaría la culminación de la razón. Fukuyama recupera del autor franco-ruso la importancia que le da éste a las

revoluciones francesa y americana. En el mismo sentido, Fukuyama y Kojève ponen a Occidente en la vanguardia de "el fin de la Historia" y abandonan el resto del mundo. En el mismo sentido, entienden la historia en nuestra conciencia, en nuestras ideas, mientras que Marx la encuentra en las cosas concretas de los seres humanos. Recordemos que todos estos autores son hegelianos pero ofrecen diferencias en el entendimiento del fin. Fukuyama destaca un fin sostenido en el estado homogéneo universal y la cultura universal del consumismo (Bonhoeffer, 1965) con el fin de poner el énfasis en el individualismo y la competición sobre el colectivismo y la cooperación disciplinada. En cierto sentido, para Fukuyama el mercado llega a ser el cuerpo de la razón en la historia

La tesis de Fukuyama enlaza con la tradición europea de *kulturpessimismus* (posthistoria) que absorvió a través de Kojève y Strauss, los dos intelectuales principales que hay detrás de su trabajo. Estos dos autores lejos de querer exportar la cultura americana al mundo pensaban en la supremacía estadounidense como triunfo de la mediocridad. En relación con esto, Fukuyama fue un estudiante de Allan Bloom, el mejor conocedor y divulgador de las ideas de Leo Strauss. De hecho, Bloom fue enviado por Strauss para estudiar con Kojève, y bajo la influencia de ambos, aprendió el contenido de todas las cuestiones que plasmó en su libro *The Closing of the Amercian Mind* (Bloom, 1987). Como consecuencia, Fukuyama no era extraño a la desesperación europea por un mundo fascinado por la "cultura". Para Strauss, Bloom y Kojève, EEUU representaba la ausencia de cultura. Fukuyama exhibe mucho de ese *kulturpessimismus* europeo. Así, el título del libro de Fukuyama captura la esencia del pensamiento *kojèviano*. Por un lado "el fin de la Historia" reúne el optimismo de Hegel y Marx (via Kojève); por otro lado, el "último hombre" se refiere al apocalipsis abismal de Nietzsche (gracias a Strauss). Esta cuestión no es tan contradictoria como muchos han sugerido, ya que gracias a Kojève el fin de la Historia fue drásticamente transformado. En lugar de la expectación utópica de Marx en post de la libertad, ahora se conjura el apocalipsis de Nietzsche sobre el "último hombre" y la "noche del mundo" de Heidegger. Por tanto, gracias a Kojève el fin de la Historia llegó a ser una expresión de infelicidad y de degradación humana. Por tanto, Fukuyama recupera el concepto de posthistoria que fue utilizado por el sociólogo Arnold Genlen en los años cincuenta y por Kojève, y asumió que estábamos en una civilización posthistórica.

Fukuyama trasladó las reflexiones marxistas de Kojève al mundo de la posguerra Fría y representó el fin en la democracia liberal y en el capitalismo. Más allá de la deuda intelectual que pesa sobre él, Fukuyama también es muy americano en su desesperación y nostalgia por la irrecuperabilidad del pasado. En determinado nivel, su teoría puede ser leída como una respuesta heroica a la impotencia de sus mentores. Está de acuerdo con ellos en que el estado homogéneo universal ha llegado, pero también se lamenta de que no haya vuelta atrás, de que no se puedan reinventar viejos mitos y religiones porque "somos hombres poshistóricos".

Mientras hay algo de radical en la visión de Hegel y Kojève del régimen perfecto, existe algo confortable en la visión de Fukuyama. Según él, Kojève realizaba una lectura de Hegel donde presentaba la dialéctica del amo y el esclavo como motor del

pensamiento no hegeliano. La interpretación de Kojève fue la base para una lectura marxista de Hegel. Y Fukuyama terminaba la Historia demostrando la importancia de la dialéctica del amo y el esclavo. La tesis de Fukuyama no es más que una popularización de las ideas de Kojève. De tal forma, por un lado, el fin de la Historia contiene el optimismo de Marx, y el "último hombre" se refiere al pesimismo de Nietzsche (Drury, 1994, pp. 163-178). Pese a esto, ni Kojève ni Fukuyama ofrecen una argumentación dialéctica de la Historia, y sí dualista.

Fukuyama ofrece una versión unívoca y muy particular de Kojève. La lectura de Fukuyama profundiza en su aspecto liberal e ignora lecturas alternativas (Poster, 1975), en las cuales se puede concluir que el concepto de liberalismo es negado y que el concepto de la lucha de clases había triunfado. En definitiva, el fin de la Historia de Fukuyama es más una legitimación y un análisis kojèviano que una explicación.

Algunas característica comunes del "marxismo invertido" de derechas

Pese a las diferencias tanto de posicionamientos como de autores y de concepciones teóricas, es necesario resaltar los diferentes puntos en común de los distintos "marxismos invertidos" de Kojéve y Fukuyama:

(i) En gran medida, Fukuyama y Kojève ejercen como son sujetos intelectuales y políticos al mismo tiempo, es decir, además de reflexionar y aportar conocimientos teóricos mantienen una conexión estrecha y un compromiso fiel con un ideario político. En este sentido, sería deseable un compromiso sobre todo científico y, por supuesto social, pero sin ataduras ideológicas o teóricas.

(ii) Los dos aparecen en momentos de crisis y de gran cambio. Uno, el de Kojève, antes y después de la II Guerra Mundial y otro, el de Fukuyama, tras la caída del Muro de Berlín.

(iii) Ambos planteamientos son construcciones y explicaciones cerradas que no conllevan a un diálogo o a una confrontación de pareceres. Se plantean siempre como "grandes verdades" irrefutables que son incapaces de operar, y ni si quiera entrar en diálogo con otras ideas. Lo ideal sería que se pudiera pensar dialógicamente.

(iv) Las dos concepciones están dirigidas a un grupo de seguidores que esperan unas claves interpretativas determinadas y están diseñados para un contexto de recepción de terminado (Bourdieu, 2003), que nunca aceptará otros planteamientos diferentes.

(v) Ambas construcciones intelectuales estuvieron respaldados e instigados por importantes aparatos mediáticos ansiosos de devorar "pensamiento rápido" para presentarlo como algo novedoso y poder mantener la guerra informativa empresarial de los grandes grupos de comunicación.

(vi) Kojève y Fukuyama, en mayor o menor medida, pretenden transformar la sociedad como resultado de su planteamiento teleológico, importando poco, en algunos casos, las necesidades reales de transformación.

Conclusiones

En cuanto a la discusión sobre el marxismo y su relación con la izquierda y la derecha concluimos que:

— Los motores de la historia son múltiples y no siempre constantes, progresivos y continuos. Se puede defender la idea de una historia universal, pero más bien relativa a lo que se ha denominado historia mundial, es decir, una historia poliédrica, mixta y sin el carácter selectivo y occidentalista de las historias universales filosóficas. Los motores de la historia pueden de ser plurales y adaptados a cada momento: la acción política común, los movimientos sociales, los seres humanos, las naciones o los Estados.
— No hay un proceso único llamado Historia, sino que la Historia son varios procesos y plurales. Se debe huir de esas argumentaciones dogmáticas y que lo engloban todo, puesto que la realidad es compleja y poliédrica.
— Debemos de considerar siempre por encima de otras circunstancias las obras de los humanos, aunque no debemos de dejar de pensar en las cuestiones contingentes relacionadas con la naturaleza o con determinados acontecimientos.
— Se debe de buscar una armonía entre la historia, la política y la filosofía en las construcciones teóricas. La Historia no tienen una meta prefijada, sino que se va construyendo día a día, al calor de la acción humana, de los acontecimientos, de las ideologías y de la multiplicidad de motores e ideas que intervienen en la realidad.
— Fukuyama no es estrictamente hegeliano y tiene mucho de marxista a partir del Kojève stalinista.
— La relación de Fukuyama con Kojève es muy particular. Fukuyama es kojèviano en el sentido de que es su referente principal, y lo es porque apela a dos de las posibles interpretaciones que hay sobre él, que es la marxista y la liberal.
— Los argumentos de Fukuyama y de Kojève no son dialécticos. Establecen un pensamiento binario de ganadores y perdedores que nada tiene que ver con la dialéctica. Creen en la animalidad del habitante del fin de la Historia gracias a la influencia de Leo Strauss, pero echan de menos en él la capacidad de lucha y de sobreponerse. La tesis de Fukuyama y Kojève son violentas puesto que apela constantemente a la lucha, a la muerte, o al deseo de los otros.
— Las relaciones de apareamiento entre el marxismo y el neoconservadurismo se dan en un marco de una crisis social y se muestran con expresiones como el propio "fin de la Historia", "fin de la prehistoria" o la historia real donde expresa la necesidad de una transición hacia una nueva sociedad libre de antagonismos. Por otro lado, suele ser una justificación de una sociedad existente y del desarrollo alcanzado en algún país determinado como el más completo y racional.
— El esquema modernizante ya no sirve para conceptualizar lo que está sucediendo en este tiempo en que se hace imposible situar a la humanidad entera en

una línea única de progreso hacia su emancipación. Es equivocada la idea de que la historia tiene una lógica y una racionalidad intrínsecas según las cuales nos acercamos despacio pero inexorablemente a un final feliz. Hay algunos elementos que pueden ayudar a recomponer una teoría de clases en la sociedad mundial: 1) la confianza en la fuerza revolucionaria de los más pobres debe formar parte de la apuesta por el carácter abierto de la esencia humana, más que una concepción cerrada de la historia que conceda a los explotados y marginados un papel determinado que deban cumplir; 2) el sujeto de la historia no son sólo los explotados y marginados sino también el cuerpo social entero: la humanidad entera es la que protagoniza la historia en la medida que da cuerpo a un sistema unitario de formas de vida; 3) las teorías que glorifican la historia acaban distinguiendo los intereses inmediatos o aparentes de los explotados y marginados y sus verdaderos intereses. Así se dice que las políticas neoliberales de ajuste responden a los verdaderos intereses de los más pobres, aunque tengan que sacrificar la satisfacción de sus necesidades inmediatas. Se legitima lo que se quiere hacer por lo que se debe hacer. Nadie tiene derecho a pedir a los que más sufren que renuncien a sus necesidades inmediatas para que resuene la gran melodía de la Historia; nadie puede exigirles que sometan sus luchas a la estrategia revolucionaria de una vanguardia que sabe lo que les conviene. Si la sociedad es un sistema de formas de vida hay que aceptar que donde los marginados y pobres se organizan es que se está poniendo en cuestión el sistema que no permite atender sus reivindicaciones. Se trata de que todos tengan cubiertas sus necesidades básicas.

— Lo que se desprende de todo este análisis sobre el socialismo y el marxismo es que es un poco inútil y poco práctico elegir alguna de las alternativas socialistas o marxistas que proponían diferentes autores. El problema no está en elegir alguna de esas posibilidades, la cuestión es más profunda. Se trata de retocar el tronco de donde emergía el socialismo, la modernidad, y no quedarse simplemente en recoger de nuevo todos sus planteamientos, sino que consiste en tener en cuenta todo el legado de la modernidad pero sin olvidar todas las aportaciones de la postmodernidad, y como resultado lograr una síntesis que algunos denominan "ultramodernidad" o "transmodernidad" (Rodríguez Magda, 1989).

Referencias bibliográficas

Arnold, S. N. (1989). Marx, central planning, and utopian socialism. *Social Philosophy & Politics, Vol. 6* (Issue I), 160-199.

Aronson, R. (1995). *After Marxim*. Guilford Press.

Azcárate, M. (1992). El poscomunismo y la izquierda. *Claves, nº22*, 18-23.

Berzosa, C. y Santos, M. (2000). *Los socialistas utópicos. Marx y sus discípulos*. Editorial Síntesis.

Blackburn, J. (1990). *The Vampire of Reason. An Essay in the Philosophy of History*. Verso.

Bloom, A. (1987). *The Closing of the American Mind*. Simon & Schuster.
Boehnke, K. y Rippl, S. (1995) ¿Produce autoritarismo el socialismo? Una comparación de los jóvenes de Alemania Oriental con Alemania Occidental y Estados Unidos. *Psicología Política*, *nº10*, 87-105.
Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Anagrama.
Callinicos, A. (1991). *The revenge of history. Marxism and the east european revolutions*. The Pennsylvania State University Press.
—. (1989). *Marxist theory*. Oxford University Press.
Carling, A. (1995). Analytical marxism and historical materialism: the debate on social evolution. *Science & Society*, *vol. 57* (nº1), 31-65.
Chilcote, E.B. y Chilcote, R.H. (1992). A crisi do marxismo. Apreciaçâo de Novas Tendências. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, *nº35*, 95-123.
Cohen, G. A. (1978). *Karl Marx theory of history. A defence*. Oxford University Press.
Daniels, R.V. (1993). *The end of the communist revolution*. Routledge.
Davies, R.W. (1990). Gorbachev´s socialism in historical perspective. *New Left Review, nº179* (January/February), 5-27.
Drury, S. B. (1994). *Alexandre Kojève: the roots of postmodern politics*. St Martins Press.
Fernández Buey, F. (1994). Las virtudes del marxismo. *Mientras Tanto, nº 52*, 57-65.
Filitov, A. (1992). Victory in the postwar era: despite the cold war or because of it? *Diplomatic History*, Vol 16 (nº1, winter), 54-60.
Fontana, J. (1992). La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica. Crítica.
Francisco, A. (1992). Problemas del análisis de clase: a modo de introducción. *Zona Abierta*, *nº 59-60,* 1-16.
García Del Campo, J.P. (2001). *Construir lo común, construir comunismo*. Editorial Debate
Ghorashi, R. (1995). Marx on free trade. *Science & Society*, *Vol. 59* (nº1), 38-51.
Gray, J. (1988). Against Cohen on proletarian unfreedom. *Social Philosophy & Politics*, *Vol. 6* (Issue I), 77-112
Grusky, D.B y Sorensen, J.B. (1998). Can class analysis be salvaged? *American Journal of Sociology*, *Vol. 103* (nº5), 1187-1234 y Lampén, L. The Endless History. Francis Fukuyama´s endism and Japan. < [consulta 7 de diciembre de 2001].
Harnecker, M. (1996). Marxismo y humanismo. *Papers*, *nº50*, 121-132.
Held, D. (1993). Anything but a dog´s life? Further comments on Fukuyama, Callinicos and Giddens. *Theory and Society, vol. 22* (nº2), 293-304.
Heller, A. (1992). El fin del comunismo. *El socialismo del futuro, nº5,* 11-19.
Jameson, F. (1996). Five theses on actually existing Marxism. *Monthly Review*, Vol. 47 (nº11), 1-10.
Jerez Mir, R. (1991). El proyecto de Marx y Engels y la actualidad del marxismo. *Sistema*, nº103, 19-32.
Kiernan, V. G. (1994). Marxismo y revolución. En AA.VV. *A propósito del fin de la historia* (pp. 49-57). Edicions Alfons el Magnànim.
Kirkpatrick, G. (1994). Philosophical foundations of analitical Marxism. *Science & Society*, *Vol. 58* (nº1), 34-52
Labica, G. (1990) ¿Por fin é posible o comunismo? *A Trabe de Ouro*, *nº4*, 537-544.

Lamo De Espinosa, E. (1996). *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia. Ensayos sobre la condición moderna*. Ediciones Nobel.
Levin, M. (1997). From Marxism to Communis: a review article", *Europe-Asia Studies*, *Vol. 49* (nº8), 1519-1568.
Loone, E. (1992). *Soviet marxism and analytical philosophies of history*. Verso.
Löwy, M. (1991). Twelve theses on the crisis of really existing socialism. *Mientras Tanto*, *Vol. 43* (nº1), 33-40.
Mayer, T. F. (1989). In defense of analytical Marxism. *Science & Society*, *Vol. 53* (nº4), 416-441.
Mazrui, A. (1991). The Resurgence of Islam and the Decline of Communism: What Is the Connection. *Futures, Vol. 23* (issue 3), 273-288.
—. (1993). Islam and the End of History. *American Journal of Islamic Social Sciences*, *Vol. 10 (nº4)* 524-535.
McCarney, J. (1 de diciembre de 1989). History under the hammer. Have the events in Eastern Europe shown the folly of marxism? *The Times Higher Education Supplement.*
Mclennan, G. (1996). Post-Marxism and the Four Sins of Modernist Theorizing. *New Left Review*, *nº218,* 53-74.
Miliband, R. (1995). *Socialism for a Sceptical Age*. Verson.
Oetjen, H. (1992). Fin del socialismo, ¿fin de la utopía? *El socialismo de futuro, nº5,* 31-35.
Olin Wright, E; Levine, A. y Sober, E. (1992). *Reconstructing marxism. Essays on explanation and the theory of history*. Verso.
Paramio, L. (1990). Marxismo analítico. *Claves*, nº7 (noviembre), 59-65.
Rigby, S. H. (1987). *Marxism and History*. St. Martins Press.
Schaff, A. (1993). La función pragmática del marxismo en el momento actual (en el 110 aniversario de la muerte de Marx. *Sistema*, *nº117*, 35-54.
Schoroeder, S. (1992). The End of History and The New World Order. *Union Seminary Querterly Review*, *Vol. 46* (nº 1/4), 21-38.
Suárez Fernández, L. (1996). *Corrientes del pensamiento histórico*. Eunsa.
Teira, D. (1995). El marxismo analítico (I). Explicación e historia", *El Basilisco*, *nº19* (Julio-Diciembre), 21-32.
Therborn, G. (1996). Dialectics of Modernity: On Critical Theory and the Legacy of Twentieth-Century Marxism. *New Left Review, nº 215* (Jan/feb), 59-81
Tello, E. (1990) El socialismo irreal. Bosquejo histórico de un sistema que se desmorona. *Mientras Tanto*, *nº40*, 91-128.
Thompson, P. (1994). Progress, Reason and the End of History. *History of European Ideas*, *Vol. 18* (nº3), 361-371.
Wallis, V. (1996). Socialism under siege. *Monthly Review*, *Vol. 47* (nº8), 30-42.
Williams, H; Sullivan, D. y Matthews, G. (1997). *Francis Fukuyama and the end of history.* University of Wales Press.
Woods, A. y Grant, T. (1995). *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna.* Fundación Engels.